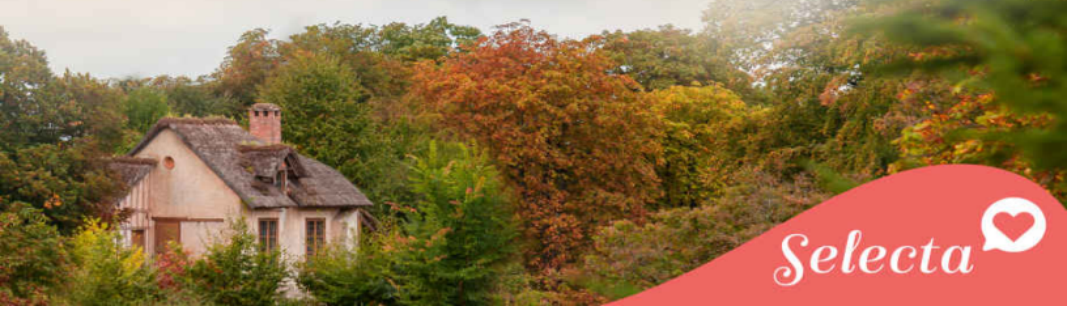
EL ARTE DE AMAR TUS SECRETOS

BETHANY BELLS



Selecta

El arte de amar tus secretos

SERIE

Minstrel Valley 25

Bethany Bells

Selecta

Capítulo 1

Londres, principios de junio de 1842

Cada vez que entraba en el imponente despacho de su abuelo, Gerald Perkins IV sentía con más fuerza que nunca las aristas del número romano que siempre acompañaba a su apellido.

Para el mundo legal londinense, él era Perkins IV. Claro que, al menos, eso suponía una notable mejora. En casa, en Eton y en la universidad había sido Cuarto, sin más. Uno más, en una ya larga lista. Y no el mejor, precisamente.

—Supongo que estarás deseando saber por qué te he hecho llamar —gruñó su abuelo, el rostro severo flanqueado por las grandes patillas blancas.

Aunque anciano, seguía siendo un hombre fornido, de apariencia fuerte, y su eterno ceño resultaba intimidante. Gerald se acomodó mejor en la silla.

—Oh, no lo crea, abuelo. Puedo adivinar. —Simuló estar intentando leer a través de él. Su abuelo arqueó una de sus blancas y pobladas cejas—. Está empeñado en que siente de una vez la cabeza, lo que implica que trabaje aquí, donde usted quiere, que me case con la joven que usted quiera y que engendre a Quinto.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves a burlarte del tema?

—¿Acaso me…?

—¡Silencio! —Bah, no merecía la pena discutir. Se miraron como fieras tanteando al adversario—. Ya tienes veintiocho años, Gerald. Ya has sido un joven alocado más tiempo del que pudimos permitirnos serlo los demás, tu bisabuelo, tu querido padre y yo. Si Tercero no hubiese fallecido tan pronto…

Un destello de dolor cruzó sus rasgos, y le falló la voz, a él, que bramaba por todos los tribunales de Londres con fama de ser implacable. Pero su abuelo había querido sinceramente a su hijo, Gerald Perkins III, al menos hasta que este decidió casarse con una aventurera, como la consideraba.

La madre de Gerald había sido artista, y todo su empeño estaba centrado en pintar una obra maestra. «Al menos una, cariño», le decía al arroparle o cuando charlaban en su estudio. «Si lo consigo, sentiré que la vida habrá merecido la pena».

Él la observaba en silencio. Había en aquellas palabras algo que no acababa de resultarle cómodo.

Gerald agitó la cabeza, ahuyentando aquellos recuerdos.

—Voy a ser el primer Gerald Perkins pintor —declaró de pronto, en aquel silencio tan sentido. Jamás hasta entonces se había atrevido a hacerlo, y con razón.

La expresión de su abuelo se volvió pétrea.

—Por encima de mi cadáver.

—La verdad, preferiría que no. Le deseo muchos años de salud y felicidad, abuelo, pero yo voy a ser pintor.

—No puedes. Te debes a la familia.

—Yo no soy un maldito eslabón, soy una persona, con mis propios sueños y mis propios intereses.

—¿De verdad? ¿Eso crees? ¡Maldito egoísta! —¿Egoísta? ¿Solo por querer escapar de aquella sucesión insoportable de números romanos y de la tortura de un mundo gris regido por leyes y reglamentos?—. Toda la vida cómoda de la que has disfrutado tiene un precio, Cuarto.

—Yo no la pedí, aunque la agradezco. Pero no voy renunciar a elegir mi propio futuro por ello. Ahí tiene a Edith. —Se refería a su hermana pequeña, un prodigio con la oratoria y los temas legales. Tenía una memoria envidiable, porque jamás olvidaba nada. Aunque, pensándolo bien, no era algo a envidiar, precisamente—. Ella estará encantada de ocupar mi sitio en la sucesión.

—Pero ¿qué dices? Edith es una mujer. —Descartó la posibilidad con un gesto no carente de desprecio—. Como tal, es un ser sin apellido ni entidad propia. Su destino es casarse a conveniencia de la familia y darle hijos a su esposo. Nada más.

Gerald frunció el ceño como solo sabía hacerlo un Perkins.

—Me parece que no conoce a su nieta, abuelo. Aunque, de lo que estoy totalmente convencido, es de que no se la merece.

Al menos eso provocó una respuesta. Perkins II se removió en el gran sillón de cuero. Viejo tonto, era ciego por Edith, la niña de sus ojos. ¿Cómo podía, a la vez, considerarla con tan poco respeto?

—Basta de tonterías —farfulló—. Mañana martes habrá un baile en el Salón Selecto.

—Siempre hay bailes en el Salón Selecto los martes. Es algo que molesta especialmente a las patrocinadoras de Almack's.

Su abuelo lo miró mal, pero no se dejó importunar.

—Estará el marqués de Mallbury con su hija. Espero de ti que asistas, y que te muestres encantador con ella. Tenemos planes para vosotros.

—¿En serio? ¿Todo un marqués va a casar a su hija con un humilde plebeyo?

—Digamos que el patrimonio de ese marqués no está pasando por su mejor momento. Te casarás con su hija y, con su apoyo, conseguiremos para Perkins V un título nobiliario. O, al menos, que sea nombrado baronet, pero creo que podemos aspirar a una baronía, o incluso a un condado… ¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes de ese modo tan desagradable?

—Es fascinante ver cómo va entretejiendo los destinos de la familia, abuelo.

—Es algo que siempre se ha hecho, Cuarto. Ahora me toca a mí, algún día tú serás el… el…

—El patriarca —lo ayudó, dado que no encontraba el término—. El que se cree con derecho a decidir por los demás, sin que nadie se lo haya pedido.

Como era de imaginar, su abuelo no se tomó a bien el comentario.

—Se acabó intentar dialogar contigo. No quiero oír más de tus bobadas artísticas. ¿Ha quedado claro? —Dio un par de golpecitos en los aburridos legajos que tenía sobre la mesa—. Ahora tengo que trabajar. Te daré el resto de la semana libre, ya te incorporarás al despacho el lunes que viene, pero mañana quiero verte en el Salón Selecto dispuesto a hacer tu parte de tarea en bien de la familia. —Se puso los anteojos y empezó a leer. Cuando fue evidente que no se movía, volvió a alzar la vista y apartó las lentes—. ¿Ocurre algo?

Gerald hizo una mueca.

—No voy a ir mañana al Salón Selecto —declaró, firme—. Y no vendré la semana que viene a trabajar aquí. —Miró alrededor—. A momificarme aquí con todo el polvo acumulado por generaciones de Perkins. A consumirme y unirme a él para sofocar a Quinto, Sexto, Séptimo…

Su abuelo dio un golpe en la mesa con la mano extendida.

—Muy bien, como desees. ¿Quieres ser pintor? ¿Un artistucho de mala muerte? Pues, de acuerdo, sea. Si me desafías, atente a las consecuencias. A partir de este momento te quedas sin tu asignación.

—¿Qué? No habla en serio. ¡No puede hacer eso!

—Ya lo creo que sí. No te molestes tampoco en volver a casa: no eres bienvenido allí, y lo que hay dentro fue comprado con nuestro dinero. Confórmate con el traje que llevas puesto.

—Si quiere me lo quito. —Hizo amago de abrir la chaqueta—. Seguro que sus empleados trabajarán en el futuro con más ahínco, cuando me vean desfilar desnudo hacia la puerta. ¡Si es capaz de hacerle algo así a su nieto, qué no les hará a ellos, de no rendir lo esperado!

—Eres un insolente.

—Es usted quien ha mencionado el traje, quien me está dejando en la calle. No importa. Mientras pinto, puedo ganarme la vida con otras labores. Debería saberlo.

Su abuelo rio con desdén.

—¿Te refieres a esos encarguillos que te hacen de vez en cuando para arreglar cuadros viejos? —Se refería a los trabajos de restauración que hacía como autónomo para el Departamento de Antigüedades del Museo Británico. Había aprendido mucho de la mano del principal restaurador, John Doubleday, y era una labor que le gustaba y se le daba muy bien—. Ya puedes olvidarte de eso. He pedido algunos favores. No volverás a trabajar para ellos.

—¿Qué? ¿Cómo se atreve?

—Te abrieron las puertas gracias a mí, idiota. Debiste imaginar que se cerrarían en cuanto chasquease los dedos.

Gerald entrecerró los ojos.

—Ya ve, iluso que es uno. A pesar de todo, seguía pensando que usted era un hombre íntegro, incapaz de bajezas semejantes.

—Se acabó. —Perkins II hizo un gesto perentorio hacia la puerta —. Largo de aquí. Ve a comprobar por ti mismo cómo es de dura la vida sin el apoyo de la familia. Intenta sobrevivir con tus ridículas acuarelas y no vuelvas hasta que estés dispuesto a esforzarte en un trabajo de verdad.

¿Ridículas acuarelas? ¿Se podía decir una palabra tan hermosa con más desprecio? Gerald apretó los labios y se puso en pie.

—Muy bien, pues. Adiós, abuelo. Le deseo salud, ya que fortuna le sobra y el amor no le interesa. Le sugiero que cuide de Edith. Si dice en su presencia alguna barbaridad como la que ha soltado hoy, me temo que también la perderá a ella.

Su abuelo lo miró con ojos brillantes. No dijo nada. Gerald dio media vuelta y salió del despacho. Casi había cruzado la salita de espera, cuando vio a lord Marcus Hale, marqués de Northcott. Estaba apoyado con elegancia en el bastón. No se había quitado la capa, pero llevaba en sombrero de copa en una mano.

—Perdón…

Iba tan atolondrado que ni pasó por su cabeza detenerse, pero lord Northcott lo sujetó por un brazo. Lo examinó con sus ojos negros.

—Gerald, espere… ¿Está usted bien?

Él suspiró.

—No, y ya sabe el porqué. Seguro que ha oído los gritos.

Lord Northcott sonrió con amabilidad.

—Me temo que no he podido evitarlo.

—Perdón, perdone, lord Northcott. —El marqués era buen amigo de los Perkins desde hacía tiempo, y un excelente abogado. No ejercía directamente, por supuesto: la alta sociedad británica no vería con buenos ojos que alguien de su rango ejerciese una profesión como si fuese un trabajador cualquiera, pero lord Northcott dirigía su propio despacho desde la sombra y solía actuar como consultor para otros. Gerald se frotó el rostro con las manos—. Me temo que estoy un poco alterado.

—Comprendo, no se disculpe. Sé que siempre le ha gustado el arte. Su padre se enorgullecía de ello.

Gerald lo miró agradecido.

—De usted, siempre dijo que sabía elegir las palabras adecuadas para cada momento.

Lord Northcott rio.

—Ojalá fuera cierto. Pero mi esposa es testigo de que no siempre ha sido así.

La hermosa lady Olivia Hale… Gerald había fantaseado con ella años atrás, aun sabiendo que estaba casada, que tenía dos hijos y que era mayor que él, por poco que fuese. Hasta había intentado pintarla de memoria, porque no se atrevía a pedírselo directamente, tal era su grado de enamoramiento. Quizá hubiera debido hacerlo, seguro que hubiese aceptado. Era un matrimonio muy agradable.

Gerald suspiró. Su vida era una larga cadena de malas decisiones.

—En fin, supongo que ha venido a ver a mi abuelo. —El marqués asintió—. Muy bien. Gracias por su interés, me ha agradado verlo…

Northcott volvió a retenerlo con el mismo gesto.

—Espere, espere. —Gerald lo miró sorprendido—. ¿De verdad quiere intentar ser pintor?

—*Soy pintor*, lord Northcott —replicó, algo molesto, incidiendo en las palabras.

—Perdón, reformularé mi pregunta. ¿De verdad quiere intentar vivir del arte?

—Ese es mi deseo, desde siempre. Supongo que ahora tendré que conseguirlo o morir de hambre. —Se encogió de hombros—. Pero el arte es como todo en esta vida, milord: conseguir la excelencia requiere tiempo, esfuerzo en el aprendizaje de las técnicas y mucha, muchísima inspiración. Mi abuelo se ha opuesto siempre a que tomase clases, aunque he aprendido a su pesar.

—Ha hecho usted muy bien.

—Lo sé. Ahora solo necesito una oportunidad. Disponer de tiempo y espacio para crear una obra que me abra las puertas de Londres. —«Al menos dar vida a algo único, aunque sea una sola cosa, cariño». La voz de su madre volvió a resonar en su cabeza y, en ese momento, la comprendió mejor que nunca. «Si lo consigo, sentiré que la vida habrá merecido la pena». Suspiró con desaliento—. El lugar adecuado, que me inspire. El tiempo necesario para poder llevarla a cabo. No sé cómo voy a hacerlo si tengo que ganarme el pan inmediato y el hospedaje en algún sitio. Sobre todo teniendo en cuenta que ese viejo canalla ha boicoteado mi trabajo en el Museo Británico. —Bufó—. Me veo pintando acuarelas de la mañana a la noche en Hyde Park, por

unas pocas monedas.

Lord Northcott lanzó una risa suave.

—Terrible destino. Yo, sin embargo, lo animo a intentar su sueño. —Agitó la cabeza—. Tiene gracia, ¿sabe? Somos casos opuestos. Yo siempre he querido ser abogado. Me encanta el mundo de las leyes, las ordenanzas, los juicios, la búsqueda de la justicia… Pero, al haberme convertido en marqués, no puedo ejercer de forma notoria, usted lo sabe.

—Cierto. Un hecho lamentable.

—No tanto, porque tengo la suerte de hacerlo, en definitiva. Trabajo a través de un despacho que lleva el nombre de otro, y colaboro con su pad… con su abuelo, ahora —se corrigió, apenado—. Y con otros despachos.

—Lo sé.

Lord Northcott asintió.

—De lo que se deriva que siempre hay maneras de conseguir las cosas.

Gerald parpadeó al darse cuenta de adónde quería llegar. Aun así, sonrió con desaliento.

—Hace que suene fácil. Pero yo diría que es distinto el tratar de ocultar que se es abogado, siendo marqués, que el intento de convertirse en artista, cuando no se tiene más que lo puesto.

—¿De verdad? Los abogados tenemos clientes; los artistas, mecenas. —Gerald arqueó una ceja—. Por lo que me ha dicho, solo necesita retirarse a un lugar especial, único, en el que la inspiración surja por sí misma. Yo sé de un sitio así, y puedo ocuparme de su traslado allí, y también del tiempo necesario para su trabajo. Puedo procurárselo, subvencionando sus gastos.

—¿Usted?

—¿Por qué no, amigo mío? Seré su mecenas durante, digamos… seis meses. Si en ese tiempo consigue pintar un cuadro que le guste a mi hermana pequeña, la princesa de Vergessen, me ocuparé de organizar su primera exposición en la mejor galería de Londres.

La princesa Harmony, claro. Gerald no había caído en la cuenta de que Northcott tenía una artista en la familia. Por eso lo entendía y estaba dispuesto a apoyarle, a darle esa oportunidad. Los ojos de Gerald refulgieron de entusiasmo, aunque todavía estaba lleno de

miedos y dudas.

—Tendría que ocultarme, cambiar de nombre…

El marqués carraspeó.

—No se lo tome a mal, pero en cuanto se le quita el Cuarto, su nombre es bastante común. Conozco un buen montón de Perkins. Y más Geralds todavía.

Gerald se echó a reír.

—Sí, tiene razón, el nombre no sería problema. —Al pensar en ello, se dijo que iba a ser un alivio ser, simplemente, Gerald Perkins, sin el Cuarto. Por fin, él mismo—. Creo que me voy a divertir. Me apetece portarme como un excéntrico, ¿sabe?

—Amigo mío, no conozco artista que no lo sea. Incluso mi hermana, la princesa de Vergessen, es bastante… peculiar en cuanto al trato . —Lord Northcott sonrió con cariño—. Ustedes no se ajustan del todo bien a las normas establecidas. Puede que sea algo relacionado con la creatividad, no lo sé. En todo caso, si quiere comportarse como un pintor excéntrico, adelante.

—Perfecto. —Se frotó las palmas de las manos—. ¿Y puedo saber adónde iré?

Lord Northcott sonrió.

—Conozco el sitio perfecto.

Capítulo 2

Minstrel Valley, finales de junio de 1842

Lucy Campbell se apartó a un lado del pasillo cuando se abrió la puerta del aula y salió un tropel de jovencitas, las alumnas matriculadas ese curso en la Escuela de Señoritas de lady Acton. Eran las cinco, había terminado la jornada lectiva y, como era lógico, todas se apresuraban hacia la salita lavanda, donde tomarían el té antes de salir para aprovechar el resto de la tarde. Acababa de empezar el verano y hacía un tiempo estupendo.

Abriendo camino iba, como siempre, la odiosa lady Susan Warren-Towers, hija del marqués de Blynth. Tenía dieciséis años y se había incorporado al colegio ese curso, pero nadie hubiese dicho que aquella bonita rubia de ojos de hurón era una recién llegada. De carácter decidido y soberbio, se mostraba siempre muy pagada de sí misma y mandona como nadie, algo que se agravaba por el hecho de que había llegado a la escuela acompañada de su propio séquito.

Por eso, iba en cabeza, seguida de cerca por lady Eve Robson, quinta hija del conde de Barrows, y por la honorable señorita Mayers, sexta del barón Tymrae, quienes, tal como había oído mencionar con acierto a una de las criadas, parecían dos caniches obedientes, siempre trotando detrás, siguiendo sus pasos con presteza, lealtad y absoluta estulticia.

Vaya dos. A Lucy sobre todo le daban pena. Eran pobres almas sin demasiado espíritu y ningún amor propio. Sus padres hubiesen debido percatarse de ello, y no mandarlas a Minstrel Valley con aquella bruja. Pero, claro, sus padres solo querían aprovechar al máximo la posición que les daba la sombra de lady Susan, para intentar conseguirles el

mejor matrimonio posible.

A una pequeña y prudencial distancia, iba el resto de las alumnas, que llevaban más tiempo y no estaban dispuestas a aceptar tonterías.

Entre ellas estaba lady Ruth Large, una joven alta y delgada, quizá demasiado perspicaz para su propio bien, porque no dejaba de encontrar defectos en los jóvenes que se proponían cortejarla, Dado que eso la había llevado a vivir su tercera temporada, las alarmas sociales se habían disparado y corría el riesgo de que la tachasen definitivamente de solterona. Por suerte, no parecía importarle, ni tampoco a su familia, que siempre la apoyaba de un modo incondicional.

Lady Martha Teacher, una joven bonita de rostro dulce y mente privilegiada, y la pelirroja lady Brenda Hills, iban charlando con ella. Debía tratarse de algún tema divertido, porque las tres reían con ganas. Casi las últimas del grupo de quince alumnas que se habían matriculado ese año en la escuela, las señoritas Ann Mallory y River Freud comentaban el contenido de unas cartas recién recibidas, en las que sus amigas, las antiguas alumnas lady Bree Johnson, lady Gaby y la honorable señorita Elizabeth Twins, les hablaban de las excelencias del matrimonio.

Lucy las contempló en silencio, con disimulo, mientras pasaban por su lado, como hacía siempre. Qué telas suaves, qué vestidos preciosos llevaban todas. No necesitaba tocarlos en ese momento para conocer su tacto, los había planchado muchas veces. ¡Cómo las envidiaba! Hubiera dado mucho mucho por estar en su lugar.

A diferencia de la mayor parte de aquellas jovencitas, a las que consideraba demasiado infantiles y protegidas como para tener alguna idea realmente válida en la cabeza, Lucy sabía lo que quería. Un marido rico, una casa grande y la admiración del mundo. Nada que no tuvieran muchas con menos virtudes y mucha menos belleza.

¿Por qué ella no? ¿Por qué no podía ten…?

—¡Lucy! —oyó.

Sobresaltada, se volvió y vio a lady Susan, que esperaba a varios metros, en mitad del pasillo, muy tiesa. Seguro que la había ignorado al pasar para poder montar la escenita de milady y doncella. Disfrutaba con esas demostraciones de poder.

«Pequeña idiota», pensó, pero fue hacia ella. Qué remedio.

—¿Sí, milady?

—Después del té, mis queridas amigas y yo —hizo un gesto hacia lady Eve y la honorable Mayers, que enrojecieron de pura satisfacción, las muy tontas— queremos ir a comprar unos lazos a la tienda de la señora Gibbs. Vas a tener que acompañarnos. A las cinco y media en la puerta, no te retrases.

—Por supuesto, milady.

¡Qué bien! Eso significaba que no tendría que planchar, lo haría alguna otra doncella, pobre desdichada, con la tarde maravillosa que hacía. Y, si no se equivocaba, ella hasta ganaría un dinerito extra, dejando que aquellas tres se fueran solas a hacer sus tonterías.

Lucy nunca se había sentido culpable por aceptar los sobornos de las alumnas y dejarlas a su aire, ni tampoco se preocupaba por ello: bien sabía Dios que nada malo podía pasarles en Minstrel Valley, era un pueblo tranquilo hasta el bostezo. Y ella necesitaba el dinero. Didi estaba creciendo y cada vez iba a ocasionarle más gastos.

Pensar en la niña le alegró el humor. Mientras lady Susan y sus amigas se iban a simular ser damas aventureras por los inofensivos bosques de Minstrel Valley, ella podría ir a la cabaña y verla. Ese día no había esperado poder escaparse, de modo que le daría una sorpresa y jugarían un rato juntas.

Para cuando las alumnas salieron en grupitos a dar sus paseos, Lucy ya estaba lista, con su chaqueta pasada de moda, su bolsito y su viejo sombrero. Lady Susan, por el contrario, mostraba una estampa impresionante, con chaqueta, guantes y sombrerito a juego, en preciosos tonos rosa y gris. Oyó que comentaba a sus amigas que los había comprado en París, donde iba como poco una vez al año, para renovar su vestuario en las tiendas más elegantes.

Como imaginaba, cuando iban por King's Road, a medio camino entre la escuela y el centro del pueblo, lady Susan se volvió hacia ella con gesto altivo.

—Tenemos que hacer varios recados, Lucy, y preferimos ir solas. —Le tendió unas pocas monedas con una mano enguantada. Encima, tacaña…—. Ve a dar un paseo, anda. Nos vemos en la encina, media hora antes de la cena. Nos dará tiempo de sobra para volver.

—Muy bien, lady Susan.

Se quedó unos minutos en el camino vigilándolas mientras se

alejaban. Luego, dio media vuelta y echó a correr hacia el noroeste, atravesando lo más rápido que pudo bosquecillos y campos de cultivo. Dejó atrás las caballerizas Bissop, pasó de largo por la forja de McDonald, desde la que le llegó el sonido rítmico de su martillo, y se internó en la espesura cercana a Scott Hill.

Allí, los aromas del bosque la envolvieron, y también aquel frescor único y maravilloso que siempre asociaba con Minstrel Valley y con una época que a veces le parecía que formaba parte de la vida de otra persona. Su mente voló a los tiempos en los que era una niña feliz, con sus padres y Diane, su hermana mayor.

«¡Corre, Lucy, corre!», gritaba Diane, con su sonrisa maravillosa, y ella trataba de alcanzarla. Pero Diane tenía ya once años y ella apenas cinco, y sus piernitas eran demasiado cortas para conseguirlo, excepto cuando su maravillosa hermana mayor simulaba renquear, ella la cogía por las rodillas, colgada de sus faldas, y ambas rodaban por la hierba entre risas.

Su padre reía, fumando su pipa o preparando leña para la chimenea, y su madre trataba de imponer un poco de orden asomada a la ventana de la cocina, de donde llegaba el delicioso aroma de sus tartas. «¡Diane, Lucille, niñas, basta!».

Solo ella y su abuela la habían llamado Lucille.

No quería pensar en su abuela. En el monstruo que la había consumido durante años.

Llegó a su destino, en un claro del bosque, y lo primero que vio fue a Agnes, sentada junto a la puerta de la cabaña en la que Lucy había vivido de niña. Estaba dormida. Últimamente siempre la veía muy cansada.

Tampoco quería pensar en ello.

En la explanada que quedaba frente a la casa, la pequeña Didi daba vueltas en círculo, arrastrando el precioso carrito que los duendes de Santa Claus habían dejado junto a la chimenea en la última Navidad. Lucy le había dado dinero a Agnes para que se lo encargase al carpintero Joseph Gambier, que tenía su establecimiento en Legend Square, y había quedado muy contenta con el juguete.

La niña estaba encantada con el carro. Ese día, su traqueteo era considerable, porque Didi había subido encima a su perro, llamado Guapo, una criatura diminuta y feúcha, de raza indeterminada, que

había aparecido un buen día por allí y había sido adoptado con entusiasmo por la niña.

Didi apenas podía con todo ese peso, y avanzaba a tirones, tambaleándose. Por suerte, el pobre animal, un ser abnegado como pocos, parecía encontrar agradable el paseo y contemplaba el paisaje con aire pensativo.

Lucy observó la escena con el corazón rebosante de amor, mientras una sonrisa crecía en su rostro. Didi estaba a punto de cumplir los cinco años, y cada día se parecía más a su madre, con su pequeño rostro de rasgos perfectos y sus enormes ojos de un llamativo azul. Agnes solía peinar su cabello, muy negro, en dos gruesas trenzas, pero ese día lo llevaba suelto y desgreñado.

—¡Mami! —exclamó la niña con entusiasmo al verla, y corrió hacia ella arrastrando más rápido el carrito, hasta casi hacerlo volcar. El pobre Guapo tuvo que hacer equilibrios para no caerse—. ¡Has venido!

—Claro que sí, cariño —dijo ella, sonriendo. Se agachó para abrazarla y plantarle dos besos en las mejillas—. Sabes que, en cuanto puedo escaparme, vengo a verte. —Le revolvió el pelo. Total, no iba a notarse. Posiblemente nadie había desenredado sus rizos negros desde que ella lo hiciera, en su último día libre, la semana anterior. Didi tenía la carita manchada de tierra y hollín, como la ropa, y estaba algo pálida. Y delgada, ¿no estaba más delgada…?—. ¿Has tomado el té?

—No.

—¿Almorzaste?

La niña arrugó la nariz.

—Sí. Pero estaba malo.

«Maldición». Los ojos de Lucy se dirigieron hacia Agnes. Besó una vez más a la niña y la soltó para ponerse en pie.

—Quédate aquí y juega un poco más. —Empezó a caminar hacia la casa—. Voy a hablar con la abuela.

—Vale. ¡Mami…! —la llamó al momento. Lucy se volvió a mirarla —. No la riñas. Está cansada. Y triste.

Lucy sonrió. Le gustaba que Didi fuese así, que tuviese ese gran corazón. Era muy cariñosa, como lo había sido su madre. ¡Oh, Diane! ¡Cuánto la echaba de menos!

—No iba a reñirla, no te preocupes.
Didi asintió y volvió a sus juegos.

Capítulo 3

Lucy se detuvo ante Agnes. La observó unos momentos, más apenada que otra cosa, y la tocó apenas en un hombro.

—¿Agnes? Despierta…

Tuvo que insistir un par de veces hasta lograr que la mujer abriera los ojos, de un apagado tono azul, aclarado por la edad.

—¡Qué, qué…! —exclamó, con sobresalto—. ¿Qué pasa?

—¿Te encuentras bien? Son casi las seis y Didi no ha tomado el té. Y por lo que me ha dicho, me da la impresión de que se te volvió a quemar el almuerzo.

—Oh, Dios… Es verdad. —Agnes se sentó en condiciones y pasó una mano por su rostro arrugado. Tenía el pelo, muy blanco, encrespado y revuelto, con el moño casi deshecho. Nunca debió ser una mujer guapa, pero la edad le había dado una curiosa gracia—. Oh, Dios, niña Lucy… Creo que me quedé dormida.

—¿Te encuentras mal?

—No… —Miró al frente, hacia Didi, pero tenía los ojos entrecerrados, como si contemplase algo de otro tiempo y lugar—. Es que… Hoy me he sentido extraña todo el día.

—Esto no puede seguir así. Tienes que ir al médico.

—No nos lo podemos permitir.

Eso era verdad. Pero habría que encontrar el modo de pagarlo.

—Claro que sí —replicó animosa—. Buscaré la manera.

—No quiero que gastes en eso tu dinero, niña Lucy. Bastante tienes con Didi y con mantenerme a mí.

—Tonterías. —Sacó las monedas de lady Susan y se las tendió—. Ya nos las arreglaremos.

—Sí. Tienes razón. —Miró la pequeña suma en su mano—. ¿Sabes? Incluso ahora, miro este dinero y tengo que hacer un esfuerzo para apartar la idea de ir a la taberna más cercana y gastarlo en vino.

—Espero que no vuelvas a aquellos días. —Lucy sonrió, pero sí que tenía algo de miedo. Aunque ya hacía años que Agnes no bebía nada, cuando llegó con Didi tendía a emborracharse de continuo—. Eso sí que no nos lo podemos permitir.

—Lo sé. Es solo que tengo ese impulso: comprar vino y beber y así poder… poder seguir respirando. Porque convivo cada día con su necesidad. —Se cubrió el rostro con las manos—. ¡Resulta tan difícil resistir a la tentación! Sobre todo porque beber me ayudaba a escapar de mis recuerdos.

Lucy tragó saliva.

—Está bien, Agnes, lo entiendo. Y también lo de que no te gusten tus recuerdos. A veces son horribles, espantosos, un lastre que te arrastra de continuo hacia una oscuridad insoportable. —¿De quién estaba hablando? ¿De Agnes o de ella? Supuso que de todos los seres humanos—. Pero, el truco, siempre consiste en no concederle más poder del que ya tienen. No permitas que te destruyan.

Agnes hizo una mueca de desaliento.

—¿Y qué puedo hacer?

Lucy tomó su mano con cariño.

—Lo que hacemos todos para poder sobrevivir en esos casos, querida: construir otros nuevos. Compartiendo el tiempo con la gente a la que queremos, haciendo con ella cosas que nos gustan… Al fin y al cabo, es lo que estamos intentando aquí. ¿No?

—Cierto… —Apretó sus dedos en un toque lleno de cariño—. Tienes razón, niña Lucy. Debería aferrarme a lo bueno. —Agnes y ella permanecieron en silencio un ratito, contemplando los juegos de la niña. La anciana fue la primera en moverse—. Voy a preparar algo de comer —dijo—. Y que no esté quemado. —Ambas rieron. Volvió a presionar su mano antes de soltarla, y se puso en pie con esfuerzo—. ¿Te quedas a cenar con nosotras?

—Ojalá pudiera, pero es imposible. Mañana vendré temprano, es mi día libre, pero hoy me queda poco tiempo. Se supone que estoy acompañando a unas alumnas, debo reunirme con ellas para la vuelta.

Agnes agitó la cabeza.

—Ten cuidado, niña Lucy. Sabes que no me gusta que hagas eso. No está bien que aceptes dinero por dejarlas ir solas por ahí. Un día de estos, ese ardid te va a meter en problemas.

—Es posible. Pero estamos en Minstrel Valley, aquí nunca pasa nada grave, y esas monedas han logrado mejorar nuestras condiciones durante años, aunque solo sea un poco. —Se encogió de hombros—. Si algún día me descubren, tendré que asumir las consecuencias.

—Que no creo que sean pocas… —murmuró Agnes. Entró en la casa agitando la cabeza.

Lucy parpadeó y miró preocupada al frente. Sí, ella también lo temía. ¿Qué diría lady Acton si la acusaban de algo así? Por eso, quizá sí que podía llegar a despedirla, porque habría perdido toda su confianza… Y se moriría de vergüenza.

¡Oh, maldición! No quería pensar en esas cosas, no en esa bonita tarde de principios de verano. Se puso en pie y caminó un par de pasos por el claro.

—Ven, Didi —la llamó, y la niña acudió al momento, el carrito y Guapo bamboleándose tras ella—. Mañana vendré y pensaremos cosas —se inclinó para hablarle al oído, como intentando que el perro no se enterase— para dar una fiesta sorpresa a Guapo, ¿te parece?

La niña rio, divertida.

—¡Sí!

—Bien. —Se inclinó a besarla—. Ahora solo puedo quedarme unos minutos más, pero tu abuela te va a preparar algo muy rico. Un té tardío o una cena temprana. Lo que prefieras.

Didi volvió a reír y Lucy sintió que moría de amor. ¡Era tan bonita! ¡Tan encantadora!

—¡Un desayuno! —exclamó.

Lucy lanzó una carcajada.

—Muy bien, que sea un desayuno. Veamos qué hay en la despensa para un desay… —Se envaró al oír el sonido de un caballo. Todavía no se avistaba, pero se estaba acercando, bosque a través. Raramente iba nadie por allí. ¿Quién sería?—. Ve dentro con la abuela, corre —ordenó a la niña.

Apenas tuvo tiempo de ayudarla a entrar con su carrito y su perro, antes de que surgiera el animal, abriéndose paso entre la espesura. El jinete era un caballero, podía deducirse fácilmente por sus ropas, un

traje de montar gris impecable y unas botas que valían varios sueldos de Lucy. Además, era un hombre guapo, con una abundante mata de cabello rubio de un tono oscuro, como el oro viejo, y grandes ojos de un curioso tono ámbar que le daban aire felino. Lástima que las líneas de su nariz y su boca resultaban algo arrogantes.

Al verla, cambió la expresión ceñuda por una sonrisa algo afilada.

—Buenas tardes —dijo. Lucy no respondió. Se limitó a mirarlo muy seria—. ¿Podría ayudarme, señora? Creo que me he perdido.

—Estoy segura de ello, ya que está aquí —replicó ella, impasible. Y enfadada.

¡Señora! ¡Ja! Claro que aquel desconocido no tenía la culpa. Él había hecho sus suposiciones y, con veinticinco años, hacía tiempo que Lucy debería haber dejado de ser una señorita.

Él la miró con curiosidad y su sonrisa se acentuó.

—Y, sin embargo, de pronto ya no me importa tanto. —Como Lucy tampoco se mostró halagada por ello, carraspeó—. Buscaba el puente, o un puente, no sé… Tenía allí una cita, y al llegar a Minstrel Valley pregunté y me mandaron a uno llamado Puente del Entretenimiento.

—Del Pasatiempo —corrigió Lucy.

—Eso, del Pasatiempo, sí. El caso es que, tras una hora de espera, se me ocurrió preguntar a otro amable lugareño y me dijo que en Minstrel Valley no hay solo un puente. ¡Hay dos! ¿Se lo puede creer? ¿Para qué quiere dos puentes un sitio tan minúsculo? —Lucy arqueó una ceja, pero siguió en silencio—. Por eso me decidí a buscar el otro por ver si la persona con la que estaba citado me está esperando allí.

—¿Se refiere al puente romano?

—Sí, eso dijo el hombre. Que era romano.

—No sé si se le puede seguir considerando puente, porque no queda más que un trozo y no hay ya ni agua ni nada, pero está por allí. —Señaló la dirección—. En cuanto salga de esta zona del bosque verá a lo lejos un edificio señorial, es Clifford Manor. Vaya hacia allí, las ruinas romanas están muy cerca, no tiene pérdida.

—Muchas gracias, señorita…

Titubeó, pero ¿qué más daba?

—Campbell. Señorita Lucy Campbell.

Vio que captaba la corrección, y que saber que no estaba casada lo llenaba de regocijo.

—Un placer, señorita Campbell. —Se llevó una mano enguantada al sombrero, en un saludo galante—. Soy el conde de Southgate, a su servicio. Quizá podamos volver a vernos. A mí me encantaría —añadió, con un tono aterciopelado que dejaba poco lugar a dudas—. Me alojo en la posada The Old Flute.

Lucy alzó la barbilla. ¿Por qué le decía eso? ¿Acaso se pensaba que iba a ir allí a buscarlo al caer la noche, a meterse corriendo en su cama, ansiosa por complacer al guapo conde a cambio de unas sonrisas y algún pequeño obsequio final?

En otras épocas, con otros hombres de su misma posición, había respondido a ofertas semejantes lanzando una mirada insinuante. Entreabriendo un umbral, como solía decirse. Pensaba que era bueno que supieran que, aunque no aceptase la aventura, se trataba de una mujer ardiente y dispuesta, alguien que podía darles cuanta pasión pudieran desear, si eran lo bastante decididos como para atravesar tal puerta.

Sin embargo, la experiencia le había enseñado que eso había sido un error. Aquello alimentaba las propuestas, cierto, pero ninguna había sido de matrimonio. Y aunque luego nunca había ocurrido nada, puesto que sin boda no tenían nada que hacer, el daño ya estaba hecho. Ellos sabían que estaba interesada y, quizá por eso, perdían gran parte del interés. No resultaba ningún reto.

Pues, ahora, lo sería. Supondría un desafío enorme para cualquiera de ellos. Se comportaría como con todos los demás, en realidad: cerraría muros, intentando que nadie intimase lo bastante como para descubrir sus secretos.

Que le quedase bien claro al hermoso conde de Southgate que no la impresionaba, pese a su posición y su apostura. No le concedería una segunda mirada ni mucho menos el mínimo pensamiento cuando no estuviera presente. Si aspiraba a conseguirla, primero tendría que conquistarla. Y si no quería nada más que pasar un buen rato, mejor que ninguno de los dos perdiera el tiempo.

Por eso, Lucy no respondió nada. Se limitó a mirarlo con fría indiferencia y el conde, algo contrariado, terminó por hacer girar el caballo en la dirección indicada para desaparecer de nuevo en la espesura.

Capítulo 4

Tras pasar un rato con Didi, simulando una fiesta por el cumpleaños de Guapo, Lucy fue al árbol junto al que solía esperar a lady Susan. La joven se retrasó hasta ya hacerla sentir inquieta. Eran casi las siete cuando por fin apareció, seguida de sus amigas. Se hacía tarde para la cena en Minstrel House, pero estaba claro que lady Susan no estaba pensando en eso, precisamente. Se la veía muy contrariada.

—¡Pero, Susie, parecía sincero! —iba diciendo tras ella lady Eve.

—¡Cierto! —repitió la honorable Mayers, jadeando por el otro lado—. ¡Y es tan guapo!

—¡No me importa! —respondió la cabecilla—. He perdido toda la tarde, no se lo perdonaré nunca.

—Pero, querida, solo han sido unos minutos…

—¡Todo el tiempo de que disponíamos! ¡Y silencio ahora! —advirtió al ver a Lucy—. Este pueblucho está lleno de chismosos…

Lo dijo en un supuesto susurro, pero asegurándose de que lo oyera. Lucy tuvo problemas para permanecer impasible. Mentalmente, puso los ojos en blanco y la abofeteó con tanta fuerza que la muchacha dio dos vueltas sobre sí misma antes de estamparse de bruces contra el tronco del árbol. Pero no se movió, por supuesto. Abofetear a la estúpida de Warren-Towers solo podía traerle desgracias.

Ajenas a sus ansias de violencia, las tres muchachas se reunieron con ella.

—Vamos, Lucy, volvamos —ordenó lady Susan.

—Pero no tenemos los lazos… —se atrevió a decir la honorable.

—Oh, cierto, es verdad. —Lady Susan miró a Lucy con evidentes ganas de enviarla corriendo a la tienda de la señora Gibbs, pero la

idea no acabó de convencerla. Sus pupilas recorrieron el uniforme de doncella que llevaba, su sombrerito y su capa, claramente humildes. Y viejos, porque todo su dinero iba para Didi—. Vamos. Nos retrasaremos un poco, pero merecerá la pena que nos riñan. No podría soportar que pensaran que he escogido lo que pueda elegir una campesina.

Lucy se ruborizó de pura indignación, pero tampoco dijo nada. Bajó la cabeza y las siguió en silencio, intentando recordarse que, de vez en cuando, solo de vez en cuando, llegaban niñas así a Minstrel House. O cambiaban, o se iban. Tarde o temprano, lady Acton intervendría para realizar su magia.

Olvidó todo eso al ver que había un pequeño tumulto en Legend Square, la plaza principal del pueblo, donde estaba el pozo y el lavadero. A su alrededor, se alzaban los edificios más importantes de Minstrel Valley: la iglesia de Saint Mary, el Ayuntamiento, la tienda de la señora Gibbs…

Lady Susan y sus amigas torcieron el gesto, molestas por el barullo. Lucy se limitó a arquear cejas, sorprendida, al ver tanto niño, cuando a esas horas solían estar ya en sus casas, a punto de tomar sus cenas.

Vio que todos se hacinaban alrededor de un hombre, un pintor, situado a pocos metros de la estatua del Juglar y la Dama Blanca. Había colocado un caballete y estaba pintando, supuso que la imagen de los dos amantes entrelazados en su abrazo perpetuo. Mientras lo hacía, hablaba con su público. Lucy solo captó detalles sueltos, preguntas sobre las leyendas locales y réplicas ante lo que decían. Sus comentarios debían tener gracia, porque los niños no dejaban de reír.

—Quédate aquí, Lucy —ordenó lady Susan, enfilando hacia la tienda de Bella Gibbs.

—Muy bien, milady.

Mientras esperaba a que las jóvenes hicieran sus compras, se acercó un poco al grupo, lo suficiente como para descubrir qué había en el lienzo. El óleo estaba en sus inicios, la pintura era apenas unas manchas borrosas de colores, pero ya se atisbaban las formas del juglar con su enamorada.

Y, qué curioso, en vez de usar tonos grises para dibujarlos como se veían en la plaza, en aquella estatua de piedra de cuerpo entero tan poco habitual, y más en lugares pequeños como Minstrel Valley —

Lucy había oído decir que había sido un capricho de una antigua lady Northcott que seguro que se sentía muy enamorada—, el cuadro estaba lleno de color. Aquel hombre pintaba a la pareja como si estuviese viva, lo que le daba más intensidad al impulso de aquel beso.

Ya solo por eso hubiese suscitado su interés, pero la forma en que el artista manejaba el pincel, tan delicada y resuelta, y el modo en parecía ir desentrañando detalles en el lienzo, más que añadirlos con sus ligeros toques de pintura, terminaron por fascinarla.

Lucy se acercó un poquito más para poder ver mejor. No sabía nada de técnicas artísticas, poco más de lo que le había contado lady Harmony mientras realizaba su retrato, un par de años antes, pero de algún modo intuyó que aquello tenía calidad. Era apenas un esbozo, pero estaba lleno de fuerza y talento.

Sus ojos, admirados, se movieron hacia el pintor. Lo tenía de espaldas, de modo que solo pudo concluir que era alto, moreno y tenía una planta excelente. Hubiera estado impresionante con un buen traje, sombrero y bastón. Por desgracia para él, estaba en mangas de camisa, una prenda gastada y llena de remiendos, al igual que los pantalones, que llevaba metidos de cualquier modo en unas botas viejas que le llegaban hasta las rodillas.

Su ropa era humilde y estaba muy usada, pero Lucy lo encontró chocante. ¿Por qué? Tardó un par de segundos en darse cuenta.

Aquel corte de pelo era excelente, digno de un profesional de alta categoría. Ella, que trabajaba para lo más selecto de la sociedad, podía distinguir detalles así. ¿Cómo alguien de tan pocos medios podía permitirse ir tan acicalado bajo sus harapos?

—¿No tenéis hambre? —le oyó preguntar a los niños—. ¿No deberíais ir a casa a cenar?

Un coro de afirmaciones entusiastas ensordeció el atardecer. A su pesar, Lucy no pudo por menos que sonreír. Era entrañable verlo tan cómodo entre todos esos niños. Se notaba que disfrutaba del momento tanto como ellos.

—Me da igual —dijo uno, un chico delgaducho, de ropas limpias, pero también muy remendadas—. ¡Siempre tengo hambre y en casa no habrá cena para todos!

El desconocido lo miró. Eso permitió que Lucy viese claramente su

rostro de rasgos varoniles, muy atractivos, en el que destacaban unos llamativos ojos de un gris claro. Sus pupilas, de aire inteligente, recorrieron al niño de arriba abajo.

—¿A alguien más le ocurre lo mismo? ¿No tener nada para comer en casa?

Coro de negativas que no acabó de aclarar nada.

—Joe acaba de llegar al pueblo —explicó entonces un muchacho que Lucy reconoció: era hijo de uno de los lacayos que trabajaban en Minstrel House—. Su padre limpia establos y su madre lava ropa. Son muy pobres.

—¡Pero ahora tenemos casa! —afirmó el llamado Joe, con entusiasmo.

—¿Antes no? —preguntó el pintor.

El chico hizo una mueca.

—No, señor Perkins. Bueno sí, pero cuando vivíamos en Londres mi padre perdió el negocio y la casa. Malos tiempos —añadió, seguro que imitando a su padre.

—¡Un *agogado* se los quitó! —chilló un niño más pequeño. Debía ser su hermano, por el parecido. Joe le revolvió el pelo.

—No fue un abogado, tonto. Ese solo trabajaba para el banquero.

El pintor se había quedado mirándolos.

—¿Sabéis qué? —dijo de pronto, mientras dejaba el pincel y la paleta. Sacó de una bolsa unos buenos trozos de pan y queso. Siguió hablando mientras los troceaba y los entregaba a Joe y su hermano—. Necesito que unos cuantos chicos posen para un cuadro que tengo en mente, ahí, entre el pozo y el lavadero. ¿Os apetecería? —Como era de esperar, los críos empezaron a gritar con entusiasmo. Él trató de imponer un poco de orden—. Vale, vale. Podéis posar todos, ¡pero solo pagaré unos peniques a aquellos que lo necesiten de verdad, que yo también soy pobre! ¡No querréis tenerme llamando a vuestras casas para mendigar un trozo de pan!

—¿Qué es todo este alboroto? —gritó de pronto una voz de mujer. «Oh, no», pensó Lucy. La señora Cotton había salido de su casa y estaba llegando a la plaza apoyada en su bastón, como un pájaro de mal agüero. Una imagen que alimentaba más todavía la toca negra pasada de moda que aleteaba alrededor de su cabeza—. ¡Fuera de aquí, niños chillones, tunantes, debería daros vergüenza! ¡Id a dar la

tabarra a vuestros padres!

—¡Pero, señora Cotton, no hacíamos nada! —protestaron varias voces, aunque también se oyó algún «¡Bruja!» y «¡Arpía!», entre el barullo.

La mujer se dio cuenta, por supuesto, y se enfureció más todavía.

—¡Eh! —advirtió el pintor—. Mostrad respeto. Es una señora y tiene una edad.

La señora Cotton no pareció muy apaciguada.

—¿Respeto? No saben qué significa esa palabra. ¡Fuera de aquí, maleducados! —Agitó el bastón de un modo peligroso—. ¡Cada cual a su casa o juro por Dios que os muelo la espalda y os enderezo yo misma! ¿Y usted quién es? —Estudió al pintor de la cabeza a los pies, fijándose en sus ropas, y sacó unas conclusiones rápidas—. ¿Qué se cree que es esto? ¿Una feria? ¡Recoja todo eso, vamos! ¡Fuera de aquí, y no vuelva a organizar semejante alboroto o tendré que denunciarlo al condestable!

Él la miró con expresión perpleja, y también ligeramente enojada.

—¿Y eso por qué, señora?

—¿Eh? —La señora Cotton dudó un momento—. Pues porque en Minstrel Valley no aprobamos esta clase de comportamientos, estos griteríos irresponsables y ruidosos, por supuesto. Está provocando alboroto en la plaza, frente a la mismísima iglesia —señaló el edificio con el bastón—, y este es un pueblo decente. ¿Qué se ha pensado? Debería seguir su vagabundeo hacia donde sea cuanto antes.

—¿Vagabundeo? —Lanzó una carcajada. Se le veía extrañamente satisfecho de sí mismo—. La verdad es que voy a pasar una temporada aquí… ¿Señora Cotton, verdad? —Hizo un saludo elegante, tan poco propio de un pobre remendado como su corte de pelo—. He oído hablar de usted. Yo soy Gerald Perkins, artista y trotamundos, a su servicio. Siento si la hemos molestado pero, de momento, no tengo previsto irme a ningún sitio.

La señora Cotton golpeó el suelo con el bastón en un gesto que había empezado a repetir en el último año. Lucy siempre se sorprendía de que no provocara un terremoto cada vez que hacía eso. Por falta de ganas no sería.

—¡Eso lo veremos!

—Desde luego. Me gusta este pueblo, es muy bonito, y tengo en

mente realizar varios cuadros. —Se volvió hacia el lienzo y siguió pintando, manejando el pincel con elegancia—. Por cierto, el propio alcalde me dio permiso para trabajar en la plaza, y en aquel momento estaba con el padre Ellis, que quiere que haga un par de restauraciones en cuadros de la iglesia. —Hizo una mueca—. Sin coste alguno, por supuesto. Seguro que se sorprenderá mucho cuando le diga que usted la considera una actividad indecente.

—Oh. —La señora Cotton enrojeció hasta las orejas—. ¡Yo no he dicho eso! He dicho que organizar alboroto es indecente. Si está trabajando, debió decir usted mismo a estos pequeños monstruos que se fuesen a dar guerra a otro lado.

—¿Por qué? Son solo niños, señora Cotton. —Miró a la mujer directamente de un modo que aceleró la sangre en las venas de Lucy. Le gustó aquella firmeza, su decisión y su claridad de pensamientos. Era alguien muy seguro de sí mismo, y eso siempre le había gustado en un hombre—. ¿Recuerda aquello de «Dejad que los niños se acerquen a mí»? Si hace memoria, quizá recuerde en qué libro puede leerse tal frase, incluso quién lo dijo. Y, así, hasta quizá deje de llevarle la contraria, ya que parece usted tan beata… digo, tan devota. Perdón. Que, aunque lo parezca, no siempre son sinónimos.

Los niños, claro, estallaron en carcajadas. Ella enrojeció todavía más.

—¡Cómo se atreve! —Golpeó el suelo con el bastón otro par de veces, seguro que para desahogar las ganas de descargar su enfado en el pintor—. ¡Esto no quedará así!

Se alejó, coreada por las risas infantiles, y volvió a encerrarse en su casa.

—Bueno, bueno, insisto en que hay que mostrar respeto incluso en estos casos —dijo entonces el señor Perkins—. Además, en parte tiene razón. Hay mucho barullo aquí, jovencitos. Vamos, todo el mundo a su casa. Joe, lleva esto a tu madre. —Le entregó el envoltorio. Más pan y queso, supuso Lucy—. Mañana os conseguiré comida en condiciones.

—Muchas gracias, señor. Pero ¿seguro que usted no la necesitará?

—No te preocupes. Tengo las comidas aseguradas en la posada a cambio de echarles una mano. Ya está acordado.

Joe sonrió.

—¡Gracias, señor Perkins!

El muchacho se fue corriendo con su hermanito, y a punto estuvieron de arrollar a lady Susan y sus acompañantes, que se acercaban desde la tienda de la señora Gibbs.

—¡Cuidado! —protestó lady Susan—. ¡Será posible, pequeños bárbaros! ¡Qué falta de modales! —Miró hacia el pintor, dispuesta a despreciarlo por su aspecto y por relacionarse con semejantes salvajes, pero el señor Perkins era demasiado guapo. Tomada por sorpresa, lady Susan apretó los labios, se acercó a Lucy y susurró—: ¿Quién es? ¿Te has enterado de algo?

Podía contarle todo lo que había visto, lo mucho que le había gustado el modo en que aquel hombre trataba a los niños y cómo se había enfrentado a la señora Cotton. Podía decirle, también, que se llamaba Gerald Perkins…

Pero no tenía gana alguna de ayudarla.

—No he estado atenta, milady —replicó, con un encogimiento de hombros.

Lady Susan la fulminó con la mirada.

—Oh, será posible… ¿Se puede ser más torpe?

—¿Volvemos a Minstrel House? —intervino la honorable, que era la más asustadiza de todas—. Si nos retrasamos más, llegaremos tarde a la cena y…

De pronto, el pintor fue a coger algo de la bolsa en la que llevaba sus bártulos, por lo que se giró hacia ellas. El sol ya estaba muy bajo, pero le daba de frente y bizqueó mientras sus ojos pasaban sin demasiado interés por el grupo de jovencitas hasta que, de pronto, se detuvieron y parecieron cobrar vida.

Se incorporó como impulsado por un resorte.

¿La estaba mirando a ella? Lucy contuvo la respiración.

—¡Me está mirando! —susurró entonces lady Susan, nerviosa, a su lado—. ¿Por qué me mira así?

¿Podía ser? En realidad, sí, comprendió. Como no dejaba de parpadear, molesto por el sol, el pintor podía estar mirando a cualquiera de ellas. Lucy se sintió abrumada por una inesperada oleada de decepción. Qué tonta era. ¿Cómo se le podía haber ocurrido que alguien pudiera reparar en ella, habiendo tres damas tan elegantes a su alrededor?

Cuando vieron que empezaba a caminar en su dirección, lady Susan casi dio un brinco.

—¡Oh! —exclamó con un gritito estrangulado—. ¡Que viene! ¡Viene hacia mí! ¡Será descarado! —añadió, pero pese al escándalo, dio un paso al frente para salir a su encuentro.

Lucy quedó a su espalda. No se movió. Se sentía paralizada.

Tonta, tonta, tonta… ¡Mirarla a ella! Bien sabía que las doncellas eran invisibles.

—¿Seguro? —preguntó lady Eve. También le temblaba la voz, emocionada—. Yo creo que viene hacia mí…

—¿Qué dices? —La honorable Mayers bufó de un modo que su profesora de protocolo, la señorita Kaye, hubiese calificado de impropio—. ¡Las dos os confundís! ¡Me está mirando a mí!

Eso hubiera podido derivar en una pelea, al menos entre las dos caniches, pero por suerte, el pintor no tardó en plantarse ante ellas, con pasos de zancada firme y larga. Las tres alumnas de la escuela se estremecieron al unísono como florecillas bajo una brisa de primavera.

—¡Qué belleza! —exclamó el pintor. Curioso que viera algo, tal como seguía guiñando los ojos—. ¡Tengo que pintarla!

—¡Oh, por favor, caballero! —protestó lady Susan, llevándose una mano al corazón—. Agradezco su interés, pero recuerde que no puedo hablar con usted sin haber sido debidamente presentados.

—¿Eh? —Ahí sí que quedó claro que Perkins la miraba a ella, pero con desconcierto. Como si hasta ese momento no se hubiese dado cuenta de su existencia—. Oh, no se preocupe, no será necesario. No tengo nada que decirle.

Avanzó otro paso, obligándolas a apartarse, y se detuvo ante Lucy, que lo miraba con los ojos muy abiertos. El artista y trotamundos llamado Perkins extendió una mano para tomarla por la barbilla, pero ella lo evitó de un manotazo.

—¿Qué hace? —Alarmada, reaccionó como siempre, cerrándose y con hostilidad—. ¡No me toque!

Él siguió contemplándola con unas pupilas que parecían emitir fuego, como si estuviese viviendo un extraño trance. Empezó a rodearla, lo que la llevó a girar sobre sí misma, temerosa de darle la espalda a semejante loco. Al hacerlo, fue ella la que quedó de cara al sol. Parpadeó molesta.

—Perdón —le oyó decir—. Perdón, señorita. Sé que me estoy comportando de una manera poco educada y algo excéntrica. —Intentó reír, con poco éxito—. Debe pensar que estoy completamente perturbado.

—Ahora que lo dice…

—Ja, sí, bueno… Disculpe, pero es que no se imagina la de tiempo que llevo buscándola.

Ella arqueó ambas cejas.

—¿A mí?

—Sí, a usted. Y desde el principio de los tiempos. —Unió las palmas en una especie de súplica—. Tengo que pintar una obra muy especial y quiero que usted sea su protagonista, señorita. Sin duda, es la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Pero ¿qué dice? —exclamó la honorable, con escándalo—. ¿Cómo se atreve?

—¡Decir algo así de una muchacha vulgar, habiendo damas delante! —apoyó lady Eve.

—Deje en paz a Lucy, solo es la doncella —le advirtió lady Susan, frunciendo el ceño.

Él no pareció preocupado por ello. Negó con la cabeza.

—No, no es solo eso. ¡También es mi musa, ahora y por siempre! —afirmó. Dio un nuevo paso al frente, decidido, lo que lo colocó tan cerca de Lucy que no solo la protegió por completo con su sombra, también permitió que captase su aroma a piel limpia y jabón caro. Aquellas pupilas febriles parecieron recorrer su rostro con ansia, como buscando grabarse a fuego cada detalle—. Tiene que dejar que la pinte, doncella Lucy, mi preciosa señorita Lucy…

—¡Artistas! —exclamó lady Susan con desdén—. Están todos locos, la mayoría carece de educación, y algunos ni siquiera tienen buen gusto.

Pese al comentario mordaz, Lucy se sentía extrañamente feliz, y muy halagada. De no haber tenido ya un retrato para preservar el recuerdo de su belleza, quizá hubiese aceptado. Sí, lo hubiera hecho, porque le había gustado cómo trabajaba Perkins, y estaba convencida de que hubiera quedado satisfecha con el resultado. Habría puesto la condición de poder quedarse con la obra una vez terminada, o recibir otra, con ella como protagonista.

Pero no lo necesitaba y recordaba bien lo tedioso que era posar, la de horas inmóvil que suponía un retrato sencillo. Perkins había hablado de pagar unos peniques a algunos niños por quedarse ahí de pie junto al pozo a saber por cuánto tiempo. Al percatarse de verdad de lo que pretendía, a punto estuvo de echarse a reír. Pobre iluso, quedarse quietos aquellos críos… ¡Como que iba a ser posible semejante milagro!

Para los pobres, cualquier dinero siempre venía bien, desde luego, y bien sabía Dios que le encantaría tener más, pero ella contaba con muy poco tiempo libre. Por una cantidad tan pequeña, prefería pasarlo con Didi.

—Lo lamento, pero no me es posible —replicó. Él empezó a negar con la cabeza, de modo que se sintió obligada a insistir—. No tengo apenas tiemp…

—No puede negarse porque esa obra de arte, esa obra maestra, nos hará famosos tanto a usted como a mí —siguió él, embalado. Lucy puso los ojos en blanco. Desde luego, el señor Perkins y la virtud de la humildad no se habían encontrado ni por casualidad en esa vida—. ¿No se lo imagina? Yo sí. El día de mañana, estará en un museo y las gentes la admirarán y se preguntarán por cómo era usted, qué pensaba mientras posaba para mí o si hubo una apasionada relación amorosa entre nosotros…

—¡Oh! —exclamaron las tres damas, con los ojos muy abiertos.

Lucy lo miró incrédula. ¿Relación amorosa? Para su contrariedad, solo de imaginarlo, se ruborizó hasta las orejas. Pero, por más que le pesase, porque aquel hombre despertaba su interés como ningún otro lo había hecho nunca, alguien como él no tenía cabida en su vida.

Solo había que verlo para saber que era más pobre que una rata, pese a sus remiendos perfumados y su buen corte de pelo. ¿Tendría una amante rica? Desde luego era una buena posibilidad, y semejante idea la perturbó más de lo que le hubiese gustado admitir.

Misterios, secretos y pobreza. Eso aportaría el señor Perkins a su existencia. Y ella no deseaba misterios, ya tenía secretos de sobra y más pobreza todavía.

Por eso fue a replicar, cortante, para espantarlo de forma definitiva, pero lady Susan, cada vez más rabiosa, se le adelantó. Esgrimió su sombrilla y empujó al hombre hacia atrás sin

miramientos.

—¡Se acabó! ¡Menudo loco desvergonzado! ¡No se acerque a nosotras! —Hizo un gesto hacia ella—. Vamos, Lucy. Volvemos a Minstrel House. De inmediato.

—Sí, milady.

El hombre se alarmó y trató de interceptarla.

—Pero, señorita Lucy, espere, no puede irse. Yo…

—No. Apártese de mi camino —ordenó, perentoria, tan firme que él obedeció de inmediato. Lucy lo miró con frialdad mientras seguía a las tres damas, convencida de que aquel hombre solo podía traerle problemas. Estaba segura de ello. Mejor poner mucha distancia de por medio—. Y ni se le ocurra seguirme, porque, si me obliga, yo sí que lo denunciaré al jefe de policía.

Perkins no dijo más. Cuando, al cabo de varios metros, Lucy se decidió a espiar de reojo, vio que seguía en el mismo sitio, observando muy serio cómo se alejaban.

Capítulo 5

La señora Gibbs fue quien le dijo su nombre completo: Lucy Campbell.

También dio a un agitado Gerald algunos datos interesantes. Por ejemplo, que Lucy había nacido en Minstrel Valley, aunque, tras la muerte de sus padres, siendo muy niña, su hermana mayor y ella fueron enviadas a vivir a Meryton, con su abuela materna, que tenía allí una casa de huéspedes.

Bella Gibbs no recordaba cuándo había vuelto exactamente, pero estaba segura de que había sido poco antes de que se reabriera la mansión de Minstrel House, convertida en la Escuela de Señoritas de lady Acton. Lucy, y medio Minstrel Valley, se ofrecieron para trabajar, y ella consiguió su puesto de doncella.

—Estoy segura de que lo logró más por su buen aspecto que por otra cosa —le confió, con cierto desdén—. Dicen que Lucy tuvo cierta educación, porque su madre era una señorita de una familia venida a menos, pero vamos, que nunca ha parecido demasiado culta.

—Bueno, quizá…

—Chismosa, sí, mucho —siguió la otra, embalada. Se notaba la poca simpatía que le inspiraba Lucy Campbell—. Se sabía todo lo que pasaba en cada casa de Minstrel Valley. ¿Puede creerlo?

—¿Yo? Pues…

—¡Y cómo metía cizaña! Aunque, ahora que lo pienso, hace un tiempo que ya no se para a charlar… —añadió, reflexiva, como si se acabase de dar cuenta de ello. Reaccionó encogiéndose de hombros—. En todo caso, lo que le decía: solo se ganó el puesto por su apariencia. Es demasiado antipática y seca, no cae bien ni a las alumnas. A nadie.

Y eso que algunas de las mujeres mayores del pueblo aseguran que era una niña muy simpática.

—No me diga.

—Como le cuento, aunque todo es de oídas. Quizá debería hablar con Tom Smith y su hija, ya que se hospeda en The Old Flute. Esa familia era muy amiga de los Campbell. Dottie y Lucy son de edades parecidas y, por lo que tengo entendido, jugaban siempre juntas de pequeñas. Yo no puedo afirmar nada, no lo recuerdo. —Alzó una mano para recomponerse el moño—. Era demasiado joven.

¿Había habido un aleteo de pestañas? Estaba seguro de que sí. Gerald sonrió para sus adentros mientras echaba un vistazo profesional a la dueña de la tienda. Era una mujer alta, con el cabello negro algo cano, todavía esbelta y espigada pese a que le calculaba unos cincuenta años. Pero se conservaba bien, se notaba que era una viuda con un negocio que sacar adelante y todavía con la esperanza de compartir la vida con alguien.

—Lo entiendo, señora Gibbs —replicó, dedicándole su mejor sonrisa—. ¿Puede decirme dónde vive Lucy?

—¿Por qué está tan interesado en ella? —preguntó a su vez ella, evidentemente molesta—. Le aseguro que no tiene ninguna oportunidad. Lucy es un pájaro que aspira a volar muy alto. Se sabe bonita, ¿comprende? Y cuida mucho lo que puede ofrecer, y a quien lo ofrece. Ha habido un par de caballeros, gente noble, familiares de alumnas de la escuela, que la rondaron. —Se encogió de hombros—. Más o menos.

Gerald arqueó ambas cejas. ¿Más o menos? Quizá había habido alguna historia amorosa, tampoco sería algo sorprendente. Una joven como Lucy seguro que aspiraba a medrar en la vida gracias a un buen matrimonio. Y cualquier hombre en su sano juicio se sentiría satisfecho de tener a su lado una mujer como ella. Aunque, si eran nobles como contaba la señora Gibbs, seguro que habrían intentado obtener todo lo posible sin necesidad de recurrir a una boda.

La idea lo desagradó enormemente, de modo que la apartó a un lado. La vida privada de aquella joven no era asunto suyo.

—Bueno, mi interés por ella es puramente profesional —se excusó, aunque resultaba difícil explicar lo que le había ocurrido con Lucy.

Para él, la inspiración era un pálpito, y también una premonición

de la obra que iba a surgir. Podía verla, en algún lugar profundo de su mente, y todo su natural creativo se estremecía con el deseo de darle vida. Siempre había sentido esa clase de impulsos, como lo había hecho su madre. Una luz, un color, una forma, una persona o un paisaje, podían disparar esa sensación única que los arrastraba al estado febril de la creación.

La única diferencia era que nunca hasta entonces le había ocurrido con tanta fuerza como con Lucy Campbell. Sentía la convicción de que era la indicada para protagonizar la obra maestra que necesitaba pintar. La necesitaba, y mucho.

—¿Profesional? —preguntó la señora Gibbs, desconcertada.

—Quiero que pose para mí.

—Oh.

Por la cara que puso, decir eso no arregló demasiado las cosas. Seguro que le hubiese gustado ser ella la musa inspiradora. Y no era que la señora Bella Gibbs no mereciera su propio cuadro. La tienda era un entorno interesante, y mostrarla a ella tras el mostrador vendiendo lazos a las alumnas de la escuela hubiese sido una buena estampa costumbrista.

Lamentablemente, en ese momento él necesitaba mucho más. Necesitaba una obra de arte especial, una pieza única con la que poder justificar la defensa a ultranza de su vocación, además del dinero invertido por lord Northcott.

—En realidad, voy a hacer varias pinturas por el pueblo, además de los trabajos encargados por el padre Ellis —decidió añadir, de todos modos—. Y, hablando de eso… —También abrió su cuaderno de dibujo, sacó un carboncillo y empezó a dibujar a Bella Gibbs—. ¿Me permite, ¿verdad? Tiene usted un rostro muy interesante.

—¿Yo? Eh… No sé, supongo.

—Gracias. —Se había ganado al alcalde y al sacerdote gracias a sendos retratos que hizo de cada uno de ellos. Siempre se le habían dado mejor que bien el dibujo y la diplomacia—. Ya le comentaré, por si le apetece una idea que tengo en mente, con usted vendiendo lazos a las jovencitas de la escuela.

Los ojos de la señora Gibbs se iluminaron.

—¡Eso sería maravilloso!

—Me alegra que lo piense así. —Se encogió de hombros—.

Respecto a lo que hablábamos, la señorita Campbell sería una modelo excelente para otro cuadro que tengo que pintar primero. Cuanto antes lo termine, mejor. Así podré ponerme con los demás.

—Por supuesto, por supuesto… —replicó ella, con más entusiasmo—. Lucy vive en la escuela, como casi toda la servidumbre de Minstrel House, pese a que tiene una cabaña en el bosque, cerca de Scott Hill, al norte de Scott Lane. Allí vivía de pequeña, con sus padres, ¿sabe? Su padre era leñador.

—Ya veo. —Se le ocurrió una idea—. ¿Tiene vacía la casa?

—No. Ahora me temo que no, porque ya tiene inquilinos, o inquilinas, mejor dicho. Hace unos pocos años se la alquiló a una anciana que vive allí con su nieta.

Gerald asintió, comprensivo, aunque aquel tema había perdido todo su interés. De haber estado vacía la casa, hubiese usado la excusa de querer alquilarla para acercarse a la señorita Campbell. Pero, dadas las circunstancias, tendría que buscar otro modo.

Ya había reunido toda la información deseada, por lo que no tardó en despedirse. Le regaló el retrato que había hecho de ella, y que encantó a la señora Gibbs, y salió de nuevo a la calle. No le sorprendió descubrir que ya había oscurecido del todo. Se encaminó por Old London Road hacia la entrada sur de Minstrel Valley, donde estaba la posada The Old Flute, encaramada en un alto desde el que podía contemplarse buena parte del pueblo, los grandes bosques de la localidad y el lago Minstrel. Gerald llevaba ya unos días alojado allí y estaba muy a gusto.

Fue un paseo tranquilo. Al llegar a la posada, lo recibieron los aromas de la cocina del sitio, que encontraba muy agradable y hogareña. La sala común estaba a rebosar y Dorothy Smith, la hija del dueño, a quien todos llamaban cariñosamente Dottie, se movía con gracia entre las mesas.

Gerald la admiraba, y mucho. Por lo que había podido comprobar, no paraba de la mañana a la noche; ella dirigía prácticamente un negocio que daba empleo y sustento a más de diez personas, contando desde su padre hasta la última de las lavanderas. Además de eso, se ocupaba de cocinar, con dos ayudantes, y era una camarera más cuando resultaba necesario.

¿Cuántos años tendría? Unos veinticinco, le calculaba, pocos más,

de superarlos. Aunque de carnes generosas, resultaba muy bonita, y esos días sus ojos brillaban de pura felicidad, lo que aumentaba su belleza. Gerald sabía que iba a casarse ese verano con Mark Flaherty, un muchacho de origen irlandés, con un abundante cabello de un rubio rojizo y unos bonitos ojos verdes.

Mark había entrado a trabajar en The Old Flute para echar una mano en lo que se necesitase, y al final Dottie y él habían congeniado, por lo que tenían previsto casarse en verano. Se alegraba por ellos, ella era una buena chica y él no podía ser más agradable. Que Gerald recordase, jamás lo había visto sin una sonrisa en el rostro.

Estuviera o no todavía en Minstrel Valley cuando se casasen, Gerald ya había decidido que les haría un regalo de bodas: un retrato de ambos, sentados en el recinto vallado que había junto a la posada, donde se colocaban mesas y sillas durante el buen tiempo, y con todo el esplendor del bosque y del lago Minstrel a su espalda.

Esa noche, cuando entró, la mayoría de los clientes ya habían cenado y se dedicaban a jugar a las cartas o a beber jarras de la buena cerveza que tenían en aquel lugar. Gerald estaba tan cansado y hambriento que decidió no subir los bártulos y devorar de inmediato lo que fuera que hubiesen hecho de cena. Se sentó directamente a una mesa y los colocó a su lado, apoyados en una silla vacía.

Thomas Smith, el dueño de la posada, al que los parroquianos llamaban simplemente Tom, estaba tras la barra, moviendo un barril con ayuda de Mark. Tom hizo un gesto de saludo. Era un buen hombre, orondo y afable. La noche anterior le había tenido bebiendo con él un par de horas, mientras le hablaba con nostalgia de su difunta esposa, la madre de Dottie.

Muchos de los clientes de The Old Flute eran lugareños, gentes que acudían por el trato familiar y la buena comida, aunque también había varios viajeros que se alojaban de paso y que, por lo general, solo permanecían una noche. Gerald se fijó en uno de ellos, un hombre, un caballero sentado en una de las mesas más apartadas, que debía ser un recién llegado, porque no lo había visto hasta entonces.

Rubio, de un tono oscuro que recordaba al oro viejo, atractivo y quizá no demasiado alto, aunque no podía asegurarlo hasta que se pusiese en pie, tenía un aire trágico que hubiese servido para encarnar al famoso Juglar de la leyenda. Lamentablemente, el rictus de su boca

no resultaba agradable. Arrogante, más bien, impresión que aumentó cuando dejó claro que ignoraba conscientemente su mirada, para no tener que saludar, como si no fuera digno de su atención. A él, que era de buen natural, le provocó una gran antipatía.

Gerald decidió ignorarlo también y dedicó su atención a los otros comensales. Sonrió a los conocidos, entre ellos a Angus McDonald, el herrero del pueblo, un escocés enorme, fuerte, fornido y rotundo, con un vozarrón notable, seguro que educado a fuerza de hablar por encima del ruido de una forja… Antes de saber siquiera su nombre, Gerald ya había decidido que era la clase de individuo con el que más le valía llevarse bien, dado que semejantes músculos no animaban a convertirlo en un adversario. Además, si todo iba como esperaba, pensaba pintarlo algún día.

McDonald compartía una partida de naipes con otros tres hombres, de los cuales solo pudo suponer que probablemente uno de ellos era médico de profesión, porque Dottie le pidió que atendiese a la esposa de uno de los huéspedes.

El matrimonio, sentado en una mesa cercana, había llegado esa mañana, en el coche de punto, Gerald los había visto mientras almorzaba. Ella estaba embarazada, aunque de pocos meses, y en esos momentos parecía algo indispuesta.

Dottie atendió a sus explicaciones y se dirigió a la mesa de Gerald. Señaló sus bártulos: su caja de pinturas y el lienzo cubierto.

—Señor Perkins, ¿le importaría subir sus cosas? —le dijo, y añadió un gesto hacia la mujer encinta—. El olor es muy fuerte, y la señora se está mareando.

—Oh, sí, por supuesto —replicó levantándose al momento, y la miró consternado—. Me temo que estoy provocando muchos problemas aquí, lo siento mucho, Dottie.

La joven sonrió.

—No se preocupe. Seguro que, con un poco de buena voluntad entre todos, podemos solucionarlo. Menos mal que estaba el doctor Aldrich aquí, últimamente pasa mucho tiempo en Londres. Es un hombre muy culto, ¿sabe? —añadió, con un eco de orgullo, como si la calidad de su médico fuese un mérito de todo Minstrel Valley. Supuso que no le faltaba razón—. Ahora está estudiando algo sobre enfermedades de la mente, creo.

—Entiendo. —Durante un par de segundos observaron cómo el doctor Aldrich atendía a la joven. Estaba muy pálida. La animaba a moverse del sitio, quizá para salir o subir a su habitación, pero ella se negaba, como si estuviese demasiado débil como para ponerse en pie —. Sois muy amables —repitió, sintiéndose avergonzado. Miró alrededor—. Por cierto, ¿necesitáis ayuda?

—No, hoy no. Pero si puede estar aquí mañana para ayudar con los almuerzos, sería estupendo. Mi padre tiene que ir a Londres a tratar con unos proveedores y, por desdicha, será jueves.

—¿Por desdicha?

—Los jueves pongo pavo en salsa de arándanos. Es una costumbre desde hace un par de años, porque una navidad sobró y… —Se encogió de hombros y ambos rieron. Bien sabía Gerald, tras ayudar unos pocos días, que en una cocina de posada se aprovechaba al máximo todo, como en cualquier hogar humilde—. Bueno, ya le digo, tuvo mucho éxito. Solo por eso, suele venir mucha gente.

—No me extraña. Cocinas muy bien, Dottie.

—Gracias, el mérito es de mi padre, fue quien me enseñó —replicó ella con sencillez. Sonrió, cálida—. ¿Contamos con usted, entonces?

—Desde luego. Tengo que ir a las nueve a la iglesia, para seguir con la restauración de los cuadros, pero solo trabajaré un par de horas. Estaré aquí para el almuerzo.

—Estupendo. Muchas gracias. Eh… —La mujer de la otra mesa empezó a abanicarse con todo el aspecto de estar conteniendo otra vez las náuseas—. Creo que debería… Y cuanto antes.

—Sí, por supuesto. Me llevo todo esto arriba. Ah, una cosa… —añadió, mientras recogía sus bártulos. Dottie, que había empezado a alejarse, se volvió hacia él—. ¿Puedes decirme quién es aquel caballero? —preguntó, con un gesto disimulado hacia el recién llegado.

—Es el conde de Southgate —contestó Dottie, tras seguir la indicación con los ojos—. Es del norte, de Nottingham. Al parecer, ha venido para ver a su hermana, que está en la escuela de lady Acton.

Gerald agradeció la información y subió sus cosas. Aprovechó también para lavarse las manos a fondo, que buena falta le hacía, y volvió a bajar. Mientras cenaba un estofado de conejo absolutamente delicioso con el mejor pan que había probado nunca, apenas fue

consciente de lo que ocurría a su alrededor. Tenía la cabeza totalmente ocupada por la comida y por el cuadro que quería pintar.

Lo veía en su mente con tanta claridad, que casi podía tocarlo. Era un lienzo grande, dominado por un bosque muy oscuro. La figura de Lucy Campbell, convertida por la magia del arte en la Dama Blanca de las leyendas, estaría de perfil, el rostro ligeramente vuelto hacia el espectador, pero sin mirarlo, como si observase algo que quedaba más allá. La mostraría envuelta en una neblina, un resplandor plateado, en vez del dorado con el que la había visto en la plaza, porque sería la luna la que iluminase con fuerza el cuadro.

La larga y abundante melena sería rubia, qué remedio. En Legend Square, Lucy llevaba sombrero, pero pudo ver que era morena, como le gustaban a él las mujeres. Lamentablemente, la Dama Blanca era descrita en las leyendas como una joven de un rubio muy claro, quizá platino, que siempre vestía de ese color, de modo que tendría que hacer ese ligero cambio.

Daba igual, porque Lucy quedaría igualmente bella aunque la pintase calva. La mostraría con las manos unidas a la altura del pecho, pero no dando la impresión de oración, sino de nerviosismo. De inquietud.

Y trataría de plasmar la idea de que era más, mucho más, que la joven que había huido al bosque en tiempos remotos. Era un fantasma, un recuerdo. El espíritu perdido de una mujer que esperaba eternamente a su amado…

Cansado, Gerald terminó de cenar. Mientras se dirigía a su habitación, casi arrastrando los pies de puro agotamiento, se percató de que en la mesa de McDonald se había ido alguien y de que el conde de Southgate había ocupado su lugar en la partida. No se sorprendió. En Londres, él pertenecía a Brooks's, y sabía bien cuánto gustaba el juego entre lo más selecto de la sociedad británica. Tan ricos y sin una motivación, vivían carcomidos por el aburrimiento.

Cada vez que imaginaba lo que sería su vida sin aquella llama intensa que era su vocación, daba gracias al Cielo por su suerte. Tenía que conseguir algo memorable, algo que rompiese ese muro que parecía constreñirle en un espacio muy pequeño. Que le llevase a ser conocido en todo el mundo…

Durante cosa de media hora, trabajó con el carboncillo en su

cuaderno de dibujo, sobre todo esbozos del rostro de Lucy, tal como la había visto en la plaza, seria, con aquellos ojos intensos. El resultado no era malo, pero no le convenció, de modo que siguió insistiendo. Al terminar, había muchas páginas con diseños flojos, inacabados, pero también un buen retrato de la joven, con una mirada perturbadora fija en el espectador.

¿Podría trabajar sin ella posando para el cuadro? Sí, quizá, pero no quería hacerlo. No iba a realizar una acuarela cualquiera. Necesitaba una modelo, y no quería a ninguna otra.

Se acostó y soñó con ella.

Lucy.

La Dama Blanca.

Lucy.

El bosque negro…

Pero, no, no había tanta oscuridad, todavía podía atisbarse la vegetación, allí, al fondo, de un verde muy lóbrego, pero verde al fin. Y su vestido no era blanco del todo, sino ligeramente rosado, lo que daba vida a sus mejillas. Además, su larga melena no era rubia, sino morena. Negra, muy negra, negrísima. Algo que a él le parecía más hermoso, y con más sentido.

La besaba. Lo besaba. Pasión, violencia, lujuria, deseo… Rodaban sin freno por la hojarasca del bosque oscuro. En la cama, solo, el cuerpo de Gerald se estremeció, duro y excitado, y gimió, al borde del éxtasis. En sus sueños, la estrechaba con fuerza, lamía su piel y olía su perfume, aquel aroma a vida intensa y deseo absoluto.

Pero, de pronto, ya no estaba. Aturdido, Gerald alzó la cabeza para contemplar la imagen del cuadro, aquella mujer única envuelta en niebla, recortada contra la profundidad oscura y eterna de los árboles de aquel bosque.

Era Lucy, que parecía inquieta, y lo miraba de reojo.

Como ocultando un secreto.

Capítulo 6

Al despertar, poco antes del amanecer, Gerald seguía sintiéndose atrapado por la intensidad pegajosa de aquel sueño. «Esa mujer…», pensó, y la frase, rota e inconcreta, hizo que se llevara la mano a la boca. Tocó sus labios con los dedos, cerró los ojos y se estremeció al volver a sentir el ardor de aquel beso.

—¿Qué estás haciendo, Cuarto? —se preguntó, y algo grave ocurría cuando recurría a aquel aspecto odiado de sí mismo.

Sí, demonios, era Cuarto quien había tomado las riendas en ese sueño y tenía la culpa de todo. Él había ido allí a trabajar, a forjarse un futuro, no a rodar por la hojarasca con la doncella de una mansión. No buscaba una amante, ni la quería, siempre había tenido todas las mujeres que había deseado y volvería a ser así, cuando llegase el momento de perder otra vez el tiempo.

Ahora tenía que pintar, y en eso debía centrarse, por completo. ¡Había visto con tanta claridad el resultado, el cuadro que quería componer! Estaba más decidido que nunca a que aquella muchacha fuese su modelo. Pero ¿cómo conseguirlo?

La primera opción era obvia: presentarse en Minstrel House preguntando por ella. Pero alguien como ese Gerald Perkins sin número, artista y trotamundos lleno de remiendos, jamás sería bien recibido en un lugar como la selecta Escuela de Señoritas de lady Acton. Una pena. De haberlo pensado antes, se hubiese presentado como alguien de mayor categoría, alguien apropiado al entorno, que pudiera aspirar a dar clases de pintura a sus jóvenes alumnas.

¿Acaso no quedaba femenino y elegante pintar acuarelas insulsas con un sentido de la perspectiva absolutamente aterrador? En Londres,

Gerald había sido testigo de cómo muchas damas de clase alta se esforzaban por replicar una naturaleza muerta, matándola todavía más, sin mayor criterio en el proceso. Antes de ir a Minstrel Valley había dado clases a un par de ellas, para poder terminar de pagar unas deudas. Esperaba que el mundo del Arte, así con mayúscula, pudiera perdonárselo algún día.

Seguro que, al igual que aquellas damas aburridas, las alumnas de esa escuela de lady Acton hubieran estado dispuestas a dejarse guiar en la tarea de poblar el mundo de nuevos horrores. Eso le hubiese permitido el acceso al edificio y hubiera podido perseguir a la doncella por sus pasillos, hasta acorralarla en un rincón oscuro y conseguir convencerla de posar para él. Pero, dada la situación, no iba a ser posible.

Esa imagen absurda le dio una idea. ¿Y si rondaba por los alrededores de Minstrel House, hasta llamar la atención? Perkins el trotamundos podía no ser alguien relevante en la escala social, pero sabía pintar como un auténtico demonio. Si las autoridades de la escuela lo descubrían, quizá quedaran cautivados por su obra y pudiera conseguir un trabajo, o al menos permiso para trabajar dentro.

Pero ¿cuándo hacerlo, cuándo empezar? Bien podía empezar ese mismo día. No tenía que ir a la iglesia hasta las nueve. Si salía de inmediato contaba con un par de horas largas para dar pie a que se produjera un milagro, nunca mejor dicho.

—Es la idea más absurda que has tenido nunca, Cuarto… —le dijo a su reflejo mientras se afeitaba.

Pero como no se le ocurría ninguna opción mejor, tras desayunar lo que le ofreció una de las adormiladas ayudantes de Dottie en una sala común totalmente vacía, aunque ya barrida y aseada, Gerald cogió sus bártulos y se fue a pintar a King's Road, en una zona de hierba despejada que quedaba justo frente a las grandes puertas de hierro forjado de la escuela.

Un hombre, un anciano de aire marcial, las estaba abriendo justo en ese momento. Al ver que Gerald se detenía allí y empezaba a organizar las cosas para ponerse a pintar, se acercó.

—Buenos días, caballero —dijo, educado, pero con cautela—. ¿Puedo saber quién es usted y qué desea?

—Yo, eh… —Durante un momento, Gerald no supo qué decir. Ante ese hombre sentía el impulso suicida de confesar la verdad y toda verdad, pero no podía reconocer que acechaba el lugar para ver si daba con una de las doncellas, y tampoco sabía cómo solventar el asunto. A Cuarto nunca nadie le había llamado la atención por estar en cualquier sitio; al contrario, le sobraban las invitaciones. Y había estado en algunos mucho más comprometedores que ese—. Soy pintor. Iba a pintar.

—Ams… Entiendo. —El hombre miró hacia el edificio—. ¿Las puertas?

—Y las torres. Son muy bonitas.

—Sí que lo son. —El anciano arqueó una ceja—. ¿Puedo saber cómo se llama?

—Gerald Perkins, señor.

El otro asintió, satisfecho con su actitud respetuosa.

—Yo soy el señor Barry, Thomas Barry, el portero de esta escuela. Me ocupo, entre otras cosas, de evitar que haya desconocidos rondando de forma sospechosa por aquí. —La mirada que le lanzó estaba llena de significado. Gerald se removió en el sitio, sintiéndose como un crío pillado en falta—. Si quiere pintar por aquí, tan cerca de la escuela, necesita el permiso de lady Acton.

—¿Seguro? Estoy fuera de su propiedad y…

—En realidad, no. Lady Acton es propietaria de la mayor parte de las tierras de Minstrel Valley. Entre ellas, el suelo que tiene ahora mismo bajo sus pies. Pero eso no significa que no pueda conseguir ese permiso —añadió, amable, al ver que ponía cara de desaliento. Si ni siquiera podía empezar a pintar, lo iba a tener difícil para convencer a nadie gracias a su talento—. ¿Tiene aquí alguna muestra de su obra?

Gerald parpadeó. ¡Pues claro! Miró hacia sus bártulos.

—Sí, bueno, tengo mi cuaderno de dibujo.

—Eso servirá, déjemelo. Se lo entregaré a la señorita Thompson, la directora, en cuanto baje a desayunar; no creo que tarde. Si ella lo considera oportuno, lo comentará con lady Acton.

Gerald sintió que el corazón se le aceleraba. Ojalá le permitieran trabajar en los jardines, eso le daría un mayor control del lugar y, si Lucy salía en algún momento, podría abordarla e insistir.

—¡Eso sería estupendo, gracias! Pero, si me permite preguntarlo,

¿por qué no se lo enseña directamente a lady Acton?

—Me temo que no sería de mucha ayuda. —El anciano se mostró apesadumbrado—. Lady Acton sufre de cataratas, apenas ve ya nada.

—Oh, entiendo. Lo lamento.

—Sí. Pero no se preocupe, la señorita Thompson tiene buen criterio para estas cosas. Como le digo: si le gusta lo que ve, lo comentará con lady Acton y seguro que esta le concede el permiso. Es una gran dama.

—De acuerdo.

Buscó entre sus cosas hasta dar con el cuaderno en el que iba esbozando dibujos, por lo general a carboncillo. Había hecho muchos esos días, sobre todo de lugares, como las ruinas romanas, detalles de Legend Square, Clifford Manor, los restos de Scott Hill, o Minstrel House a lo lejos, pero sobre todo de las gentes del pueblo. Estaba especialmente orgulloso de uno de Dottie, y de varios de los de Lucy de la noche anterior…

Al recordarlos, se sobresaltó, pensando si entregar el cuaderno a las autoridades de la escuela no sería mala idea en definitiva, no fueran a pensar que pretendía acosarla. «Te dispones a acosarla, cretino», se recordó. Sí, vaya, no podía negarlo. De no ser porque quería insistir, no estaría allí, y era algo de lo que no podía culpar a Cuarto, que no tenía mayor interés en temas artísticos, solo vivía para leyes y reglamentos.

Gerald bufó para sí. Odiaba ponerse pesado. Dejaría todo aquel asunto de inmediato de no ser porque el recuerdo del sueño de la noche anterior había fortalecido la idea de que tenía que conseguir a Lucy si quería tener éxito en su empeño. Lo había sentido en todo momento, desde que la vio en Legend Square, iluminada por la luz del crepúsculo…

Al recordar aquel fragmento del sueño, su miembro se endureció notablemente, como pocas veces en su vida. Se consideraba un hombre pasional, abordaba a las mujeres como a los lienzos en blanco, con ímpetu, con entusiasmo, siempre dispuesto a conseguir algo intenso, algo nuevo e inolvidable.

Pero nunca, hasta entonces, se había excitado así, y menos con solo una imagen soñada, aquel rodar por la hojarasca con el cuerpo cálido de Lucy entre sus brazos.

Rogó para que el señor Barry no notase nada, mientras dudaba un segundo, con el cuaderno en la mano. Debería quitar el dibujo de Lucy, deseaba hacerlo y estuvo a punto de intentarlo, pero no se atrevió, no fuera a ser que el portero de la escuela pensara que tenía algo que ocultar.

—Tenga —dijo, sintiéndose como si se estuviese lanzando al lago Minstrel desde la altura de la posada, y en pleno invierno. Daba igual lo que pasase, que decidiese el destino—. Si me lo permite, incluso podría hacerle un retrato a milady. O enseñar a perpetr… a pintar acuarelas a las alumnas. O…

—Vamos paso a paso, señor Perkins —lo contuvo el señor Derry, apagando un poco su entusiasmo. Cogió el cuaderno, lo abrió sin más ceremonias y hojeó por encima el contenido, que pareció complacerlo. Si llegó a ver el retrato de Lucy, no dijo nada, aunque Gerald estuvo casi seguro de que se le había pasado por alto—. Esto está muy bien, muy bien. —Gerald comprendió que acababa de superar un primer obstáculo—. Tiene usted mucho talento, amigo mío.

—Muchas gracias.

—Es posible que la señorita Thompson esté ya en el comedor. Se lo llevaré, aunque no sé cuándo podré traerle a usted una respuesta. Espere aquí, ¿de acuerdo?

—Sí, muy bien. Gracias, señor Barry. Es usted muy amable. Estoy en deuda.

Observó cómo el anciano regresaba al interior del edificio y, dado que no quería estar allí quieto sin más, decidió seguir sus planes y ponerse a pintar algo. Un bonito trío de árboles cercanos, erguido sobre una espesa mata de flores amarillas, fue el modelo elegido.

Eran cerca de las ocho cuando la vio salir.

Lucy caminaba con paso ligero, pese a que llevaba una cesta de buen tamaño cubierta por una tela de colores alegres que combinaba bien con aquella luminosa mañana de verano. Ella también lo vio en la distancia y arqueó una ceja al reconocerlo. No contestó a su saludo y pasó por su lado sin decir nada.

«Maldita», pensó Gerald. Dejó la paleta y el pincel de cualquier modo y corrió tras ella.

—¡Señorita Campbell! ¡Señorita Campbell, espere un momento, por favor!

Ella no lo hizo. Ni siquiera miró hacia atrás al replicar:

—Le dije que se apartase de mí.

—Pero… Demonios, ¿quiere escucharme? ¡Por favor! —Nada. ¡Qué mujer de corazón de piedra! ¿Cómo podía tener una musa tan odiosa? —. Señorita Campbell, esto es absurdo. Debería dejarme pintarla.

—¿Y eso por qué?

—¡Le pagaré! —Eso sí la detuvo en seco y lo miró con curiosidad. ¡Por fin! ¿Y ahora, qué? Se suponía que el Gerald Perkins sin número de Minstrel Valley era pobre como las ratas y no tenía más allá de un par de peniques despistados en el bolsillo—. Le… Le haré a cambio un retrato que podrá conservar.

La curiosidad de Lucy Campbell se trocó por un gesto de desdén.

—No me interesa. Ya tengo un retrato, gracias.

—Ah, ¿sí? —Eso lo sorprendió. Un retrato solía estar más allá de las posibilidades de una doncella o cualquier otro criado. Al menos, uno bueno, claro—. ¿Puedo saber quién lo pintó?

—La princesa de Vergessen. —Localizó el título enseguida. La hermana pequeña de lord Northcott. La que debía dar su aprobación a lo que él pintase—. Me retrató hará un par de años.

«Maldición». Aquello lo había dejado sin esa alternativa de pago, pero a la vez suscitó su curiosidad. No había visto nada pintado por la que debía ser su juez en última instancia, la que iba a decidir el destino de su carrera artística. ¿Tendría la calidad suficiente como para esperar algo positivo de su opinión?

—¿Podría verlo? —se atrevió a preguntar.

—Seguro que sí, porque tiene ojos, pero no voy a darle la opción. Está en mi dormitorio y no se lo voy a enseñar.

Gerald hizo una mueca.

—Pero qué poco agradable es usted.

—¡Ja! —exclamó Lucy, y retomó su camino—. Veo que nos vamos conociendo.

Él dudó un momento y volvió a seguirla.

—Muy bien, olvidemos la idea del retrato, entonces. Pero sigo pudiendo pagarle por posar para mí.

—¿De veras? ¿Y también me va a pagar unos peniques, como a los niños de la plaza? —Lanzó una risa que no mostró alegría alguna—. Me parece que no. No tiene suficiente calderilla como para

convencerme de pasar horas quieta, señor Perkins. Ya he posado antes y sé que es muy tedioso.

—Lo es, y le pagaría mejor. ¡Lo que pida! —Demonios, aceptaría lo que fuese para convencerla, aunque para ello tuviera que escribir a lord Northcott y pedirle un préstamo. El marqués se lo había ofrecido en Londres, pero él se había negado, porque ya se sentía bastante en deuda. Pero si eso hacía posible pintar el cuadro que tenía en mente, estaba dispuesto a pasar por semejante humillación—. ¿Cuánto quiere?

Ella le lanzó una mirada calculadora.

—Una libra al día.

Gerald abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Una libra al día? ¡Qué barbaridad! ¿Se ha vuelto loca? —Ella volvió a empezar a caminar—. Me habían dicho que era usted ambiciosa, pero no imaginaba hasta qué punto.

Lucy se detuvo en seco y, tras un segundo, se volvió lentamente hacia él. Lo miró incrédula.

—¿Cómo se atreve?

—¿Qué quiere que le diga? Le ofrezco una oportunidad única, ser la protagonista de una obra maestra, de convertirse en la nueva Mona Lisa, y… ¡No se ría!

—¿Cómo no me voy a reír, señor Perkins? ¡Obra maestra! ¡La nueva Mona Lisa! —Sabía quién era esa. ¡Ja! Había visto su reproducción en un libro de litografías, en la biblioteca de la escuela, unos años antes. Las alumnas estaban haciendo un trabajo sobre Leonardo y aseguraban que era hermosa y enigmática. A ella, que se asomó con disimulo a mirar, le pareció una mujer bastante fea con un nombre ridículo—. ¡Acabáramos! Se tiene usted en gran estima. ¿Sabe una cosa? —preguntó, clavándole una mirada burlona—. Dudo de que venda jamás ningún cuadro. Ni uno solo. ¡No podrá separarse de ellos! Les profesará tanto amor que deseará quedárselos para usted.

—Solo algunos. La mayoría irá a galerías y museos, y…

Ella volvió a reír.

—Por Dios… Morirá de hambre abrazado a ellos.

Gerald frunció el ceño.

—Muy graciosa. —Se miraron con hostilidad—. Diga una cifra sensata. Solo quiero pintarla, no me voy a casar con usted.

Ante tal declaración, ella entrecerró los ojos.

—Eso puedo asegurárselo. Ni en un millón de años podría conseguirme, señor Perkins. —Esa vez le tocó a él sentirse molesto… y algo más. La miró de arriba abajo, sintiendo que aquel reto le provocaba una erección. ¿En serio? Lo que le faltaba—. ¿Y para qué quiere una cifra sensata? ¿De dónde va a sacar el dinero, cualquiera que sea la cantidad? Que yo sepa, no tiene nada. Le oí comentar que ayuda en la posada para pagarse el sustento y supongo que también la habitación.

—Eh… No creo que eso venga al caso.

—¿No? —Dejó la cesta en el suelo y se cruzó de brazos—. No sé quién es, señor Perkins, pero tengo muy claro que no debo fiarme de nada que diga, porque todo en usted suena a falso.

Él tardó un segundo en reaccionar. No se había sentido tan molesto y ofendido en su vida.

—¿A qué se refiere?

—A todo, en realidad. —Hizo un gesto que lo abarcaba por completo—. Va vestido como un… ¿cómo dijo? ¡Ah, sí! Artista y trotamundos. —Gerald suspiró para sí, pero no replicó. Se lo tenía merecido, por mequetrefe. Los ojos azules de Lucy Campbell, más perspicaces de lo que le hubiese gustado, lo recorrieron de arriba abajo—. Ropa vieja, llena de remiendos, pero bien limpia; unas botas que hubiese podido usar cualquier campesino, pero que tienen buenas suelas y han sido abrillantadas. En general, al mirarle da la impresión de no guardar gran cosa en sus bolsillos y, sin embargo, tiene buen gusto para los perfumes. Y para la elección de barbero.

Gerald se maldijo. No debería extrañarse de que alguien se hubiese percatado, maldito patán. Pero, qué remedio, era un hombre de costumbres. Aunque no necesitaba trajes de etiqueta ni grandes lujos, le gustaba mantenerse bien limpio, llevar el cabello impecable, usar su jabón de siempre, su navaja de afeitar y su perfume.

El último corte de pelo se lo debía a su ayuda de cámara, Barnes, que se había quedado en Londres y a quien echaba de menos cada vez que tenía que afeitarse. El resto, los objetos, los había traído consigo y los usaba cada día.

Al infierno su abuelo y al infierno el Perkins pobre. No pensaba renunciar a sentirse cómodo y aseado.

Pero, claro, ahora debía pagar las consecuencias.

—Y usted… —Carraspeó—. Usted tiene buen olfato.

—Gracias. —Para su sorpresa, Lucy no insistió en el tema. Solo recogió su cesta y reinició la marcha—. Le recomiendo el perfume «Chatham. Ecos de bosque profundo» —le dijo, sin volverse—. Tiene un aroma similar, amaderado con un toque cítrico, pero más fresco. A mí me gusta más, al menos, y pienso que le iría mejor a alguien como usted.

Gerald se quedó observándola, contrariado, hasta que desapareció en la curva del camino. ¿Qué hacer? No iba a quedarse allí pintando tres arbolitos, solo había ido por contactar con ella. Tenía que conseguir que posase, pero ¿cómo?

¿Y adónde iba? Era muy temprano. ¡Y con esa cesta! Ahí había comida para más de uno. Por la razón que fuese, aquella idea le puso todavía de peor humor.

Gerald avanzó tras ella y, para su sorpresa, cuando siguió también la curva, no la vio por ningún sitio. Era como si se hubiese desvanecido en el aire.

—Qué demonios… —susurró.

Miró a los lados, a los campos y los grupos dispersos de árboles. Al final, la distinguió, no demasiado lejos. Había abandonado el camino y se movía entre la espesura de un grupo de árboles cercano. Apenas distinguió su silueta, no hubiese podido decir a ciencia cierta que era ella de no ser por la cesta, con su alegre cubierta.

Había dejado el caballete y las pinturas atrás, totalmente abandonados, pero le dio igual. Decidido a saber adónde se dirigía Lucy, la siguió en la distancia, manteniéndola a la vista siempre que le fue posible. Recorrieron un buen trecho, del que solo le quedó el recuerdo de haber pasado cerca de una forja, quizá la de McDonald, porque oyó el repicar constante de un martillo. Otro al que le gustaba madrugar.

Al final, en una zona de bosque más denso, Gerald llegó al borde de un claro en el que se levantaba una cabaña de leñadores, con paredes de troncos de madera oscura y tejado de pizarra. El edificio en sí no era muy grande, pero sí bonito, con un precioso porche y un gran ventanal lateral. Seguro que aquel sitio era muy luminoso; no pudo evitar pensarlo, por la pura costumbre de fijarse en esos detalles.

En la escalinata de la entrada estaba sentada una niña pequeña, de unos cinco o seis años. Era morena, encantadora, y se parecía mucho a Lucy. Jugaba con un carrito y con un perro diminuto y feo, pero de aire simpático.

Lucy caminaba hacia ella, con la cesta oscilando a un lado. Debía pesarle mucho, tras tanta caminata.

Entonces, la niña oyó sus pasos y la miró.

—¡Mami! —exclamó con entusiasmo. Se levantó y corrió hacia ella.

Lucy dejó la cesta y se agachó para recibirla y darle un fuerte abrazo. La alzó y la giró dando vueltas, haciéndola reír y gritar, de tal manera que al terminar quedó de frente a Gerald.

—Hola, amor mío —replicó Lucy.

Sus labios habían dibujado una sonrisa que cinco minutos antes no hubiera creído posible en ella. No, ni en un millón de años. Era dulce, encantadora, y estaba llena de amor. De pronto, había cambiado, era una mujer muy distinta. ¡Qué hermosa estaba! Y también la niña, su hija, por lo que parecía.

La belleza de Lucy le había fascinado desde el primer momento, desde que la vio en Legend Square, porque era algo oscuro, desolador, frío y dramático. Era atractiva, mucho, pero no inspiraba auténtica pasión, como no lo hacía una fría estatua de mármol, por hermosa que fuese. Hasta verla en el sueño, no había ardido con su imagen. Todo en ella eran contradicciones. Mientras la admiraba, Gerald tuvo la impresión de que el sol intentaba iluminarla, pero no lo conseguía. Se encontraba acompañada por otras jóvenes, alumnas de la escuela, pero estaba sola.

Por eso le había inspirado la idea de utilizarla para encarnar a la Dama Blanca, aquel esquivo fantasma de la leyenda de Minstrel Valley, perdido en un bosque oscuro, atrapado por la negrura y por la pérdida. Lucy había pulsado esa especie de resorte que tenía como artista, pero no como hombre. Pese a toda su belleza, no se había sentido realmente atraído por ella. Fascinado quizá, pero nada que pusiera en riesgo su corazón.

Pero aquella nueva Lucy que tenía delante, la que sonreía feliz con su niña en brazos, era alguien muy distinto. En la otra, sus enormes ojos azules habían sido bloques de hielo que prometían congelar la

sangre, en vez de hacerla arder; en esta, brillaban llenos de vida, alegres y entusiasmados.

Y Gerald se descubrió deseando que lo mirasen así a él, de ese modo.

—¡Qué bien que estés aquí! —exclamó la niña, cuando la dejó en el suelo—. ¡Guapo quiere jugar contigo!

El perrito ladró, como asintiendo, y Lucy lanzó una alegre carcajada y le acarició la cabeza.

—Y yo con él, Didi. Y contigo, todo el día. —Qué dulce parecía, qué cariñosa. Qué diferente de la mujer dura y distante que había conocido. Esa con la que había hablado pocos minutos antes—. Mira, he traído un montón de cosas riquísimas. —Tomó los deditos de la niña con una mano y la cesta con la otra—. Vamos dentro a desayunar con la abuela, ¿te parece?

—¡Sí!

La joven y la niña entraron en la cabaña. Gerald se lo pensó unos momentos, reacio a vulnerar su intimidad, pero no pudo evitarlo: salió de la espesura, recorrió la zona abierta lo más rápido que le fue posible y se pegó al edificio. Subió al porche para escrutar el interior por la ventana.

Lucy y la niña reían en una pequeña cocina de aire encantador, mientras una anciana ojerosa les servía leche caliente y dulces. La señora Gibbs había hablado de una anciana y su nieta, arrendatarias de la cabaña de Lucy, pero ahora sospechaba que todo aquello no era más que una excusa. «Lucy es un pájaro que vuela alto», había dicho.

En su mente, se formó la historia de Lucy Campbell con una claridad meridiana. Había intentado seducir a algún visitante de Minstrel House, algún caballero de título y fortuna, y no había ido bien la cosa. De hecho, no había podido salir peor, porque había tenido una hija sin haberse casado y no podía afrontar el escándalo que se organizaría de hacerse público algo así.

Seguramente hasta perdería el empleo, en un lugar tan exclusivo como la Escuela de Señoritas de lady Acton. Pocos padres confiarían sus hijas casaderas a una institución en la que las doncellas iban quedando embarazadas fuera del matrimonio, y sin mayor represalia.

De modo que Lucy había contratado a aquella anciana, o quizá eran parientes de verdad de algún modo, a saber, y había organizado

la historia del alquiler de la casita.

«¿Y qué vas a hacer con todo esto», se preguntó. Nada, por supuesto. Podía chantajearla para que posase a cambio de no mencionarlo, pero la sola idea le hacía sentir ganas de lanzarse de cabeza al primer pozo que se encontrase en el camino, por canalla.

No, nunca se comportaría de un modo tan indigno.

Gerald hizo una mueca, regresó al bosque y se alejó de allí, cabizbajo, de vuelta al punto en el que había dejado el caballete con el resto de sus cosas.

Para su sorpresa, no estaban.

Capítulo 7

Gerald miró a su alrededor. O le habían saqueado impunemente en el pacífico Minstrel Valley, o quizá el señor Barry había encontrado abandonadas sus escasas pertenencias y había decidido salvaguardarlas.

Como no se le ocurrió ninguna opción mejor, atravesó las grandes puertas principales de Minstrel House y se dirigió hacia la casita del portero, pegada por el interior al muro de piedra gris que delimitaba los terrenos del edificio. Pese al caos de pensamientos que bullía en su mente, no pudo por menos que admirar la belleza de los jardines, y la impresionante fachada de la escuela.

Minstrel House estaba formado por un bloque central y dos largas alas, diseñados en un estilo muy inglés que combinaba de forma curiosamente armónica con los elegantes detalles de decoración inspirados en la arquitectura francesa. Pero los que acababan de redondear una imagen inolvidable y muy romántica eran los torreones cilíndricos con sus tejados cónicos.

Era como estar contemplando un lugar situado entre la realidad y el sueño, algo tan hermoso que apenas podías imaginar que existiera.

—¿Señor Perkins? —oyó. Se volvió con sobresalto hacia la entrada de la caseta, a pocos pasos. En el umbral, estaba el señor Barry—. Venga, por favor. Pase. Lo estaba esperando.

—Gracias. —Obedeció, entrando en la casita. Era más amplia de lo que imaginaba. Podría haber vivido allí un matrimonio, quizá con algún hijo pequeño, sin mayor problema. La entrada daba a un pequeño vestíbulo con unas escaleras empinadas y un par de puertas. El señor Barry le condujo por una que daba a la cocina—. Siento

molestarlo, pero mis cosas han desaparecido y… —Justo entonces las vio, a un lado, apoyadas en una silla junto a la pared. Sonrió, aliviado —. Sí, me imaginé que quizá las había recogido usted.

El anciano agitó la cabeza.

—Por supuesto. Minstrel Valley es un lugar tranquilo, señor Perkins, pero no le recomiendo ir dejando sus pertenencias por ahí, de cualquier modo.

—Ya. Le aseguro que no es mi proceder habitual.

—Me alegra oírlo. —Señaló el cuadro, con los borrones que iba a ser el bosquecillo con la mata de flores amarillas—. Tiene pinta de que va a quedar bien.

Gerald sonrió. Pobres árboles. Apenas les había prestado atención.

—Cuando lo termine, se lo traeré.

—Muchas gracias. Es usted muy amable. —Sonrió, divertido por su evidente nerviosismo—. No sufra más, señor Perkins. Como prometí, entregué su cuaderno a la señorita Thompson, y me alegra decir que le gustaron mucho sus dibujos, quedó muy impresionada. Me ha pedido que le diga que querría hablar con usted, pero hoy tiene un día muy ocupado. ¿Puede estar aquí mañana, a las diez en punto?

—Sí, por supuesto. —No estaban lejos de la iglesia. Podía trabajar allí desde temprano y acercarse a Minstrel House a esa hora.

—Procure no retrasarse. Le recibirá la señorita Thompson, pero también lady Acton. Y, al margen de que ser impuntual es algo muy reprochable siempre, milady luego tiene otra cita.

Gerald sonrió.

—No se preocupe. Es un honor que lady Acton me conceda unos minutos de su tiempo. Estaré aquí a las diez en punto.

Recogió sus bártulos y se fue a la iglesia, donde trabajó en la restauración de un óleo del siglo XVIII carente de más valor que el del paso del tiempo transcurrido. Aun así, quería conseguir buenos resultados para tener al sacerdote de su parte, así que le dedicó toda su atención. Recuperar un trabajo era siempre una labor delicada, y lo agradeció, porque no quería seguir dando vueltas a sus problemas.

Estaba tan absorto que no recordó que Dottie le había pedido que ayudase a servir las mesas ese día hasta que el ama de llaves del reverendo Ellis le preguntó si se iba a quedar a almorzar.

—¡Oh, Dios, no! —exclamó, soltando pinceles y paleta, y dejó allí

boquiabierta a la pobre mujer, que seguro que pensó que odiaba su modo de cocinar. Aunque fuera cierto, nunca hubiese sido tan grosero.

Regresó a la posada corriendo. Cuando llegó, sudoroso y jadeante, unos diez minutos después de que empezaran a servirse los almuerzos, se cruzó en el umbral con el noble de Nottingham El hombre ya había dejado claro que ni miraba ni mucho menos saludaba a la plebe, pero en esa ocasión, llegó a apartarlo de su camino con un seco golpe de hombro. Era evidente que estaba de muy mal humor.

—¡Eh! —le gritó, más que nada por la sorpresa. Eso, por fin, le ganó una mirada de desprecio, como retándole a añadir algo más. Dado que no lo hizo, porque no quería provocar un altercado en The Old Flute, lord Southgate no tardó en volver a mirar al frente, siguiendo su camino. Gerald contuvo las ganas de ir tras él y partirle la cara de un buen puñetazo, pero Thomas Smith y su hija Dottie siempre se habían portado muy bien con él. No era cuestión de montar una trifulca que seguro que perjudicaría su negocio. Se contentó con mascullar—: Menudo imbécil…

Cruzó la sala común, que estaba atiborrada de lugareños atraídos por el famoso pavo en salsa de arándanos, subió a dejar sus bártulos y a lavarse a fondo las manos y bajó a la cocina. Mark, el prometido de Dottie, estaba preparando una bandeja con cuencos llenos a rebosar del guiso.

Olía de maravilla. Eso hizo que su estómago protestase.

—Llega tarde —le dijo Dottie, aunque sin enfado. Estaba dando vueltas al contenido de una olla. Más salsa de arándanos, como pudo comprobar.

—Perdón, sí. Calculé mal la caminata de vuelta. —Miró a su alrededor, sorprendido—. ¿Estáis vosotros solos para atenderlo todo?

—¿No recuerda que le dije que mi padre tenía que ir a Londres?

—Oh, sí, es verdad. —Gerald se cubrió el rostro con una mano. Con todo lo que le había pasado esa mañana, se le había olvidado—. Algo de unos proveedores, ¿no?

—Así es. Ya íbamos a ir justos sin su ayuda, pero es que ha sido un día terrible. Maggie se ha cortado pelando patatas y Juliet la ha llevado a ver al doctor Aldrich, que todavía no ha vuelto a Londres.

Maggie y Juliet eran sus dos ayudantes, dos jovencitas del pueblo con demasiados pájaros en la cabeza. Gerald las había oído un día

apostándose la paga de una semana a ver cuál de las dos conseguía antes robarle un beso.

—Vaya. Espero que no haya sido nada grave.

—Para ellas, no. Fue un corte sin mayor importancia. Pero Maggie lloraba tanto que les dije que no volviesen hasta la cena. Mark y yo lo hemos tenido que hacer todo —añadió, señalando hacia su prometido, que salía con su remesa de estofados.

—Lo siento —se excusó Gerald—. Estaba pintando en la iglesia y se me ha ido el santo al cielo. Nunca mejor dicho.

Dottie rio.

—No pasa nada. —Señaló hacia el gran barreño con agua en que lavaban los platos. Estaba a rebosar de cacharros sucios—. Pero póngase a trabajar de inmediato, se lo ruego. No soporto ver todo eso así.

—¿No quieres que antes ayude a Mark a servir las mesas? —preguntó, dado el bullicio que llegaba de la sala común.

—No, él ya se arregla —repuso Dottie, dirigiéndose a la despensa. Parecía tan ofuscada por sus tareas que Gerald se preguntó si le habría prestado atención de verdad. Se encogió de hombros.

—Como quieras.

Se arremangó la camisa y se puso a fregar platos, ollas y demás trastos. Había descubierto que aquella era una de las tareas que más le gustaban de cuantas le habían encargado en esa nueva vida, porque le permitía dejar volar la imaginación o charlar, sin más, sin tener que prestar demasiada atención a la tarea.

Ese día se sentía continuamente tentado a perderse en sus pensamientos, donde la imagen de Lucy sonriendo a su hija seguía dominándolo todo, pero no quería hacerlo. No podía afrontarlo, no todavía, le había perturbado demasiado.

Miró a Mark, que entraba con la bandeja llena de platos sucios, y agradeció la oportunidad de apartar su mente de todo aquello.

—Vaya, gracias por el regalo —bromeó.

—Un placer, como siempre, señor Perkins.

Ambos rieron.

—Por cierto, ¿se puede saber qué le pasaba al conde? —preguntó Gerald—. Me sorprendió mucho verlo salir así, casi me derriba de un empujón. Parecía estar de un humor de perros.

Mark, que estaba preparando para sacar unos cuencos de ensalada y algunas bebidas, puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, eso no sería una novedad. Ese individuo tiene muy malas pulgas. —Gerald no podía estar más de acuerdo. Y, teniendo en cuenta la naturaleza amable y cordial de Mark, eso decía mucho del conde—. Pero lo que pasa es que anoche perdió bastante dinero. —Se le escapó una risa—. ¡Y hasta su caballo!

—¿En serio? —Ah, claro. Recordó haber visto que aquel idiota se había unido a la mesa de Angus McDonald.

—Por completo. Tenía que haberlo visto, estaba indignado. —Mark trataba de contener la risa, pero sin mayor éxito—. De no ser porque uno de sus adversarios era el señor McDonald, seguro que hubiese acusado a todo el mundo de hacer trampas.

Gerald rio también. Nadie en su sano juicio acusaría de tal cosa a Angus McDonald, el enorme herrero pelirrojo de Minstrel Valley.

—Bueno, ya se le pasará.

—No sé qué decirle. Aunque quizá sí, al fin y al cabo es conde, y seguro que muy rico. Pero da la impresión de que lord Southgate no terminará bien. Juega demasiado. Bebe demasiado.

—¿De verdad es conde? —preguntó Gerald, al hilo de una broma que se le ocurrió sobre la marcha—. ¿O es que también alardea demasiado?

Mark se echó a reír.

—Debe serlo. Por lo que parece, se trata del hermano de una de las jovencitas de Minstrel House. —Recogió la bandeja e hizo amago de apartarse de la mesa—. Dicen que ha venido a llevársela y que lady Acton no quiere que…

—Mark, hay un montón de gente parloteando tanto como tú en la sala común —dijo Dottie, apareciendo de pronto a su lado, mientras se limpiaba las manos con el delantal—. Seguro que agradecen que les lleves de una vez esas bebidas.

Su prometido se ruborizó hasta las orejas.

—Oh, desde luego, cariño. Voy.

Salió todo lo deprisa que le permitió su bandeja. Gerald miró a Dottie con cara de circunstancias.

—No le riñas. Sé que a tu padre y a ti os gusta ser discretos con los huéspedes, pero soy yo el que siempre intenta sonsacarle.

—Lo sé —replicó ella, volviendo a su olla—. No le meta en problemas, por favor. Quiero casarme con él a finales de verano. Si mi padre lo mata antes por hablar de más, no podré hacerlo. —Ambos rieron, aunque Dottie parecía algo tensa. Gerald lo entendió cuando siguió diciendo—: Me han dicho que lo han visto esta mañana, siguiendo a Lucy Campbell.

Gerald la miró con desconcierto.

—¿Que me han visto? —Malditos bosques de Minstrel Valley. Parecían tener mil ojos. Y mil pies y lenguas rápidas, además. ¿Cómo podía haber llegado la noticia tan rápido?—. ¿Quién?

—No sé. A mí me lo ha contado Jimmy, el chico que nos trae el correo desde la tienda de Bella Gibbs. Lo estaban comentando allí. Y al parecer la señora Gibbs asegura que usted ha estado preguntando por ella. Que mostraba mucho interés.

«Maldición». Gerald cerró los ojos. Había olvidado lo chismosa que era la gente en los pueblos pequeños.

Y, a decir verdad, en todas partes.

—Demonios…

—Bueno, ya sabe cómo son los lugares diminutos como este —lo consoló Dottie, como si leyese su pensamiento—. Ningún secreto perdura demasiado tiempo. —Lo miró de reojo—. ¿Puedo preguntar qué relación tiene con Lucy, señor Perkins?

—¿Relación?

Se encogió de hombros, tratando de simular indiferencia, pero volvía a sentirse incómodo. En su mente, volvió a su sueño, y luego miró otra vez por la ventana de la cabaña del bosque, y todas las emociones que estaban despertando en su interior volvieron con intensidad.

Rodando, rodando, sobre la hojarasca del bosque oscuro…

Lucy con su hijita.

Lucy sonriendo de aquel modo maravilloso.

Quería que sonriese así para él.

Lucy volviéndose hacia él, entre los árboles, envuelta en niebla.

Ocultando un secreto.

¡Oh, por favor!

«¡No!», se reconvino. Tonterías, solo era aquella fascinación artística que le provocaba. Y más le valía, porque aquella muchacha

no era más que una doncella, alguien del servicio. Su abuelo lo desheredaría directamente si le iba con algo así. Lo de pintar hasta podía considerarlo un capricho de su juventud, y darle un tiempo para jugar al artista incomprendido, pero iniciar una relación amorosa con alguien de la servidumbre no podría aceptarlo jamás.

Ya podía imaginarse, entrando en la mansión de los infinitos Perkins, con Lucy del brazo. «Querido abuelo, no querías que yo fuese artista, ¿eh? Pues mira, te presento a mi esposa, que justo hasta ahora formaba parte de los criados de Minstrel House. Era doncella. Pero mira el lado bueno: así sabrá si nos roban la cubertería».

—Sí, relación. —Dottie lo miró como si hubiese leído cada uno de sus pensamientos—. ¿Son… amigos?

—No diría tanto. —No, ni de lejos. La amistad era como el amor, surgía de un chispazo que te tomaba por sorpresa y se maceraba con tiempo y cuidados. Él solo había tenido dos encuentros con Lucy, y habían intercambiado muy pocas frases. Podía sentirse atraído, podía desearla y podía anhelar muchas cosas inconcretas, pero no la conocía. No era su amiga—. Ahora mismo, es mi musa.

Eso sí que la tomó por sorpresa.

—¿Su…?

—Mi fuente de inspiración y modelo —aclaró, al ver que ella seguía sin comprender—. Quiero que pose para mí, para un cuadro.

—Oh, ya, entiendo. Sí, por supuesto, disculpe, qué tonta. Lucy siempre ha sido muy guapa.

—Cierto, lo es.

—¿Y no tiene usted ningún interés digamos… especial, por ella?

—¿Eh? —Gerald se sobresaltó de tal modo que se le cayó el cacharro que fregaba y el agua jabonosa salpicó por todos lados—. Perdón. ¿Por Lucy, dice? No, por Dios, por supuesto que no. No tengo intenciones de iniciar ninguna relación en Minstrel Valley, ya que estamos. En cuanto acabe el cuadro que he venido a hacer, me iré.

Dottie lo estudió de un modo curioso. Fue una mirada sabia, que no parecía apropiada para alguien tan joven. Aunque, en realidad, estaba sacando unas conclusiones algo absurdas, Dottie ya no era una niña, precisamente.

¿Qué edad tendría? Supuso que rondaría los veinticinco. Al poco de llegar, durante uno de sus primeros paseos por el pueblo, había

oído comentar a la señora Cotton y a Bella Gibbs que era una suerte que su padre tuviese un buen negocio, porque había estado a punto de quedarse solterona, y de algo habría tenido que vivir.

—Entonces, imagino que no tengo por qué preocuparme —dijo ella, aunque no parecía convencida del todo.

—¿Preocuparte? —Se miraron, repentinamente serios. Recordó que la señora Gibbs le había dicho que Tom Smith y el padre de Lucy habían sido amigos—. ¿Por qué deberías preocuparte? ¿Qué ocurre, Dottie?

La muchacha dudó, escogiendo con cuidado las palabras.

—Me encuentro en una terrible disyuntiva, señor Perkins. Usted me cae simpático, mucho. En este tiempo he aprendido a apreciarlo como a un buen amigo, seguro que lo sabe.

—Creo que sí —replicó él, pensando que ser Gerald Perkins, sin más número, tenía numerosas ventajas, algunas tan maravillosas como esa: el cariño que lograba despertar en los demás era más auténtico, más real. Con Cuarto, las cosas eran muy diferentes. Desde crío había estado acostumbrado a arrastrar tras de sí una estela de falsos admiradores a los que solo importaba el nombre o la fortuna de su familia—. Y es recíproco, Dottie, también espero que lo sepas. En The Old Flute me he sentido siempre como si estuviese en familia.

—Gracias, eso intentamos. Por eso voy a decirle lo que voy a decirle. Pero espero que quede claro que a Lucy la quiero, pese a todo.

—¿Pese a todo?

Dottie hizo una mueca. Su expresión se ensombreció más todavía.

Capítulo 8

—Me temo que estos últimos años no han sido fáciles para nosotras —dijo Dottie, contemplando el contenido de su olla como una alquimista que buscase un mayor conocimiento—. Tardé en enterarme de que había regresado a Minstrel Valley.

—¿En serio?

Dottie asintió.

—No vino por aquí, ni se alegró cuando fui yo quien la buscó. Fui a verla, a la cabaña de sus padres, y me recibió con esa frialdad que muestra ahora a todo el mundo, esa… distancia. No, era peor. Ahora está distante, pero de otro modo. Silenciosa y reservada. Entonces era casi perversa. ¡Y muy chismosa! Parecía odiar a todo el mundo. —Titubeó—. Bueno, no me sentí querida, de modo que no he vuelto.

Se la notaba dolida. Gerald sintió una oleada de compasión por ella, por la niña que echaba de menos a la amiguita de su infancia. La que añoraba un momento mejor, perdido en el pasado. Aunque, pensándolo bien, esa solía ser la eterna pena del ser humano.

—Lo siento…

Dottie se encogió de hombros.

—No la entiendo, nadie lo hace, pero, al menos por mi parte, queda el cariño de otros tiempos. Por eso… me resisto a decirle esto, pero no me queda más remedio. No me gustaría que se hiciese ilusiones en vano. —Hizo una mueca, lo miró a él y se decidió a soltarlo—: Lucy busca algo muy distinto a lo que usted puede ofrecerle.

Gerald le mantuvo la mirada. Ya lo sabía. Y era lo mismo que le pasaba a él con ella pero, por alguna razón, escucharlo así, en voz

alta, hizo que lo viera todo de otra forma. Se preguntó qué nombre darle a la tensión que surgió de pronto en su interior. Una especie de tirantez, o de peso, que le resultaba muy desagradable.

—Entiendo… —atinó a decir.

Dottie suspiró, como si percibiese su malestar.

—Lamento ser tan directa, señor Perkins, pero creo que es lo mejor para todos. Lucy aspira a conquistar un noble, o al menos a alguien muy rico. —Qué irónico. Gerald sonrió con amargura. Lucy habría estado feliz de echarle el guante a Cuarto—. Uno de los caballeros que visitan la escuela, parientes o amigos de las alumnas. Alguien como lord Southgate.

—Claro… —Gerald contempló con fijeza el plato que estaba fregando. Dios, ¿por qué estaba cada vez más enfadado?—. Un buen partido.

—Eso es. Y, si le surge la oportunidad, no dude de que sabrá aprovecharla. Lleva años buscando el modo de… de medrar. —Carraspeó, apurada—. Por eso, creo que es mejor que esté usted prevenido. Solo por si acaso.

—Sí, por supuesto —replicó él, con voz apagada.

¿Lucy, con ese conde? ¿Con ese idiota tan relamido? ¿Cómo podía ser tan tonta como para soñar con algo así o creer que sería posible, en cualquier línea que ofreciese su destino? Alguien como Southgate jamás se casaría con una doncella, jamás. Como mucho, la convertiría en su amante, en su mantenida, si le atraía lo bastante como para alargar un tiempo la aventura.

¿Eso entraría en la categoría de «medrar»?

Tonta, tonta, tonta…

«¿Por qué se lo reprochas? Tú tampoco te planteas nada con ella, precisamente por eso mismo», se recordó. Qué bien, así pudo sentirse peor todavía. Pensar que era tan prejuicioso como Southgate estuvo a punto de hacerlo gritar de rabia y frustración. No podía negarlo, no podía mentirse: desde que la vio de verdad esa mañana, desde que vio a la auténtica Lucy en aquella sonrisa relajada y llena de amor, no dejaba de pensar en ella, en cómo sería besarla, abrazarla, acostarse con ella…

Qué irónico descubrir que, de haberlo intentado, no hubiese tenido ninguna suerte. La hermosa Lucy aspiraba a algo que no tenía nada

que ver con el amor, aunque sí con una buena vida. No podía reprochárselo, pero tampoco estaba seguro de cómo tomarse aquello.

Gerald apretó los dientes. No soportaba pensarlo. Cada vez se enfurecía más. Se sentía absurdamente traicionado.

Dottie agitó la cabeza.

—Por lo que puedo ver, no es usted tan indiferente como aseguraba —dijo—. Lamento ser la portadora de malas noticias.

—No te preocupes. Siempre agradezco un toque de realidad.

Ella asintió.

—Lucy antes no era así, ¿sabe? Mi padre era muy amigo del suyo, el señor Campbell. Él y su familia venían mucho por aquí, y como Lucy y yo tenemos una edad parecida, jugábamos juntas. Por eso puedo asegurarle que, por aquel entonces, Lucy era una niña muy buena y simpática. Dicharachera, incluso. Adoraba a sus padres, y a su hermana, y lo preguntaba todo.

Dicharachera… Hasta esa mañana, ni en mil años hubiese imaginado semejante término para Lucy Campbell. ¿Qué le habría pasado? De pronto, se sintió apenado por ella, y por él, que no dejaba de pelear contra aquel conato de sentimiento que no tenía ningún futuro.

—¿Su hermana? —preguntó, intentando centrarse en otro punto.

—Sí… Se llamaba Diane. Si cree que Lucy es guapa, tendría que haberla visto a ella —musitó con admiración—. Era… perfecta. Yo estaba segura de que se trataba de una princesa que vivía escondida en el bosque. —Dottie rio entre dientes—. ¡Alguien rico, simulando ser pobre! ¡Teniendo que hacer los trabajos más humildes para salir adelante! Menuda tontería, ¿verdad?

—Eh…

Gerald, que estaba secando platos, se detuvo, indeciso. Iba a darle la razón cuando pensó en cómo iba a sentirse cuando tuviese que revelarle la verdad. ¿O acaso iba a desaparecer sin más, dejando a todo el mundo con la duda de adónde habría ido ese trotamundos, y por qué razón no se había despedido siquiera?

Prefirió dejarlo estar. Por suerte, Dottie no se dio cuenta y siguió con su historia.

—Los Campbell vivían en una casita al norte, cerca de las ruinas del castillo. Su padre era leñador, y un buen carpintero. Ayudó al mío

muchas veces en arreglos y mejoras de la posada, ¿sabe usted? Su madre, sin embargo, era una señorita de Meryton, de una familia más acomodada, aunque venida a menos. Por lo que sé, la abuela de Lucy se enfadó mucho cuando los Campbell contrajeron matrimonio.

—¿Y eso?

—Al parecer esperaba casar a su única hija con alguien pudiente, y de ese modo poder mantener su estatus con su dinero, pero la joven se había enamorado y lo dejó todo atrás, sin pensarlo dos veces. Por eso Lucy y su hermana recibieron una educación distinta, mejor que la habitual entre las muchachas del pueblo. Algo que seguro que la ayudó al pedir trabajo de doncella en Minstrel House.

—Sí, entiendo. ¿Y su madre, se arrepintió de su decisión?

—¿La de haberse casado con un simple leñador? No, que yo sepa. La recuerdo siempre sonriendo. Cantaba mientras hacía tartas, y trabajaba ayudando en labores de costura o lavando ropa de casas cercanas. —Se encogió de hombros—. Lo habitual entre la gente humilde. No tenían mucho, pero mi padre asegura que formaban una familia muy feliz. Y yo, al menos, así lo recuerdo.

Gerald agitó la cabeza.

—Algo que dice que la cosa no acabó bien.

—Eso me temo… —Dottie suspiró—. Un mal día, los padres de Lucy dejaron aquí a las niñas y se fueron a Londres. El señor Campbell quería prosperar, y pensaba poner una carpintería allí. Llevaba tiempo pensándolo, y al saber que iba a volver su hermano, que era soldado y había estado destinado varios años en la India, decidió que era un buen momento para intentarlo.

—Imagino que el señor Campbell quería demostrarle a su esposa que no se había equivocado al elegirlo… —murmuró Gerald, pensativo. Al menos, eso era lo que hubiese hecho él, intentar proporcionarle un futuro mejor a la señorita de buena familia que lo había dejado todo por él.

Dottie lo miró comprensiva.

—Sí, yo también lo creo. El caso es que, con esa idea, a lo largo de los años, había construido varios muebles y distintos objetos que pensaba que podían tener buena venta allí, por lo que decidieron hacer el viaje en dos veces. Fueron ellos dos, con la carga, y el señor Campbell iba a regresar con el carro vacío al poco, un par de días

como mucho, para recoger a sus hijas y unos últimos bártulos, mientras su esposa organizaba la casa en la ciudad.

—¿Y?

—Nunca volvieron. Nos llegó una nota, pidiendo que Lucy y su hermana se quedasen aquí unos días más, que se pondrían en contacto pronto, pero lo siguiente que supieron mis padres fue que los Campbell habían muerto. Por lo que luego supe, fue por un brote de cólera que seguramente trajo el hermano soldado.

—Dios mío…

—Sí, fue terrible. Lucy tenía unos diez años, no creo que más. Estaba muy triste, la recuerdo en el funeral. Diane tendría unos dieciséis. Eran demasiado jóvenes, alguien debía cuidarlas, y mi padre pensaba quedarse con ellas, pero apareció la abuela por parte de madre. Edwina Danvers, se llamaba. Resultó ser una señora muy … severa. —Seguro que iba a decir algo más desagradable, pero se corrigió—. A ella sí que la recuerdo. Daba miedo.

—Me hago una idea.

—Se las llevó de Minstrel Valley a Meryton. Ninguna de ellas quería, la bruja aquella era de verdad desagradable. Al parecer, dado que no había podido vivir a costa de casar bien a la hija, se había visto obligada a convertir su hogar en una casa de huéspedes, y la culpaba de ello. Y esas niñas eran la consecuencia de aquella rebelión, una carga añadida. Las odiaba y no le importaba dejarlo claro. —Dottie suspiró—. De haber estado ya lady Acton, seguro que hubiese intervenido, pero…

—No estaba.

—No, todavía no, y mi padre no pudo hacer nada. Ella era su abuela, la ley estaba de su parte. Pasó mucho tiempo hasta que pudimos volver a ver por aquí a Lucy, y ya estaba como la ha conocido usted. Apagada, seria. Cerrada, ambiciosa, egoísta. Ni siquiera nos visitó, como le dije. Si nos enteramos, fue porque la señora Gibbs nos dijo que había ido a comprar. Supusimos que se había alojado en la cabaña de sus padres, en el bosque, porque vino al pueblo a pedir trabajo. Me acerqué a verla. —Hizo una ligera pausa—. Antes se lo dije, pero no me atreví a contárselo tal como fue. Lo cierto es que prácticamente me echó, acusándonos a mi padre y a mí de haberlas abandonado a su suerte. —Se mostró muy apenada—. Quizá

lo hicimos.

—Como bien has dicho, era su abuela. No hubieseis podido hacer nada.

—Lucy no lo entendió así. Me hubiese preocupado más, pero coincidió con el regreso de lady Acton, y como estaban buscando doncellas, se presentó y la aceptaron. Yo sabía que allí iba a estar bien. Además, era compañera de otra amiga mía, Doll. Ella la cuidaba en mi nombre, y me informaba de todo.

Gerald caviló sobre todo lo que había escuchado.

—¿Y la hermana?

—No lo sé. Diane no volvió y Lucy no contestó a mis preguntas al respecto. Parecía tan… no sé —agitó la cabeza—, que no me atreví a insistir, y me preocupé de verdad. Por eso convencí a mi padre de ir a Meryton, a intentar indagar. Pero la casa de huéspedes ya no existía, la señora Danvers había muerto y nadie sabía dónde podía estar Diane, aunque una vecina nos contó que se había escapado con uno de los huéspedes años antes, al poco de ir a vivir allí, de hecho. Debió ser un escándalo. Y la pobre Lucy se quedó sola con su abuela, cargando además con eso. Ya puede imaginar lo que debió ser. ¡Como para no odiar a todo el mundo!

Mark llegó con más cacharros para él y unos pedidos para Dottie, con lo que la conversación terminó. Aunque, en realidad, tenía la impresión de que ya estaba todo dicho.

Señora Danvers, señora Danvers… ¿Qué misterio ocultaría ese nombre? ¿Qué había pasado, qué habría hecho esa mujer para conseguir apagar de semejante forma la alegría de una niña «dicharachera»? Gerald fregó sin pensar, ya hubiesen podido ser mil platos, que hubiera dado igual, estaba dando vueltas y vueltas a la triste desventura de los Campbell.

Luego, cenó una ración enorme de aquel soberbio pavo con arándanos y subió a su dormitorio, donde, dado que el sueño lo evitaba, volvió a levantarse y pasó más de una hora dibujando otra vez a Lucy. Pero, esta vez, era una Lucy muy distinta a la de sus primeros bosquejos, tal como la había visto en la cabaña del bosque, mientras sonreía a su hijita. El resultado lo dejó por fin satisfecho.

Sí, aquella joven hermosa y sonriente, de expresión suave y con los ojos henchidos de amor, sí que era la auténtica señorita Campbell. Lo

sentía en los huesos.

—¿Qué te hizo la señora Danvers? —susurró, mientras la contemplaba.

Aquella historia no era asunto suyo, pero le había afectado mucho. Demasiado.

Y no sabía el porqué. O, quizá, no quería saberlo.

Capítulo 9

Al día siguiente, Lucy estaba cogiendo flores en el jardín trasero por orden de la señora Burton, para completar los ramos de algunos jarrones, cuando oyó una voz.

—Una flor entre flores. ¡No sé si podré soportar la visión de tanta belleza!

Ella se volvió, sorprendida, y descubrió en la escalinata de mármol que descendía desde el edificio al hombre con el que había hablado junto a la cabaña, el que se había confundido de puente. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el nombre.

El conde de Southgate, eso era. Guapo, elegante, seguro de sí mismo… Otro que tenía el cabello muy bien cuidado, pensó Lucy, recordando al pintor. La única diferencia era que, en el conde de Southgate, era algo lógico.

Lucy bufó mentalmente. ¿Por qué demonios tenía que pensar en Perkins?

—Estoy convencida de que sobrevivirá a la experiencia, milord —le dijo, volviendo a su tarea, decidida a ignorarlo.

Él no pareció molesto por su actitud. Bajó los últimos peldaños y se acercó a ella.

—¿No va a preguntarme qué hago aquí?

—No es asunto mío.

—Qué mujer tan difícil es usted. Por suerte, me gustan los desafíos. —Eso esperaba Lucy. Le dio la espalda, simulando seguir con su tarea —. He venido a hablar con lady Acton, tengo una cita con ella —explicó él, sin que nadie se lo pidiera—. Quiero llevarme a mi hermana, lady Susan, de vuelta a Nottingham.

Lucy se detuvo y lo miró asombrada.

—¿Es usted el hermano de lady Susan?

—Así es.

Ahora entendía lo ocurrido en el bosque. Los hermanos debían haber convenido encontrarse en el puente, para organizar sus asuntos, fueran los que fuesen, y él se había confundido. Por eso ella estaba furiosa.

Lo miró de arriba abajo.

—No se parecen en nada.

Él rio.

—Lo dicen mucho. Susie sale a nuestra madre, menos mal. Son las bellezas de la familia. —Lucy pensó que, al menos en ese aspecto, era humilde, y eso le gustó, sobre todo porque era realmente guapo, podía haber sido vanidoso con razón. Aun así, no se permitió sonreír, ni decir nada. Dado que se extendía el silencio, el conde optó por añadir —: Y usted, ¿tiene hermanos? ¿Alguna hermana? De existir, tiene que ser tan bonita como usted.

Lucy se acordó de Diane. Tan hermosa. Tan enamorada y decidida. Volvió a ver su imagen, la noche en que se fugó de la casa de huéspedes de su abuela con aquel canalla de McAllister, justo antes de cruzar la puerta para perderse por siempre en la oscuridad del mundo.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Apartó el rostro, para que no lo viera.

—No, no tengo hermanas —dijo, apática—. Ni hermanos. No tengo familia.

—Lo lamento. La familia es la mayor riqueza con la que puede contar cualquier ser humano.

Lucy sintió que crecía el dolor sordo en su pecho. No podía soportarlo.

—Perdone, debo irme —dijo, brusca, recogiendo la cesta solo a medio llenar de flores. Ya saldría más tarde a por más.

El conde la miró inquisitivo.

—¿He dicho algo que haya podido molestarla, señorita Campbell?

—No, no…

—¿Entonces? —Se interpuso en su camino, cuando intentó dirigirse al porche—. Señorita Campbell… Lucy. ¿Puedo llamarla así?

—No.

Él sonrió, una sonrisa lenta y seductora.

—Quizá debamos intimar más, hasta tener ese derecho.

Lucy frunció el ceño.

—¿Les dice esas cosas a las damas con las que trata habitualmente?

—No, por Dios. Ellas son de otra clase.

Eso la enojó más todavía.

—¿Ellas merecen un respeto y yo no?

—No. Ellas son aburridas. Tienen muchas normas tediosas y una reputación que mantener para poder cazar la mejor opción de un marido con título y fortuna.

—Cada vez lo estropea más. Ahora pienso que desprecia a todas las mujeres en general.

—¡Oh, vamos, señorita Campbell! —Ella le puso la mano en el pecho y empujó, seria, hasta que logró que se apartase. Pero solo había dado un par de pasos cuando lo oyó hablar—. Escuche, me disculpo si la he molestado en algo, no era mi intención. No desprecio a todas las mujeres, es solo que… —Lucy lo miró, intrigada a su pesar, aunque se cuidó mucho de demostrarlo—. Bueno, usted lo ha dicho, trato con esas mujeres continuamente y le puedo asegurar que son todas superficiales, tontas e interesadas.

—Seguro que habrá excepciones.

—De ser así, no las he encontrado. Todas las que se me acercan me sonríen y me halagan solo con la intención de conseguir conquistarme para arrastrarme hasta el altar. Para lograr semejante meta, vale todo: las mentiras, las trampas, las confabulaciones… Puedo asegurarle que es terrible. Pierde uno la fe en el ser humano.

—Quizá no ha conocido todavía a la mujer adecuada.

—Quizá sí que lo he hecho. Al fin. —Se miraron. Lucy parpadeó, insegura—. Usted me trata siempre con distancia, no ha buscado engatusarme, como tantas otras. —Lucy arqueó mentalmente una ceja. Pobre incauto—. Es la mujer más sincera que he conocido nunca. —Se echó a reír—. Aunque también sea la más arisca.

—No es…

—No, escuche, solo le pido una oportunidad. Me gustaría poder invitarla a un paseo. ¿Qué le parece mañana por la tarde? ¿Me enseñaría las ruinas del castillo? Prometo comportarme como un

caballero.

El corazón de Lucy brincaba enloquecido. ¿Lo estaba consiguiendo, de verdad? Eso parecía, pero ya era una veterana en esas lides.

No quería hacerse ilusiones. No podía hacerse ilusiones.

—Yo solo soy una doncella, milord. Si nos ven juntos, van a sacar conclusiones erróneas, y no quiero eso. Aunque no lo crea, también tengo una reputación que mantener. Debería buscarse otra compañía.

—No deseo otra. —Adelantó una mano para tocar apenas su barbilla con las yemas de los dedos—. Y usted conoce bien…

—Ya ha oído a la señorita. —La mano de lord Southgate se detuvo bruscamente en el aire, como clavada por un dardo—. Debería buscarse otra compañía, milord.

Ambos miraron hacia el porche. Gerald Perkins estaba en lo alto de la escalera, con su bolsa de bártulos al hombro y el caballete y la gran carpeta de dibujo bajo el otro brazo. Lucy arqueó ambas cejas, asombrada. ¿Qué demonios hacía allí? El señor Barry no solía dejar entrar a desconocidos, y menos cuando eran hombres como ese, que se veía que no tenía dónde caerse muerto.

A veces los invitaba a tomar un cuenco de sopa o algo por el estilo en su casita, sobre todo si era invierno o si parecían estar realmente necesitados, pero nada más. Era muy celoso en la protección de «las niñas», como llamaba desde siempre a las alumnas de la escuela.

¡Por Dios, si llevaba una de las perneras del pantalón por dentro de las botas, y la otra por fuera! ¿Qué trazas eran esas para caminar por los elegantes pasillos de Minstrel House o atreverse siquiera a contemplar sus preciosos jardines traseros?

Lord Southgate también lo miró de arriba abajo. Seguro que compartía por completo su opinión.

—¿Y puedo saber quién demonios es usted? —dijo, con enojo. Frunció con ganas el ceño—. Creo haberlo visto en algún lado. —Echó la cabeza atrás, al ubicarlo, y entonces rio con evidente desdén—. Oh, sí, por supuesto. Ayudando a limpiar mesas en The Old Flute.

—Me alojo allí —admitió Perkins—. Ayudo ocasionalmente.

—Datos que no me interesan lo más mínimo. He preguntado su nombre.

El otro arqueó una ceja.

—Vuelva a hacerlo, con más educación, y quizá se lo diga.

—Se llama Gerald Perkins —intervino Lucy, no estuvo segura de por qué. Tanta violencia la incomodaba—. Es pintor. Se describe a sí mismo como artista y trotamundos.

Lord Southgate lanzó una carcajada.

—No me diga. Señor Perkins, haga el favor de seguir trotando hacia donde sea. Se está inmiscuyendo en una conversación que no es de su incumbencia.

—El día que piense eso al ser testigo de un acoso a una dama, dejaré de considerarme un caballero.

—Que yo sepa, no lo es.

Perkins sonrió.

—Que usted sepa.

—Y que me acuse de acoso, no se lo voy a consentir —siguió el otro, como si no lo hubiese oído—. Si de verdad fuera un caballero, lo retaría a duelo ahora mismo. He invitado a la señorita a dar un paseo. Es muy libre de negarse. —La miró a ella—. O de aceptar.

Lucy pasó los ojos de uno al otro. ¿Por qué de pronto se sentía como el trofeo de una competición? No tenía ninguna relación con Perkins, excepto esa atracción estrangulada desde el inicio. Y no se atrevía ni a imaginar un interés realmente intenso por parte del conde.

En todo caso, esa era la relación que debía cuidar. Quería ser la esposa de un noble, no la aventura ocasional de un trotamundos. «Lady Southgate», se dijo, y en su mente sonó casi como una invocación, tan grande era su deseo de convertirse en ella. Por eso ignoró a Perkins y se centró en el conde. No llegó a sonreír, pero trató de hacerle sentir que, si se esforzaba de verdad, podría conseguir de ella una sonrisa algún día.

—Por supuesto que me encantará dar ese paseo con usted, milord. Mañana por la tarde, a las seis, podría dedicarle un rato y enseñarle las ruinas de Scott Hill, si así lo desea.

—Estupendo. —Lanzó a Perkins una mirada llena de suficiencia, aunque siguió hablando con ella—. Vendré a buscarla a las seis en punto.

Un movimiento atrajo la atención de Lucy hacia lo alto. En el primer piso, en una de las ventanas de las habitaciones destinadas a las alumnas, estaba asomado un buen grupo de jovencitas, amontonadas unas sobre otras por el deseo de ver lo que estaba

ocurriendo en el jardín.

Entre ellas, pudo distinguir a lady Susan, que la contemplaba con expresión furiosa. Seguro que estaba indignada por el interés que mostraba su hermano por una simple doncella.

—No, ni hablar —replicó, disfrutando del momento—. Le recuerdo que debo cuidar de mi reputación, milord. Me esperará cerca de la entrada de Clifford Manor, desde allí subiremos juntos a Scott Hill. Y será discreto, o no volveré a encontrarme nunca con usted.

Lord Southgate le lanzó una mirada extraña.

—No se preocupe. Mis intenciones no pueden ser mejores. Usted me…

La señora Burton apareció de pronto en el porche, lo que provocó un pequeño revuelo arriba, mientras las alumnas se retiraban apresuradamente del alféizar de la ventana para que no las vieran fisgoneando. No en vano, llamaban «Bulldog Burton» a la gobernanta, y le tenían miedo y respeto a partes iguales.

La señora Burton echó un vistazo de reojo a Perkins pero, como si fuese casi normal encontrarlo allí, se dirigió al conde.

—¿Lord Southgate? —preguntó, aunque más que nada, era una llamada.

—¿Sí, señora? —dijo el joven al momento.

—Lady Acton lo recibirá ahora. Por favor, acompáñeme. Ah, Lucy, me alegra que estés aquí. Prepara un servicio de té y súbelo al salón de lady Acton, por favor.

Ella asintió. Estupendo, así podría enterarse de qué iban a hablar.

—Muy bien, señora Burton.

—Usted —le dijo entonces la gobernanta a Perkins—. ¿Todo en orden?

—Sí, señora Burton. En realidad, ya me iba. He examinado los cuadros que me indicaron y puedo restaurarlos sin mayor problema.

—Perfecto. Entonces, le esperamos mañana. Recuerde: encargue todo lo que necesite en la tienda de la señora Gibbs. No importa si hay que traer algo de Londres, pida lo que sea necesario.

—Así lo haré, gracias.

—Muy bien. Lucy, acompaña al caballero a la puerta.

—De inmediato, señora Burton. —La gobernanta se fue, seguida de lord Southgate, que les lanzó una última mirada, fría a Perkins,

intensa a ella. Cuando se quedaron solos, Lucy le hizo un gesto—. Por aquí, señor Perkins.

—Cuánta formalidad para quienes se han lanzado invectivas en un bosque. —Ella le ignoró. Si no quería seguirla, que no lo hiciera. Pero sí, lo hizo—. ¿De verdad va a salir con ese hombre? —le oyó decir, mientras entraban en el edificio. Lucy dejó la cesta de flores a un lado. La recogería cuando se librase de aquel cretino—. Sabe tan bien como yo que lo único que busca es un revolcón.

Ella ni siquiera se detuvo. Se limitó a dedicarle una expresión gélida.

—¡Qué gran artista es usted! —exclamó, irónica—. Pero se ha equivocado por completo de profesión, señor Perkins. Con ese dominio sublime del lenguaje me ha dejado claro que, en vez de pintor, debió de ser poeta.

—Ah, vamos, he dicho lo que ambos sabemos. ¿O acaso cree de verdad que algo así puede terminar en boda? La creo más inteligente.

Tenía razón y eso la enfadó todavía más. Se encaró con él.

—¿Y puedo saber qué puede importarle a usted este asunto? ¿Por qué se mete? ¿Acaso está celoso? ¿Es que acaso va a confesar que le provoco alguna intensa pasión?

—Yo… —De pronto, pareció azorado, pero agitó la cabeza y encontró una salida—. Por supuesto, y la más intensa posible en el corazón de un hombre. —La miró con tal intensidad que Lucy titubeó. ¿Es que se le iba a declarar? ¿Y qué iba a responderle, si le pedía una cita o planteaba iniciar un cortejo? Por desgracia, ni siquiera había empezado a degustar semejante ensueño, cuando él continuó—: Pero no se haga ilusiones, señorita Campbell, me refiero a la pasión de la creación, del arte. Quiero que pose para mí, ya lo sabe. Eso es todo.

«Idiota», pensó ella, herida en su amor propio. Hizo una mueca y retomó su camino.

—Pues cada vez está más lejos de conseguirlo.

—¿De verdad? —Estaban pasando frente a la gran escalera de mármol que subía al segundo piso. Empezaba en un único tramo que se dividía en dos a partir de un elegante rellano donde colgaba un gran cuadro de lady Acton, en el que aparecía vestida de blanco, muy jovencita y muy bella. Perkins se detuvo y lo miró con una expresión intensa—. Espere un momento.

—Estoy trabajando, señor Perkins. No me sobra el tiempo.

—Por favor. —Algo en su tono la conmovió. Lucy se detuvo y también contempló el cuadro. Al fin y al cabo, entendía lo que le pasaba. Ella llevaba años viéndolo cada día, pero su admiración no había disminuido en absoluto—. Me fijé al entrar, pero no pude detenerme, no me atreví a pedírselo a la señora Burton —musitó él al cabo de un momento—. Es maravilloso.

—Es lady Acton. Entonces era lady Helena Hale.

—Lo sé, la señora Burton me lo dijo. ¿Qué edad tenía?

—Por lo que sé, dieciocho años. Fue pintado al inicio de su primera y única temporada, en la que conoció al conde de Acton, el que luego fuera su marido. —Perkins frunció el ceño, los ojos fijos en el lienzo—. ¿Qué ocurre?

—Dices que aún no había conocido a lord Acton.

—Eso es.

—Me sorprende. Hubiera dicho que este es el retrato de una mujer enamorada. Solo el amor hace que los ojos brillen de ese modo. —Ambos contemplaron el cuadro unos momentos, intentando desentrañar el misterio de aquella mirada—. Aunque, bueno, quizá el enamorado era él. No me sorprendería. La amaba y reflejó en su obra ese sentimiento. Aquello que hubiese deseado con todas sus fuerzas. —Buscó por los ángulos—. No hay firma, ningún nombre. ¿Sabes quién lo pintó?

—No. Nunca lo ha mencionado nadie.

—Qué curioso —repuso él, los ojos de nuevo fijos en los de la joven lady Helena Hale—. Si yo pintase algo así, lo firmaría a fuego.

Lucy lo observó unos minutos y no pudo contener por más tiempo su curiosidad.

—¿Cómo es que la ha conocido? ¿A lady Acton?

Él sonrió.

—Se pregunta cómo una dama tan formidable como ella ha podido recibir a un vagabundo como yo.

Lucy hizo un mohín.

—Milady es una gran dama. Ha recibido a gente mucho más humilde que usted, haciendo que se sintiesen cómodos y bien acogidos.

—Comparto su opinión, es una gran dama. La señorita Thompson y

ella me citaron esta mañana, interesadas por mi trabajo. —Lucy lo miró más perpleja todavía. ¿Cómo habían sabido de su trabajo? La señorita Thompson salía poco y no tenía mucha relación con lo artístico. Y el caso de lady Acton era más rotundo todavía: las cataratas la habían ido cegando con los años. Todavía veía alguna sombra, pero poco más—. Hemos hablado de un posible retrato para sus sobrinos, los marqueses de Northcott, y sus hijos. También quiere que restaure algunos cuadros.

Lucy contuvo una carcajada. De no haber entendido algo así de la conversación con la señora Burton, le hubiese acusado de mentir, pero tuvo que conformarse con pedir una explicación:

—¿De verdad lady Acton va a dejar una labor tan delicada como es el restaurar unos cuadros que valen miles de libras, en manos de un desconocido zarrapastroso como usted?

Perkins abrió mucho los ojos.

—¿Zarrapastroso? Exijo una rectificación. Mis ropas están remendadas, cierto, pero impecablemente limpias. Y usted misma alabó mi corte de pelo y mi aseo personal, perfume incluido.

—Tiene razón, disculpe. Debí decir «un desconocido zarrapastroso pero limpio, como usted».

—Muy graciosa. Es usted una auténtica arpía, señorita Campbell. —Lucy le devolvió la sonrisa socarrona—. En cualquier caso, aunque no sea asunto suyo, me siento inclinado a satisfacer su curiosidad: ayer, poco antes de nuestro feliz encuentro, le di al señor Barry mi cuaderno de dibujo para que se lo enseñase a lady Acton. Y debo decir que le gustó.

—Madre de Dios. —Lucy bufó—. «¿Debe decir?». Seguro que se siente muy obligado a ello, pobre hombre humilde.

Perkins se echó a reír.

—Mucho. Además, por lo que parece, le han dicho que estoy haciendo un excelente trabajo con los cuadros de la iglesia, cosa que no me sorprende, porque es cierto —añadió, evidentemente orgulloso de sí mismo. Lucy puso los ojos en blanco—. Había dos obras, en concreto, tan deterioradas que estaban casi perdidas, para suerte de la humanidad, pero he logrado recuperarlas, con todo su color y su espanto originales. Tengo al reverendo Ellis totalmente encandilado.

—Entiendo —replicó ella con fastidio. Si las cosas eran así, no

había nada que pudiera hacer para alejarlo de su vida. La idea de encontrárselo en cualquier momento por la escuela le provocó un extraño desasosiego. Bueno, pues no podría evitarlo, pero al menos sí podía deshacerse de él en ese momento, antes de que consiguiese resquebrajar por completo su autodominio. Con paso firme, reinició el camino hacia las grandes puertas del vestíbulo—. Bueno, como le decía, tengo trabajo, de modo que será mejor…

—Espere. —Ella suspiró impaciente, pero obedeció y lo miró. Perkins hizo un gesto hacia el retrato—. Lady Acton ha envejecido, pero este lienzo ha preservado el recuerdo de su belleza. ¿No quiere que la pinte así? ¿Que, en tiempos venideros, puedan verla y admirarla, y preguntarse quién fue?

Lucy contempló la pintura.

—Siempre me ha parecido bellísima…

—Exacto. Es una…

—Pero ya le dije que ya tengo un retrato. Mi imagen está a salvo del paso del tiempo, gracias, señor Perkins.

—Déjeme verlo.

—No. Ni lo sueñe. No lo voy a llevar a mi dormitorio. —¿Por qué había dicho eso? Ya no pudo evitar que la palabra rondase por su cabeza, como levantando ecos. Dormitorio, dormitorio, dormitorio… Ambos se miraron fijamente. Tuvo la impresión de que el aire se había espesado entre ellos, y de que crepitaba de algún modo. Lucy estaba excitada, mucho, por la idea: Perkins en su habitación, mirándola de ese modo. La cama, cerca, a su espalda, presente de un modo obsesivo. ¡Por Dios, qué guapo estaba! ¿A quién demonios le importaba el dichoso retrato? Carraspeó, nerviosa—. Ni se lo voy a traer.

—Ya… —Perkins hizo una mueca. Sus pupilas se le clavaban con tal fuerza que hasta hacían daño—. Con el perdón de la princesa de Vergessen, estoy seguro de que no le hace justicia.

—¿Me considera hermosa?

—Demonios, sí. Cada día más.

—Pero solo quiere que sea su musa, que pose para usted. No tiene más interés que ese. La «pasión de la creación» lo ha llamado.

Él vaciló un momento. Dio un paso en su dirección para mirarla más de cerca, desde el privilegio de su altura.

—A veces, soy un idiota.

Esa frase absurda hizo que sintiese una extraña euforia. ¿Por qué? ¡No, qué tontería! Era Gerald Perkins, el pintor callejero, un hombre pobre como una rata, no debía olvidarlo. Podría estar medrando como artista en un rincón tan apartado como Minstrel Valley, y a pasos agigantados gracias a su habilidad para restaurar viejas obras, pero seguía siendo un miserable trotamundos, alguien con quien no quería compartir ninguna clase de futuro.

Y, sin embargo…

Ojalá lord Southgate lograse hacerle sentir algo así. Quizá, si se esforzaba lo suficiente por conseguirlo…

Lucy tragó saliva. Tenía que dar fin a ese encuentro, de inmediato. Avanzó resuelta hacia las puertas del vestíbulo que daban a la entrada principal de Minstrel House y las abrió. La brisa de la mañana hizo ondular la larga falda de su vestido, y provocó un aleteo en su cofia de doncella.

—Que tenga un buen día, señor Perkins —le dijo, con voz helada.

Perkins parpadeó con lentitud y hasta pareció que iba a añadir algo, pero cambió de idea y obedeció. Ella cerró a su espalda y se llevó una mano al corazón, con la extraña idea de que ya no lo tenía consigo.

Capítulo 10

—Lo lamento, lord Southgate —estaba diciendo lady Acton cuando entró Lucy con la gran bandeja de plata en la que llevaba el servicio de té—, pero no está en mi mano darle otra respuesta. De verdad, no puedo permitirlo.

El pequeño grupo formado por el conde de Southgate, lady Acton, la señorita Thompson, directora de la escuela, y la señorita Kaye, la profesora de protocolo, se había acomodado en los sillones cercanos a la gran chimenea del salón privado que lady Acton tenía en el tercer piso, un lugar hermoso, aunque algo recargado de objetos, como bien sabía ella.

Las tareas de Lucy solían limitarse a atender a las alumnas en todas sus necesidades, algo que, de por sí, ya daba suficiente trabajo, pero cuando la escuela estaba cerrada por vacaciones, o cuando se daba cualquier situación especial, como el Baile de Primavera del mes de mayo, también le tocaba ayudar en todo lo que le ordenasen, como las labores de limpieza.

Y ella odiaba y amaba pasar el plumero por ese lugar, en igualdad de condiciones. Reconocía que era fascinante moverse entre los recuerdos de toda una vida, imaginando momentos y escenas, pero a la vez suponía una gran responsabilidad hacerlo sin estropear nada en el santuario de lady Acton.

Miró a la anciana, dejando que el inmenso cariño que había surgido contra su voluntad y había crecido con los años, la envolviese como un manto suave y cálido. ¡Había tenido tanta suerte al conocerla, al conseguir aquel trabajo y quedar bajo su protección! Por eso sentía tanto miedo ahora, un pánico que se aferraba con fuerza a

su estómago y que aumentaba a medida que la veía envejecer y volverse más y más frágil cada día.

Era una impresión extraña, porque, a la vez, ese deterioro físico dejaba más evidente la fuerza de voluntad que la impulsaba como un segundo esqueleto, de un modo inquebrantable. Lady Acton cumpliría setenta y dos años en diciembre. Estaba ya casi completamente ciega por las cataratas, apenas se levantaba de la silla de ruedas en la que estaba confinada desde hacía mucho por sus problemas de corazón y siempre había tenido un aspecto delicado.

Pero, incluso en ese momento, seguía luchando y manteniéndose firme como una roca.

Así lo había descubierto ya lord Southgate, que parecía muy contrariado por no poder convencerla de sus intenciones. Aceptó la taza que le tendió Lucy, sin siquiera mirarla. ¿Dónde estaba toda su galantería? ¿Todo el interés que había desplegado en el jardín, y ante Gerald Perkins?

Pero, cuando habló, pudo entender que estuviese tan enfadado.

—Esperaba más comprensión por su parte, lady Acton.

—Lamento decepcionarle, milord —replicó la anciana—. Pero lamentaría más todavía decepcionar a sus padres. Ellos fueron los que dejaron a lady Susan bajo mis cuidados. La mandaron a esta escuela confiando en que yo me ocuparía de todo lo relacionado con su hija hasta que vengan a Londres a mediados de mayo. Dada la… delicada situación por la que fue enviada aquí, entienda que debo ser muy estricta al respecto.

—Si por «situación» se refiere a su intento de fuga, fue algo que…

—Se escapó en plena noche con un joven que no era del agrado de sus padres —lo interrumpió ella, sin contemplaciones—. Eso es lo que pasó, milord. No pretendo suponer que sé mejor que nadie cómo debe ser la vida de su hermana, pero sí sé cómo no debería serlo la de ninguna joven de su edad: una existencia manchada por el escándalo y encadenada a un desaprensivo que no tuvo la valentía de enfrentarse al marqués y decirle que amaba a su hija. Yo no querría alguien así para ninguna de mis Damas Selectas. ¿Acaso usted lo desea para su hermana? Permita que lo dude.

Lord Southgate la miraba con ojos entrecerrados.

—Yo, milady, me limitaría a dejar que mi hermana decidiese por sí

misma, para variar.

Ella asintió comprensiva.

—Estoy segura de que, al final, es lo que ocurrirá.

—Ja. Usted no conoce al marqués.

—No, aunque he intercambiado un par de cartas muy cordiales con él, y creo que a estas alturas conozco bastante bien la naturaleza humana. Además, la… personalidad de su hermana me ofrece muchos detalles sobre cómo ha sido educada y, por ende, sobre cómo es su padre.

Su expresión permaneció impasible, porque era lo adecuado, pero de algún modo dejó patente su desaprobación. Lady Susan era una niña mimada a la que nunca se le habían negado caprichos y que siempre se había salido con la suya. Por eso se había convertido en una joven antojadiza y convencida de que tenía derecho a todo.

El conde captó de lleno esa opinión.

—Demasiado complaciente mientras fue pequeña, sí. Un déspota, a medida que se ha ido haciendo mayor y necesita independencia. Está empeñado en que siga siendo su niñita, y ya no lo es.

—Comprendo. Desde luego, si cuando venga el marqués compruebo que no he juzgado con buen criterio… Bien, no dude de que intentaré ayudar a su hermana como sea, pese a todo. Lo intentaremos todas.

—No lo dudo, milady. Pero insisto en que…

—En este lugar nos enorgullecemos de ayudar a nuestras Damas Selectas a forjar su carácter —le interrumpió lady Acton, que no había terminado—. A convertirse en mujeres inteligentes, independientes y preparadas, dispuestas a luchar cuanto sea necesario por conseguir su propia felicidad en un mundo que casi nunca nos pone las cosas fáciles.

—Claro, claro…

—Pero, no se equivoque, lo hacemos siempre dentro de las normas establecidas, lord Southgate. Lo que implica que evitamos todo cuanto pudiera dañar nuestra reputación, en lo que se incluyen fugas infantiles y matrimonios precipitados. Porque sí, porque es lo que hay que hacer, ser estrictos y cautos en situaciones como esa. Insisto en ello porque no parece otorgarle la gravedad que tiene. Creo que no se ha percatado de que, de haberse celebrado esa boda, hubiera dejado a

su hermana a expensas de la voluntad de ese hombre, alguien de muy dudosa catadura moral.

—¡Por Dios! —replicó lord Southgate, exasperado—. Milton Evans fue mi ayuda de cámara durante tres años. Era… es un hombre íntegro, milady, no me avergüenzo de confesar que yo lo aprecio, lo sigo apreciando, pese a todo. Su único error en este triste asunto fue enamorarse de mi hermana.

—No, milord. Su único error fue abordar este asunto de un modo inadmisible, provocando esta situación, y no ser lo bastante hombre como para afrontar las consecuencias de sus actos. Porque, según tengo entendido, no solo huyó en mitad de la noche con ella, poniendo en peligro su reputación, sino que, cuando su padre y usted los alcanzaron a pocas millas de Gretna Green, el muy canalla escapó, dejando abandonada a su hermana.

Los ojos de lord Southgate relampaguearon de furia.

—Sí, así es. Y es cierto, eso me enfurece. Pero, cuando lo pienso… —reflexivo, repiqueteó los dedos en el apoyabrazos de su silla—. Sinceramente, no sé si se lo puedo recriminar, porque entiendo que tuviera miedo. Usted no sabe cómo es de violento y de déspota mi padre cuando las cosas no se hacen a su gusto.

—No, no lo sé. Pero peor me lo pone, milord, porque eso hace que aumente mi desprecio por el señor Evans. No solo ha demostrado ser un hombre ambicioso y sin escrúpulos, capaz de poner en una situación tan difícil a una jovencita como su hermana solo por conseguir sus objetivos, sino que también es un cobarde, dejando allí abandonada a esa niña para que sufriera sola las iras de un hombre que usted describe como violento y déspota.

El conde golpeó con la palma de la mano el apoyabrazos.

—¡Oh, maldita sea! —Hasta él se dio cuenta de que había perdido los nervios y alzado demasiado la voz—. Perdón, discúlpeme, lady Acton. Estoy muy angustiado con este asunto. Tiene usted razón. Lo pienso, y estrangularía a ese canalla.

—No se preocupe —dijo ella, con su habitual amabilidad—. Lo entiendo.

—Ya… —Lord Southgate se pasó una mano por el pelo, cuidando de no estropear sus rizos perfectos—. ¿Y no entiende también que ya hemos sufrido todos demasiado con este asunto? Se lo ruego, lady

Acton.

—Milord…

—Mantener semejante situación no tiene mayor sentido. Solo quiero llevar a Susie de vuelta a casa, junto a nuestra madre, a la que echa mucho de menos. ¿Qué hay de malo en ello? Enviarla a este lugar tan lejano fue un castigo impuesto por mi padre en aquel momento de enfado. No sé si fue acertado o no —su expresión decía que lo sabía bien, que su padre era un hombre siempre equivocado que disfrutaba imponiendo su voluntad—, pero lo que tengo claro es que, a día de hoy, es totalmente innecesario. Porque, lo que haya podido hacer mi hermana en el pasado, ya no importa ahora.

—¿De verdad?

—Sí, porque ha aprendido la lección, se lo aseguro. Sufrió mucho con todo ese asunto, y Susan es una muchacha muy sensible. —El conde no se percató de la mirada discreta, llena de incredulidad, que intercambiaron la señorita Thompson y la señorita Kaye. Lucy estuvo de acuerdo con ellas. Lady Susan Warren-Towers era, en todo caso, la antítesis de una criatura sensible—. Sea comprensiva y deje que la lleve de vuelta con su madre. Ambas están deseando reunirse.

—Me resulta incómodo que siga insistiendo, lord Southgate. A estas alturas de nuestra conversación debería haber entendido que no puedo entregársela sin más, y por qué.

—¿Entregármela sin más? —repitió él, otra vez irritado—. Milady, soy el hermano mayor de lady Susan, el heredero de mi padre. He cruzado media Inglaterra en respuesta a una carta de mi hermana, se la he mostrado. —Movió ligeramente la cabeza para señalar hacia la señorita Thompson y entonces Lucy se dio cuenta de que la directora tenía un papel doblado entre las manos—. ¿No capta en ella la desesperación de Susie? Echa de menos a nuestra madre y nuestro hogar, y me suplica desesperada que venga a buscarla y la lleve de vuelta. Quiere abrazar a nuestra madre y poder decirle a nuestro padre cuánto lamenta todo lo ocurrido. Estoy convencido de que es la carta de una joven arrepentida que ha aprendido la lección y que necesita a su familia. Pero usted no consiente en dejarla a mi cargo. ¡No confía en mí!

Lady Acton apretó la barbilla. Fue un gesto ligero, que solo quienes la conocían bien pudieron percibir con claridad. Estaba muy enfadada

con aquel joven tan terco, cada vez más.

A Lucy no le extrañaba que lord Southgate se comportase así. En eso sí que se parecía a lady Susan. Era evidente que los hermanos Warren-Towers siempre se mostraban decididos a salirse con la suya, sin plantearse nunca que tuvieran que pagar algo a cambio.

—Yo no he dicho eso, milord, no lo pretendía, al menos —dijo lady Acton, con cuidado—. Le repito lo que le contesté antes: su padre trajo a su hermana y su padre debe venir a recogerla, o al menos debe mandarme un mensaje firmado por él, en el que indique claramente cuál es su voluntad. No es el caso, usted no lo ha traído ni me ha llegado por correo.

—¿Cómo podría conseguir yo algo así? ¿No se da cuenta de que me pide un imposible? Está enfadado y rabioso, y es demasiado dominante como para conformarse sin más. Nunca dará su brazo a torcer, ni por su hija ni por su esposa.

—Es posible. Y si su hermana estuviera en una situación desesperada, quizá me mostrase más dispuesta a ayudarle en este empeño, milord. Pero el caso es que está aquí, en esta escuela. Está cuidada y protegida, y solo tiene que esperar unas pocas semanas para recibir la visita de sus padres, que decidirán su futuro. Por lo tanto, no es tan sorprendente que me empeñe en que debe seguir aquí.

—Milady…

—Pero no es mi intención ofenderlo, milord —volvió a interrumpirlo—. De hecho, confío tanto en usted que le ofrezco la hospitalidad de mi casa, como pariente que es de una de las alumnas. Ahora mismo, no tenemos otras visitas, hay sitio de sobra en Minstrel House, y seguro que podremos hacer que se sienta aquí muy cómodo.

—Gracias, pero no —replicó él, cortante—. Prefiero seguir en la posada.

—Como desee. Seguro que allí también estará bien. The Old Flute es un buen establecimiento.

—Ya… —Lord Southgate bufó—. Supongo que podré visitar a mi hermana cuando quiera.

—Siempre que no esté en una de sus clases, por supuesto.

El conde la miró como si le pareciera una norma ridícula. Por suerte, los ojos ciegos de lady Acton no captaron el gesto.

—Por supuesto —masculló él. Se puso en pie—. Con su permiso,

señoras, milady, me retiro. Gracias por el té, estaba exquisito.

—Gracias, lord Southgate. Lucy, por favor, acompáñalo a la puerta.

—Sí, milady —dijo ella, y precedió al irritado conde fuera del salón.

En el pasillo, solo había otra puerta abierta, la de la salita de Goliath. Pudieron ver al gigante, sentado cómodamente en un sillón junto a su propia chimenea, leyendo uno de sus libros. Pero ella lo conocía lo suficiente como para suponer que había estado con un oído atento a las voces de lord Southgate, dispuesto a entrar y rescatarlas de ser necesario.

Al igual que lady Acton, Goliath le inspiraba una gran simpatía, aunque nunca habían hablado mucho, y solo cuando el trabajo los había obligado a ello. Lucy se sorprendió al fijarse en que la luz de la tarde se reflejaba en las canas de su cabello. El tiempo pasaba para todos, incluso para aquel hombre al que siempre había considerado como un bastión invulnerable entre las gentes de Minstrel House, sobre todo de lady Acton, y el mundo.

Justo salía de allí Nancy McKay, otra de las doncellas de Minstrel House, que estaba retirando la bandeja de té que había tomado Goliath y la llevaba al montaplatos. Nancy era pelirroja, alta y espigada, bonita, pese al rostro lleno en exceso de pecas. Aunque su mayor problema, cuando entró a trabajar en la escuela, había sido su absoluta falta de refinamiento, por decirlo de un modo amable.

La realidad era que Nancy había sido malhablada y vulgar hasta un punto inadmisible. Pero, en los últimos tiempos, la señora Burton se había esforzado por pulirla un poco en una especie de cruzada personal, en previsión de que hubiese más bodas y retiros, como el de Doll, y ya era una doncella bastante aceptable.

O eso había creído hasta ella misma hasta ese momento. Al ver la mirada que lanzó Nancy al conde, en la que parecía prometerle toda clase de placeres impúdicos entre las sombras de un pajar, empezó a dudarlo.

—Nancy, ¿puedes acompañar tú a milord abajo? —preguntó, esperanzada, para evitarse los tres pisos de escaleras, porque tras despedir al caballero, tendría que volver a subir para recoger el té del salón de lady Acton.

Además, de paso, castigaba un poco al conde, que se había

quedado contemplando reflexivo a Nancy. Pensando en pajares, seguro.

Al oírla, la sonrisa de Nancy estuvo a punto de salirse de su rostro.

—Por supuesto.

—No será necesario —dijo él—. Conozco el camino, gracias.

—No importa, milord, yo también iba a bajar. —Nancy señaló pasillo adelante, hacia las escaleras principales—. Venga por aquí.

—Está bien. —Lord Southgate caminó unos metros tras ella antes de parar y volverse hacia Lucy. Estaba junto a una de las ventanas y la luz de la tarde lo hizo parecer más guapo todavía, con aquel cabello oro viejo y los brillantes ojos ámbar, que le recordaron más que nunca a los de un gato. Era muy atractivo, no podía negarlo—. Sigue en pie nuestra cita, espero.

Lucy contuvo la respiración. Allí estaba, el hermoso conde de Southgate con su sonrisa arrebatadora, flirteando abiertamente con ella. Otra vez. Y ella sabía, lo sabía, que Perkins tenía razón. Alguien como él ni se planteaba rebajarse a pedir matrimonio a una doncella. Seguro que se había acostado con muchas, que estaba acostumbrado a conquistarlas, a utilizarlas y a dejarlas a un lado, una vez satisfecho su apetito o disipado su interés.

Pues ella no era una de tantas, ni mucho menos. Lo había jurado sobre la Biblia en casa de su abuela. Se lo había prometido a sí misma mil veces, llorando, siempre que la oía asegurar que se dejaría seducir cualquier día como una tonta, la dejarían preñada y terminaría en cualquier burdel, como había ocurrido con Diane.

No, no ocurriría así, no le pasaría eso, ni mucho menos. Jamás se entregaría a ningún hombre antes del matrimonio. El destino vivido por su pobre hermana le servía de ejemplo. Ella quería más, mucho más. Lo quería todo o nada.

Qué equivocado estaba aquel hombre si pensaba que la iba a conseguir sin empeñar en ello su libertad.

—Mañana estaré cerca de Clifford Manor a las seis. Si está allí, nos veremos. De otro modo, seguiré mi camino y pasearé sola, como he hecho tantas veces antes y como volveré a hacer cuando usted se vaya. Le deseo un buen día. Adiós, milord.

Él hizo una mueca, como si se diese cuenta del mensaje de fondo: no lo necesitaba, para nada, y no iba a permitir que formase parte de

su vida, si no se lo ganaba. Asintió, y quizá fue a añadir algo más, pero la presencia de Nancy le disuadió de hacerlo. Se inclinó, galante, y se alejó a buen paso tras la doncella, que miró a Lucy un momento, para hacer un gesto de entusiasmo.

Dado que no solía tener ningún trato con sus compañeras de trabajo, aquello dejaba claro que hasta Nancy había percibido el enorme interés que mostraba el conde.

Lucy se quedó en el pasillo unos momentos, intentando calmar su corazón y degustando lo ocurrido. ¿Podía permitirse soñar? ¿Por qué no? ¿Qué maldito mal había en ello?

Condesa de Southgate…

Milady.

Lady Southgate.

Lady Lucille Warren-Towers.

¡Ja! ¿Podría conseguirlo? Sí, por qué no. Tenía que convencerse, tenía que verlo plasmado en el futuro, era el único modo de conseguirlo.

Esta vez actuaría con inteligencia. Tenía que funcionar.

Capítulo 11

Lucy volvió al salón de lady Acton, donde la dama seguía hablando con la señorita Thompson y la señorita Kaye. Las escuchó en silencio mientras servía más té y comprobaba si se había terminado algún tipo de canapé.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos escribir al marqués, y de inmediato —estaba diciendo la directora de la escuela.

Lucy la admiraba mucho. ¡Parecía tan elegante, tan segura de sí misma! Quién hubiera podido decir que esa dama de aire distinguido fue en otro tiempo la sencilla Annie Thompson, una simple costurera de Minstrel Valley, destinada a criar muchos hijos en un hogar humilde. Su amistad con Olivia Coombs, posteriormente lady Olivia Hale, esposa del marqués de Northcott, había hecho posible tal milagro.

—Pero, en caso de que estemos equivocadas, ¿no será peor para sus hijos? —planteó la señorita Kaye.

Lady Acton lo consideró un momento.

—Prefiero tener que enfrentarme a eso a que piensen que no hemos cumplido bien con nuestra tarea de custodia —declaró al fin—. Annie, por favor, envíe de inmediato una carta a Nottingham explicando la situación y pidiendo instrucciones. Mándela con un jinete, el más rápido que encuentre, quiero tener respuesta cuanto antes. No sé, quizá el señor Bissop pueda ayudarla en eso.

—De inmediato, milady. Es muy buena idea.

—En realidad, es lo único que podemos hacer. Que el marqués decida si se la entregamos a su hijo, para llevarla ya a Nottingham, o si debe permanecer aquí hasta que vengan su esposa y él, tal como

habíamos acordado.

—Muy bien. —La directora bufó—. Aunque, si le soy sincera, desearía poder entregársela ya mismo, de inmediato, para que se la lleve muy lejos. Incluso desearía poder entregársela a cualquier buhonero ambulante que jurase no volver a pasar nunca más por Minstrel Valley.

—¡Señorita Thompson, qué deseos más poco piadosos tiene usted! —replicó lady Acton, con la risa bailando en las comisuras de sus labios.

También Lucy tuvo que esforzarse por no reír, y quizá la cosa hubiese quedado así, en una broma pasajera, de no ser porque, de pronto, la señorita Kaye lanzó una auténtica carcajada.

Las otras, Lucy incluida, la miraron con sorpresa.

—¿Ocurre algo, Hester, querida? —preguntó la señorita Thompson.

La señorita Kaye se tapó la boca con las manos.

—Lo siento, lo siento mucho. Es que, de pronto, he recordado cuando el conde ha dicho que su hermana es una criatura sensible, o algo así. Así… Sen… ¡Sensible! ¡Lady Susan! —A medida que hablaba, la risa iba creciendo y costaba entender lo que decía, pero todas la hicieron. La señorita Thompson la secundó en sus carcajadas, y lady Acton las acompañó con una sonrisa de indulgencia. Ni Lucy pudo evitar unirse a ellas. Las dos mujeres más jóvenes se dieron cuenta, pero no se molestaron. Hasta tuvo la impresión de que la recibían con agrado en el grupo y reían con ella—. Lo siento, lo siento mucho, lady Acton…

—No deberíamos reírnos por algo así, pero… —convino la señorita Thompson, y volvió a reír—. Oh, por Dios. ¿Sensible, esa niña? ¡Es definitivamente odiosa!

—Si yo le contara —asintió la señorita Kaye, que tenía que aguantarla durante las clases de protocolo. «Pues si yo te contara a ti…», pensó Lucy, un segundo antes de que la joven la mirase a ella—. Y Lucy, seguro que, en su posición, tiene que aguantarle más de un desplante.

Como todas la miraron, incluso lady Acton, que volvió su rostro de ojos ciegos hacia ella, Lucy dejó bruscamente de reír y se removió inquieta.

—Yo… no sé…

—Lucy es discreta, siempre lo ha sido —dijo lady Acton misteriosamente—. Y tiene razón, señorita Thompson, no deberíamos reírnos, pero supongo que también somos humanas y estamos en familia. ¡Y sospecho que muy cansadas de impertinencias!

—Ni se lo imagina —asintió la directora—. Creo que hacía años que no teníamos una alumna peor que lady Susan Warren-Towers.

—Yo diría que nunca la ha habido —aportó la señorita Kaye—. Recuerden que estoy aquí desde el principio, empecé de alumna. Por eso puedo afirmar sin temor a equivocarme que nadie, ni siquiera lady Christine Bradbury, la hija del conde de Telfor, era tan odiosa. La recuerdan, ¿verdad? Tuvieron que expulsarla, por lo que le hizo a mi amiga Lori.

—Por supuesto que la recuerdo —dijo lady Acton con repentina tristeza—. Pero aquel caso fue distinto. Lady Christine sí tenía lo que hay que tener para ser una Dama Selecta, por eso… fue duro y decepcionante tener que tomar tal decisión. —Agitó la cabeza—. ¿Qué habrá sido de ella? Me lo pregunto a veces. Espero de verdad que haya podido reconducir su vida, y que todo le vaya mejor.

—Seguro que sí, lady Acton. —La señorita Thompson se inclinó hacia ella y apoyó una mano sobre las de la anciana, que tenía unidas en el regazo—. Lady Christine cometió un error del que seguro que se arrepintió mucho, pero que también le sirvió para aprender y mejorar.

—Sí, supongo que sí. —La anciana suspiró—. De verdad que lamento haber aceptado a lady Susan. No sé si usted lo sabe, señorita Kaye, pero fue un favor personal que me pidió la duquesa de Gladsmith, muy amiga de la madre de la muchacha. Querían alejarla cuanto antes de Nottingham y de la influencia de ese hombre que la había seducido.

—No, no lo sabía. Ahora lo entiendo mejor.

—Así es. Por desgracia, en cuanto escuché su voz, lo supe: no era una Dama Selecta, jamás lo será porque, para serlo, te tiene que importar el mundo en el que vives y los que te rodean. —Hizo un gesto de cansancio—. A lady Susan solo le interesa su persona.

—Está usted agotada, lady Acton, será mejor que la dejemos descansar —dijo la señorita Kaye, mirándola con preocupación.

—Cierto —convino la directora, mientras se ponía en pie—.

Además, tengo que escribir esa carta solicitando instrucciones y… no sé, me acercaré a las caballerizas, a hablar con el señor Bissop. Con suerte, podrá enviar ese jinete al norte mañana a primera hora.

—¿Por qué no envía un criado? —preguntó la señorita Kaye—. Si hace eso no nos dará tiempo a ir a visitar a lady Conway antes de las clases, tal como le prometimos. Sigue resfriada y ya sabe que, cuando está postrada en cama, está deseando tener un poco de compañía.

—Es verdad, la pobre debe estar muy aburrida —asintió lady Acton—. A ver si mañana me levanto con fuerzas y puedo acercarme a verla. Pero vayan ustedes hoy, me gustaría enviarle algunos libros.

La directora titubeó.

—Preferiría ir personalmente a las caballerizas. —Se encogió de hombros—. Más que nada por no tener que dar a los criados más explicaciones de las debidas.

—Quizá pueda ir Lucy —sugirió lady Acton—. A ella no hay que explicarle nada. Ha estado presente y sabe lo que deseamos. —Hizo un gesto hacia ella—. ¿No es así, querida? Luego podrías aprovechar y almorzar con alguna amiga. Seguro que la señora Burton puede prescindir de ti durante unas horas.

—Sí, por supuesto, milady. —Era una idea estupenda. Eso le permitiría almorzar con Agnes y con Didi, un placer que pocas veces podía permitirse. ¿Lo sabría lady Acton? ¿Estaría al tanto de su relación con la niña? A veces le daba esa impresión. La directora y la señorita Kaye, por el contrario, mostraban evidentes dudas, seguro que incrédulas ante la posibilidad de que alguien como Lucy tuviera alguna amiga por ahí con la que poder almorzar—. Lo haré encantada.

El rostro de la señorita Thompson se iluminó.

—¡Estupendo! Pasa por mi despacho en quince minutos. Te tendré la carta lista.

—Muy bien, señorita Thompson.

—Por cierto, Lucy, eres una mujer afortunada —intervino la señorita Kaye—. ¡Qué retrato más bonito te hizo el señor Perkins!

—¿Eh? —Lucy la miró, demasiado sorprendida como para decir más.

Las otras se dieron cuenta y se echaron a reír.

—Pero conoces al señor Perkins, ¿no? —preguntó la directora.

—Sí… Bueno, apenas. Nos hemos cruzado un par de veces. Sé que

se aloja en The Old Flute y que quiere que pose para un cuadro.

—Eso nos dijo, sí. Que está decidido a crear una obra maestra.

—Sí, cierto. —Lucy puso los ojos en blanco—. Desde luego, no sufre de falsa modestia.

Las otras se echaron a reír.

—No digas eso. Es un hombre muy interesante.

—Y muy guapo —añadió la señorita Kaye—. Perdón, lady Acton.

—No es necesario pedir perdón, querida —replicó la anciana—. Lo único que lamento es no poder ver por mí misma tanto el retrato como a su autor. Me ha complacido mucho conocerlo, es muy culto y agradable. Y me alegra que ustedes piensen que tiene talento.

—Mucho. —La directora la miró con ojos llenos de entusiasmo—. Deberías aceptar su propuesta y posar, Lucy. Tiene varios dibujos tuyos en su cuaderno, todos muy buenos, pero uno es… —Se llevó una mano al corazón, con gesto de deleite—. ¡Oh, es sencillamente maravilloso, en serio!

—Y el de Dottie —añadió la señorita Kaye.

La directora asintió.

—Ese es excelente, también, sí. Y el reverendo Ellis está entusiasmado con su trabajo de restauración. Al parecer ha descubierto que en una escena del monte Gólgota aparecen más figuras de las que se veía a simple vista y…

Lucy dejó de escuchar mientras ellas hablaban de cuadros y restauraciones. ¿La había dibujado Perkins? ¿Y de un modo tan admirable? Cada vez sentía más curiosidad y, a qué negarlo, más admiración, y un cosquilleo cuyo sentido último decidió no investigar. Quizá aquel idiota con pico de oro tuviera razones para alardear de talento y prometer obras maestras. Y, de ser así, ¿no sería conveniente aparecer en ella?

La Mona Lisa. Bufó con disimulo.

Definitivamente, iba a tener que posar para él.

—Pero será mejor que nos pongamos en marcha, o se nos hará tarde —dijo de pronto la directora, levantándose del sillón—. Voy a redactar esa carta. Te espero en mi despacho, Lucy.

—Muy bien, señorita Thompson.

—Espera, voy contigo —dijo la señorita Kaye—. Avisaré a Sally para que venga a atenderla, lady Acton.

Sally era la doncella personal de la dama. Tenía el puesto que Lucy deseaba, aunque no era por eso por lo que no se llevaban muy bien. Sally era una mujer agradable, y había intentado muchas veces forjar una amistad con ella, pero Lucy se había cerrado en banda. No quería trato con nadie, al principio porque odiaba a todo el mundo, y luego, por preservar su secreto. Eso evitaría que insistieran en formar parte de su vida, lo que llevaría a descubrir la situación de Didi.

—Déjala, que descanse, le dolía la cabeza. Cuando se vaya, Lucy puede avisar a Goliath, para que me saque un poco a la terraza. Creo que hace un bonito día, ¿no?

—Precioso, de los que le gustan a usted. —Las dos mujeres fueron hacia la puerta, y dijeron casi al unísono—: Con su permiso, lady Acton.

—Por supuesto —replicó la anciana.

Cuando se quedaron solas, se hizo un silencio extraño, uno que no podía romper el repiqueteo de la porcelana mientras Lucy recogía el servicio de té.

—¿Se encuentra bien, lady Acton? —preguntó, al fin.

—Sí, gracias, querida. Estaba recordando los días en los que posé para el cuadro del vestíbulo. Parecen haber pasado varias vidas.

—Es precioso.

—Sí que lo es.

Lucy titubeó un momento, sin saber si preguntar, pero terminó haciéndolo.

—¿Puedo preguntar en qué pensaba en aquel momento? Cuando estaba posando. Tiene en él una mirada… intensa. Perkins ha dicho… —¿Cómo había sido aquel comentario? Le había parecido conmovedor, de algún modo— que solo el amor hace que los ojos brillen de ese modo, o algo así.

Lady Acton pareció sorprendida. Tardó un segundo en continuar.

—¿Has hablado con él del cuadro?

—Lo vimos juntos, mientras lo acompañaba a la puerta. Por supuesto, se ha detenido a verlo. Le parece maravilloso. —La anciana sonrió—. ¿Quién estaba enamorado, milady? ¿Usted? ¿Él?

—Ah, pequeña… Quizá ninguno. Yo era demasiado joven y él demasiado… eufórico. Suele ocurrir con los artistas. —Sí, era un buen término para Perkins—. Pero sentía algo por él, cierto. Quizá no el

amor intenso que se experimenta cuando se ha convivido tanto con alguien que conoces y aceptas todos sus aspectos, pero sí el romántico, ese enamoramiento juvenil que nos hace sentir… magia en la sangre. —Se encogió de hombros—. Insisto en que fue un enamoramiento juvenil, nada como lo que luego llegué a sentir, al conocer a mi marido. Cuando mi padre ordenó que me pintaran ese retrato, yo solo era una jovencita sin experiencia alguna en el mundo del romance. Y él era tan atractivo…

—Pero ¿quién era? El retrato no está firmado.

—Eres la primera que lo pregunta en muchos años. —Negó con la cabeza—. No, no lo está, cierto. Él no quería reclamar ninguna autoría. Dijo que debía ser totalmente mío. Creo que soy la única que queda que lo recuerda. Y es bueno que sea así. Fue su decisión.

No iba a darle el nombre, estaba claro. Formaba parte de sus secretos más íntimos.

—¿No volvió a verlo?

Una sombra cruzó los ojos ciegos de lady Acton.

—No. Falleció poco tiempo después de pintar ese cuadro. Tuberculosis.

—Lo siento mucho.

—Yo también. Charlamos mucho, él y yo, en el tiempo que duró el trabajo. Él quería convertirse en un gran artista y viajar a París; yo, conseguir un pretendiente que agradara a mi padre y contentase mi corazón. ¡Éramos tan jóvenes los dos, teníamos tantas ilusiones…! Y ya ves. Él murió y yo tuve un matrimonio… irregular que casi me llevó al más absoluto desastre. Pero, sí, conocí el amor, en muchas de sus diferentes facetas, y me siento afortunada por ello.

Llevada por un impulso, Lucy se inclinó y tocó una de las manos de la anciana, en una caricia torpe.

—Yo también me alegro de que lo conociera.

Lady Acton sonrió y palmeó su mano con la que tenía libre.

—Gracias, querida. No deberías mostrarte siempre tan arisca. Tienes mucho que ofrecer.

—No estoy yo tan segura… —Como la anciana no dijo nada, carraspeó y se puso en pie—. Debo recoger todo esto, milady. Tengo que ir a las caballerizas Bissop a llevar ese mensaje.

—Sí, por supuesto. Pero me ha gustado hablar contigo. Supongo

que sabes que siempre puedes acudir a mí, Lucy Campbell, para lo que sea. Llevas años en esta casa, en la que has actuado con más o menos acierto, pero me consta que te esfuerzas y yo sé que tienes un corazón mejor de lo que te gusta demostrar. Por eso sigues aquí, pese a todo.

Lucy se ruborizó. ¿Pese a todo? ¿Qué significaba eso? ¿Que no la había despedido pese a su antipatía? ¿Pese a su pereza inicial? ¿Pese a su secreto del bosque? ¿Pese a sus tretas para sacar un poco de dinero extra de las alumnas?

Abrió la boca para preguntar, pero volvió a cerrarla. Si la acusaba de cualquiera de esas mezquindades, se moriría de vergüenza. ¡Había hecho tantas cosas mal! A medida que Didi crecía, y que temía llegar a decepcionarla en un futuro, más lamentaba muchas malas actitudes y peores decisiones.

—Gracias, milady —dijo al fin, con humildad.

Lady Acton sonrió.

—A ti, querida. Siempre es agradable comprobar que una no se ha equivocado. —Se recostó en la silla, con cansancio—. Por favor, dile a Goliath que venga. Puedo estar recluida en esta silla, anciana y ciega, pero no pienso perderme ni un solo día de sol de este mundo maravilloso.

Capítulo 12

La mañana no había ido mal, o no del todo, al menos. Gerald hizo una mueca al recordar el modo en que lord Southgate flirteaba con Lucy cuando los vio, desde el vestíbulo, en los jardines traseros de Minstrel House. Demonios, debía aprender a contenerse, pero no había podido evitarlo.

¿Y qué habría ido a hacer ese idiota a la mansión? Algo relacionado con su hermana, supuso. Ojalá lo resolviera pronto y se fuese de Minstrel Valley cuanto antes. Su sola presencia lo enfermaba.

«Estás celoso», se dijo, pero ahogó el pensamiento de inmediato.

Gerald suspiró, irritado consigo mismo. Había trabajado un par de horas, muy temprano, en la iglesia, y no tenía obligación de volver. Podría hacerlo, para adelantar tarea, pero prefería disfrutar de esa estupenda mañana y buscar una buena localización para el cuadro de la Dama Blanca.

Un tema más complicado de lo que había pensado en un primer momento. El problema de Minstrel Valley no era qué rincón podía inspirarle como fondo para un cuadro, sino que todos los paisajes que se encontraba a su alrededor merecían perdurar en su propio lienzo, como protagonistas.

Deambulando, llegó a un punto en el que se veía Clifford Manor, con la colina de Scott Hill a su espalda. Un carro lleno de heno se movía por un camino a lo lejos. Algo más cerca, dos muchachas charlaban mientras cargaban entre las dos con una gran cesta que debía pesar lo suyo.

¡Qué estampa maravillosa! El cielo inmenso con un azul sin mácula; la vegetación desbordante de colores, la luz, que lo hacía

brillar todo a su alrededor… Tenía que pintarlo, que dibujarlo al menos. El impulso era demasiado fuerte, de modo que dejó los bártulos en el suelo, junto a una roca.

Acababa de sentarse en ella, con el cuaderno de dibujo sobre las rodillas y el carboncillo en la mano, cuando oyó risas por el camino y vio que se acercaban dos figuras, una anciana y una niña. Las vio surgir de la curva que ocultaba la espesura, paseando y cogiendo flores, y las reconoció al momento.

Eran la hija de Lucy y la anciana que debía ser su abuela paterna, o quizá era que la llamaban así por costumbre. La mujer llevaba un ramo de flores y, de hecho, se detuvo a coger alguna más al paso de los lindes del camino. La niña arrastraba con esfuerzo un bonito carro de madera, en el que iba sentado el perro. Debían estar paseando; por supuesto, de pronto cayó en la cuenta de que la cabaña en la que vivían no estaba lejos de allí.

No lo vieron hasta estar bastante cerca, y entonces el rostro de la anciana se contrajo de preocupación. ¿Le habría reconocido de algún modo? Quizá Lucy le había hablado de él, y al ver a alguien dibujando, habría supuesto de quién se trataba. Debía ser algo así, porque resultó evidente que lamentaba estar ya demasiado cerca como para intentar evitarlo.

Gerald dudó, sintiéndose pillado en falta. Qué absurdo, ¿qué había de malo en que unos desconocidos se encontrasen por casualidad en el camino? Hasta podía aprovechar para desvelar el secreto de Lucy, forzarla de algún modo a contarle la verdad sin tener que confesarle su pequeña bajeza, el hecho de que la había seguido. Si la chismosa de la señora Gibbs no sabía que era su hija, era porque lo tenía oculto…

Pero no, mejor dejar estar el tema. Aunque podía aprovechar y hacerse amigo de la niña. Le gustó la idea.

—¡Eh, señorita! —llamó, cuando estuvieron lo bastante cerca—. ¿Quieres que le dibuje un retrato a tu perro?

Como imaginaba, la niña se detuvo. La anciana también. No dijo nada, pero no se mostró hostil. Más bien, insegura.

—Abuela me dice que no hable nunca con desconocidos —replicó la niña, con lengua de trapo, pero con claridad—. Y mami, que los mire mal.

—¡Didi! —exclamó la anciana.

Qué niña encantadora. Gerald se echó a reír.

—Tu mami es un poco antipática, ¿eh? Pero seguro que también es muy guapa. Tú lo eres. —Ella hizo un gesto casi coqueto que lo enamoró. ¿Quién sería su padre? ¿Lo sabría ella? Carcomido por la curiosidad, se atrevió a preguntar—: ¿Y tu papá? ¿También es guapo?

—Yo no tengo papá. Nací de un beso que mami le dio a una rosa.

—¿De un…? —Gerald parpadeó. Sus ojos buscaron los de la anciana, pero ella rehuyó el contacto. Temió que eso provocase el final de la charla, así que rio, quitándole importancia—. Pues debía ser la rosa más bonita del jardín. —Se sonrieron—. Y tienes toda la razón, señorita, no debes hablar con desconocidos. Por lo tanto, creo que ya deberíamos presentarnos, ¿no opinas lo mismo? —Ella lo miró dubitativa—. ¿Cómo te llamas?

—Didi.

—Didi. Bonito nombre. —¿Sería un diminutivo de Diane? Supuso que sí. Lucy le había puesto a su hija el nombre de su hermana—. ¿Y el perrito?

—Se llama Guapo.

—Ah. —Por Dios, qué triste criatura. No se podía ser más feúcha. Ni más encantadora, pensándolo bien. Tenía unos ojillos enternecedores—. Yo soy Gerald. —Guapo lanzó un ladrido. La niña se limitó a asentir—. Soy pintor. Mira. —Le mostró el cuaderno que tenía sobre las rodillas—. ¿Quieres que le haga un dibujo a Guapo? O a ti y a tu perro juntos. —Volvió a mirar a la anciana, que parecía haber superado el mal momento—. ¿Y a la señora?

La anciana titubeó.

—Muy amable, señor, pero tenemos prisa.

—¿De verdad? Solo serán cinco minutos. Puedo hacerles un retrato juntas. —Sonrió a la niña—. O puedo dibujarte con un dragón. Me salen muy bien los dragones.

Didi lo pensó con seriedad.

—¡Pero vestida de princesa!

—Buena elección, porque lo eres. —Empezó a dibujar—. ¿Ya vas a la escuela, Didi?

—¿Qué es una escuela?

—Eh… Una casa muy bonita donde se aprenden cosas.

La niña lo miró con interés.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas útiles. Historia, aritmética, geografía… —Al ver que su expresión se volvía algo confusa, buscó algo más básico—. A leer, a escribir…

—¡Ah! —Didi sonrió orgullosa—. Mami me está enseñando las vocales. Pronto podré leer muchas historias yo solita.

—Seguro que sí.

—Debemos irnos, de verdad —insistió la mujer, cada vez más nerviosa.

Gerald comprendió que no podía retenerlas más. Sintió una extraña pena. Aquella niña le parecía adorable.

—Muy bien. Yo ya lo tengo listo.

Giró el cuaderno y les mostró el dibujo. Un bebé dragón de aspecto entrañable acariciaba con la cabeza a Didi, que estaba sentada sobre su lomo. La niña aparecía ataviada con un vestido de larga cola y se sujetaba coqueta una bonita diadema de diamantes. A su lado, Guapo sonreía con la lengua fuera mientras guiñaba un ojo al espectador.

—¡Hala! —exclamó la niña, con deleite—. ¡Soy yo! ¡Y Guapo! ¡Qué bonito!

Hasta la anciana sonrió, complacida.

—Es realmente precioso, señor Gerald.

—Solo Gerald, por favor. Gerald Perkins. —Arrancó la hoja y se la entregó—. Es para ti, Didi. De tu amigo Gerald.

—¡Gracias! —Llevada por el entusiasmo, Didi lo abrazó. Él la recibió, confuso y encantado—. ¡Lo guardaré siempre!

Él rio. Intercambió una sonrisa con la anciana.

—Harás bien, porque voy a hacerme famoso, y podrás venderlo por una enorme fortuna.

—¡No! —La niña lo miró como si se hubiese vuelto loco—. ¡Me lo quedo yo! ¡Es para mí!

—Eso es lo mejor que se le puede decir a un artista. Gracias, pequeña. —Le acarició el pelo, sintiéndose emocionado y algo torpe—. Ahora, ve con tu abuela. Ha sido un placer conocerlas.

—Lo mismo digo, señ… Un placer, Gerald —sonrió la anciana, alejándose, con la niña de la mano.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no le había dicho su nombre. Supuso que no importaba, que, de algún modo, aquello era lo

correcto. Con aquel «abuela» era suficiente. Pero sintió el impulso de hablar una última vez con la niña.

—¡Y, Didi…! —la llamó, cuando ya se alejaban por el camino. Las dos se volvieron a mirarlo—. Haz caso de lo que te dicen. No hables con desconocidos y míralos mal. Así.

Arrugó el gesto, como si fuese un ogro amenazador, y la niña se echó a reír. Agitó la manita libre en el aire y se fue con su abuela. Gerald siguió oyendo su voz todavía unos segundos, incluso cuando ya no podía verla, mientras hablaba con la anciana sobre dónde pondría el dibujo. Lo último que le llegó fue un ladrido de Guapo, cuando le preguntaron su opinión.

Qué solo se sintió de pronto en el camino, tras tocar apenas con los dedos el mundo de Lucy. «Es solo porque es mi musa», se empeñó en pensar. Pero ahora sí que estaba totalmente decidido. Recogió sus cosas y caminó de vuelta hacia la escuela, con la esperanza de poder hablar con ella. Y de convencerla.

Capítulo 13

Cargada con una pequeña bolsa de dulces robados de la despensa de Minstrel House, Lucy fue a las caballerizas Bissop, donde encontró a su dueño hablando con varios de sus trabajadores; pero, en cuanto la vio llegar, Dunhcan Bissop lo dejó todo y se acercó a ella con un gesto cortés.

Le caía simpático aquel hombre, además de parecerle muy atractivo. ¿Atractivo? ¡Era guapo a rabiar! Hubo un momento, cuando llegó a Minstrel Valley, que se había preguntado si no sería la respuesta a sus necesidades. Aunque no era exageradamente rico, estaba bien acomodado, y se veía que iba a prosperar más todavía en la vida, con su determinación y su negocio de cría de caballos.

Lamentablemente, al poco de llegar, él había conocido a Valery Sherman, la que entonces era profesora de protocolo, y que luego resultó ser lady Valery, y se había enamorado de ella. Era la eterna historia en la existencia de Lucy: llegaban hombres atractivos y ricos a Minstrel House y apenas le dirigían un par de miradas, al estar escondida bajo su cofia de doncella.

Llegaban y sus ojos la admiraban, pero nunca se detenían. Lucy, la hermosa Lucy Campbell, formaba parte de la servidumbre, así que no importaba, no era tenida en cuenta excepto para lamentar tanta belleza desperdiciada en alguien que no formaba parte de su círculo. Las pupilas de todos aquellos caballeros seguían otros rumbos y terminaban siempre viendo a otras: profesoras, alumnas, familiares de estas últimas…

Mujeres distinguidas, luminosas, que solo servían el té en forma de ceremonia elegante, o que paseaban por los jardines en vez de estar

planchando vestidos ajenos o peinando a otras.

A esas alturas, Bissop y lady Valery llevaban varios años casados y tenían ya dos hijos, la parejita. Por suerte, en ese caso concreto, Lucy solo lo lamentaba a ratos. La vida de aquella gente giraba en torno a los caballos, y ella no sabía montar y detestaba su olor. De haberse casado con ese hombre lo hubiera tenido pegado por siempre a su ropa y su piel. Uf. No. Mejor así.

Tras hablar con el señor Bissop, que afirmó conocer a la persona adecuada para mandarla al norte en una cabalgada infernal que les daría respuestas en pocos días, se dirigió a la cabaña de Scott Hill. Iba contenta y a buen ritmo, por la perspectiva del rato que iba a pasar con Didi, imaginando su carita cuando viera los dulces, pero su sonrisa se esfumó por completo al encontrar en el camino a Gerald Perkins.

Él se detuvo cuando la vio en la distancia, y se quedó allí plantado, con sus bártulos de pintura en la bolsa, el caballete y la gran carpeta de dibujo. «Es un hombre fuerte», se le ocurrió pensar, y se imaginó lo que sería ser estrechada con firmeza entre sus brazos, contra ese pecho. Por supuesto, apartó de inmediato tal pensamiento, rogando por no haberse ruborizado de una forma evidente.

También era un hombre decidido. No perdió la sonrisa ni cuando Lucy le lanzó una mirada gélida. Se sintió tan malvada que no pudo evitar compensarle con un saludo rápido.

—Buenos días —le dijo al pasar por su lado, sin intención de pararse. Aunque no sabía bien hacia dónde ir. Estaban demasiado cerca de la cabaña y no quería llevarlo hacia allí. Quizá pudiese esquivarlo dando un rodeo. Maldito fuera… Ahí se irían al menos diez minutos preciosos.

—Buenos días, señorita Campbell —replicó él. Creyó que había sorteado ese escollo, pero de pronto volvió a oírle hablar y apareció por su derecha, manteniendo su paso, con aire alegre—. Estaba dando un paseo por las ruinas de Scott Hill, buscando localizaciones. Sin demasiado éxito, debo añadir. Quizá usted pueda ayudarme a encontrar el lugar ideal en el que ambientar el cuadro. Justo me preguntaba si dirigirme de vuelta a la escuela, para ver si tenía la suerte de verla otra vez. Y la he tenido, ¿qué le parece?

Lucy puso los ojos en blanco.

—No quiere saber mi opinión, créame.

—Mmm… Sí, me parece que en eso estoy de acuerdo. —¿Acaso no había sido lo bastante desagradable? Pero el maldito no se fue, ni mucho menos. Siguió caminando a su lado—. ¿Me permite que la acompañe un trecho? Me gustaría hacer un nuevo intento de convencerla de posar para mí.

Lucy pensó en lo comentado en el salón de lady Acton. Si ese hombre tenía tanto talento para encandilar de semejante modo a la directora y a la señorita Kaye con sus dibujos, ella tenía que aparecer en el maldito cuadro. No era cosa de perder una oportunidad única solo porque no quería estar cerca de él.

Se le ocurrió imaginar al propio Leonardo da Vinci preguntándole a una tal Sofía si quería aparecer en su siguiente cuadro, y ella negándose una y otra vez, remilgada. «Déjame en paz, Leo, no seas pelmazo». «Vale, pues se lo propondré a Lisa, entonces», replicaba el artista, marcando un nuevo hito en la historia del Arte. ¿Quién no conocía en esos momentos a la Mona Lisa? ¿Y quién recordaba a la tal Sofía?

¡Por Dios, qué tonterías pensaba! ¡Perkins no era Leonardo da Vinci, por mucho que él se considerase poco menos que su mismísima reencarnación! Pero, por si acaso, sería cauta. No se convertiría en una Sofía olvidada.

Eso sí, tampoco cedería fácilmente. No se lo merecía, por ser tan irritante. Una parte perversa de sí misma, y bastante oscura, la llevó a querer seguir jugando con él, de modo que encogió de hombros con indiferencia.

—Creo recordar que eso ya lo hizo, señor Perkins, y que fracasó por completo.

—Gracias por exponerlo de un modo tan amable. —Ella tuvo que contener una risa. Desde luego, le gustaban su templanza y su sentido del humor—. Pero, creo que no lo ha pensado bien. Esto no…

—Le pedí una libra al día y no estuvo de acuerdo. No sé qué más queda por hablar. Adiós, señor Perkins.

—Será posible… —le oyó maldecir entre dientes—. Una libra al día es una exageración, y lo sabe. Demonios, usted trabaja de doncella. ¿Cuánto gana?

Lucy se detuvo y lo miró atónita. Qué hombre exasperante.

—¿Y a usted qué le importa?

—No puede ser mucho. ¿De verdad no le gustaría conseguir un dinero extra? Pero una cantidad que no resulte una locura. Le ofrezco un chelín por hora.

Ella arqueó ambas cejas. Un chelín. En veinte horas, que bien podía sacar a ratos en una sola semana, o como mucho en diez días, reuniría toda una libra. Era un buen dinero, cierto. Más de lo que ganaba en Minstrel House, donde tenía un sueldo mejor de lo habitual para un puesto de doncella, pero no pasaba de las veinticinco libras anuales, más las dos de gratificación que les entregaba siempre lady Acton en un sobre, por Navidad.

Pero ¿podría Perkins hacer frente a semejante desembolso? Estaba por afirmar que no. Aquel hombre debía estar burlándose de ella.

—Señor Perkins, no quiero ser grosera, pero no parece tener usted siquiera un chelín en los bolsillos. No, espere. —Alzó un dedito, que él miró con aire divertido, lo que la indignó más todavía—. Es más que eso. No parece haber visto uno, nunca.

—¿De verdad? —El hombre sacó una moneda del bolsillo de su chaleco y se la tendió—. Por la próxima hora.

Lucy hizo una mueca. Pues sí que tenía el dinero. ¡Maldición! Si aceptaba, perdería buena parte del margen para la visita a Didi, y se resistía a renunciar a ello. Pero el dinero le vendría muy bien. Podría comprar tela para hacer ropa nueva a la niña, y alimentarla mejor. No podía desaprovechar semejante ocasión.

Pero tampoco quería que pensase que cedía solo por el dinero, sobre todo cuando ni siquiera era cierto. Todavía le quemaba aquel comentario sobre lo ambiciosa que era. Si decía ahora que sí, solo confirmaría semejante idea.

Buscó otra causa que pudiera justificar su aceptación. Por suerte, lo tenía fácil.

—La señorita Thompson me ha mencionado que me ha estado retratando en su cuaderno —dijo, y sonó como si lo estuviese acusando de algún delito grave. Él arqueó una ceja—. Quiero ver algún dibujo.

Lo vio dudar. ¿Por qué? No conocía a nadie más pagado de sí mismo que aquel individuo. Lo lógico sería pensar que estaría deseando enseñarle hasta el borrón más absurdo de su cuaderno.

Pero vaciló, y no parecía especialmente feliz con la idea.

—Muy bien —replicó—. Pero sea amable. Fue algo que improvisé de memoria en unos pocos minutos.

Dejó las cosas en el suelo, abrió la carpeta, sacó el cuaderno de dibujo y buscó. Se lo tendió abierto por una página en concreto.

Lucy lo tomó y se vio a sí misma, dibujada al carboncillo, con líneas muy negras, firmes, y zonas difuminadas en gris. Aunque aparecía seria, fría y lejana, miraba fijamente al espectador, de un modo intenso y, a qué negarlo, pasional, lleno de vida. Había tanta fuerza en él que costaba apartar las pupilas de aquellos ojos grandes y expresivos. Enigmáticos.

Ojalá fuera así su retrato, el pintado por lady Harmony. Aquel óleo no era malo, en absoluto, y contenía su belleza como si fuera una redoma que la protegiera del paso del tiempo. Lo que le había pedido, en realidad. Sin embargo, en comparación con aquel sencillo dibujo que tenía entre las manos, era como una estatua de mármol: algo bello, pero sin auténtica existencia.

Lucy agitó la cabeza y, casi sin pensar ello, pasó la página.

—¡No! —exclamó él, aunque ya era tarde.

Una vez más, se estaba viendo a sí misma, pero era una Lucy a la que ya no estaba acostumbrada. Aparecía sonriendo. ¿Cómo había descubierto Perkins aquella expresión?

¿Cuándo había sonreído en su presencia? Nunca, que ella supiera. ¡Y de ese modo! Tan completo, tan sincero… Casi podía ver su corazón a través de aquellos ojos tan llenos de amor. Así solo estaba con Didi, en su mundo secreto.

Ojalá fuera así su retrato, volvió a lamentar. Pero a lady Harmony no se le había ocurrido pedir que sonriese, porque no sabía que hubiese otras facetas de Lucy Campbell, creía que era así, tal cual la estaba viendo, como la había visto siempre.

Lady Harmony la conocía desde hacía años, pero no había sabido captar su alma. Perkins, en pocos días, la había plasmado con una habilidad pasmosa.

—¿Para qué me necesita? —musitó. Hasta le costaba hablar—. Está claro que puede dibujarme sin verme.

Él también parecía perturbado, pero carraspeó y recuperó el cuaderno.

—No es lo mismo. Llevé a cabo estos dibujos por puro placer y en unos minutos. No son totalmente perfectos, pero me daba igual. —¿No eran perfecto? Ella se había visto en cada línea y en cada rasgo—. Para el cuadro necesito visualizar cada detalle, cada sombra, cada pliegue de la ropa, en un trabajo minucioso. Y, cuando la vi en Legend Square… —De nuevo aquella mirada intensa en los ojos de Perkins—. ¡Por Dios! Usted es lo que he estado buscando. Lo siento, Lucy, señorita Campbell, pero es que es así. —Se llevó una mano al pecho—. Lo siento aquí, muy profundo. No conozco las razones pero sé que, si cuento con su participación, no puedo fracasar.

Lo miró divertida. No pudo evitarlo.

—Su musa, ¿no?

—Exactamente. Mi musa. Eso es usted para mí. No me pregunte por qué. —La señaló con la palma hacia arriba—. La vi y sentí que ahí estaba, la base, el detonante, la fuente… Imaginé el cuadro ese mismo día y ardo en deseos de convertirlo en algo real, algo físico, para que todo el mundo pueda contemplarlo.

—Suena más supersticioso que artístico.

Él sonrió apenas.

—No lo niego. Pero voy a aferrarme a lo que sea, con tal de triunfar. Ya se lo dije, esto tiene que salir bien. Me lo juego todo a ese cuadro.

—¿Por qué?

Perkins titubeó y tardó un segundo de más en responder.

—Porque tengo que convencer a alguien de que tengo el talento necesario para poder vivir de la pintura y llegar a crearme un nombre en el mundo del arte. Solo dispongo de una oportunidad.

De modo que había alguien detrás de todo aquel asunto, alguien seguramente rico, que sufragaría su obra si demostraba que merecía la pena. ¿Sería una mujer? ¿La misma que le regalaba perfumes y se ocupaba de que contase, aunque solo fuera de vez en cuando, con un buen barbero?

Al pensarlo, volvió a sentir un absurdo ramalazo de celos. ¿Por qué se irritaba tanto, qué podía importarle a ella que aquel hombre, aquel absoluto desconocido, tuviera una amante tan vieja como rica? Lo apartó al momento, molesta consigo misma.

—Hoy solo dispongo de treinta minutos —decidió decir por fin,

optando por un término intermedio. De paso, podría ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar—. Pero me quedo con este dibujo. Y me pagará el chelín completo.

Perkins sonrió de oreja a oreja, con expresión de triunfo.

—Hecho. Pero con la condición de que acepte ser mi modelo para el cuadro, durante todo el tiempo que necesite para pintarlo. No quiero que mañana o pasado cambie de opinión y me deje con el trabajo a medias. ¿Tiene familia que pueda interrumpir de algún modo? Prometido ya sé que no, al menos de momento. Está pendiente su aspiración al título de lady Southgate.

Lucy frunció el ceño, inquieta por la referencia a la familia y molesta por la mención de Southgate.

—Vamos a dejarlo en que nada de eso estorbaría en su trabajo.

—¿Seguro?

—Seguro.

Perkins entrecerró los ojos.

—Muy bien. Pero me gustaría reforzarlo de algún modo. Digamos que, si tiene familia que pueda necesitar su tiempo…

—Ya le digo que no tengo familia. ¿Por qué insiste en eso?

Él la miró con tal intensidad que la hizo estremecer por dentro. «Oh, Dios, lo sabe», se dijo un segundo antes de descartar el pensamiento por absurdo. Era ridículo, claro que no lo sabía. No tenía ni idea de la existencia de Didi, ni de su mundo secreto de la cabaña del bosque.

—Bueno, supongamos que la tuviera —insistió él—. Y supongamos que surgiera algún percance, no habría problema alguno en anular la sesión de posado. Pero, si fuera por querer pasear como una tonta con lord Southgate, me pagará usted a mí un chelín de penalización.

Ella se cruzó de brazos. Fue su turno de estudiarlo con fijeza.

—¿Quién estaba suplicando por mi tiempo al inicio de esta negociación? —preguntó, enojada.

Perkins carraspeó.

—Eh… Yo.

—Eso me parecía. Pues entonces, olvídese de imponerme reglas o penalizaciones solo porque está celoso.

—¿Celoso yo?

—Sí, no sé por qué, puesto que ni nos conocemos ni tenemos

relación alguna, pero creo que es así. Una cuestión territorial entre lord Southgate y usted, supongo, en la que, por desdicha, me he visto atrapada en medio. Ambos quieren imponerse al otro, me utilizan para ello, y se enfrentan como toros bravos. Dígame que no, si se atreve. —Perkins abrió la boca, pero terminó cerrándola. Incluso apretó los labios, contrariado—. Lo más que haré será intentar avisarle con tiempo, si me surge algo. Y yo decidiré cuándo posar y cuántas horas.

—No. Eso no —descartó él, rotundo—. Tenemos que acordar sesiones y días concretos si no pueden ser toda la semana. —Se encogió de hombros cuando vio que iba a protestar—. No es caprichoso ni opcional, señorita Campbell, sobre todo a medida que avancemos. Quiero que se vista y se arregle para ello, no puede ser algo improvisado.

—¿De qué demonios quiere que me vista?

Perkins sonrió de oreja a oreja.

—Va a ser mi Dama Blanca.

—¿Yo? ¿La Dama Blanca? ¿La de la leyenda? —insistió, tan sorprendida que quiso asegurarse. Él asintió y Lucy lanzó una carcajada—. Está usted loco, Perkins. La Dama Blanca era rubia y lánguida. Y tonta, si me apura, por creer en ilusiones como el amor verdadero. Le aseguro que no puedo parecerme menos a alguien así.

—Ya, bueno… —Los ojos del hombre se dirigieron hacia los rizos que escapaban de su sombrerito—. Quizá cambie el color de su cabello, sí, pero eso es lo de menos. Lo que busco es su rostro, y su mirada. Es usted muy hermosa, Lucy, pero, sobre todo, muy expresiva.

—¿En serio? Siempre me han dicho justo lo contrario.

—Eso es porque no saben mirar.

Iba a llevarle la contraria, pero al recordar el dibujo de la sonrisa, no pudo hacerlo. Él sí que había sabido ver más allá de su expresión gélida y de la distancia que marcaba con todos. Había llegado a la Lucy auténtica, la que quedaba de los tiempos previos a la muerte de sus padres. La que amaba y reía, sin pesos en el alma.

«¿Cómo pudo descubrirme, estando tan oculta?», volvió a preguntarse, con cierta sensación de maravilla. Y con miedo. Si se confiaba, aquel hombre podía romperle el corazón. También McAllister parecía un hombre agradable, también se ganó sus afectos y los de Diane.

Por eso pudo destruirlas, a ambas…

—Podría conseguir una hora al día.

—Como mínimo.

—Como mínimo, pero no podría alargarlo mucho, porque sería a partir de las seis, quizá las siete de la tarde.

—¿Qué? —La miró como si se hubiese vuelto loca—. Pero ¿qué dice? Imposible. El sol no se atiene a consideraciones, señorita Campbell. Necesito que sea antes, a mediodía preferiblemente.

—¡Pero si va a pintar a la Dama Blanca! Solo se la ve de noche.

—Ya, bueno… Pero yo solo veo de día. No puedo pintarla a medianoche, sin ver siquiera dónde tengo el lienzo.

Lucy bufó, pensando con rapidez.

—Muy bien. Dado que a la directora le gusta tanto su trabajo, quizá me den un rato libre sobre… No sé, de una y media a dos y media. ¿Le vendría bien entonces?

—Perfecto. Podemos reunirnos aquí, mañana a esa hora. Si hay algún cambio, mándeme nota a The Old Flute.

—Muy bien.

Perkins estaba recogiendo sus cosas. Lo vio dirigir las pupilas hacia lo alto.

—Cada vez hay menos luz —dijo—. ¿Le parece que haga unos bosquejos en el tiempo que nos queda?

—Como quiera —replicó, desabrida. Asustada—. Usted paga.

Él bufó. No se sintió mejor por ello.

—Venga conmigo.

Capítulo 14

Sin darle tiempo a reaccionar, Perkins salió del camino y se internó en el bosquecillo cercano.

Lucy vaciló un momento. Ella no era una dama, ni Minstrel Valley era Londres. Allí las normas eran más relajadas. Que la encontraran en el bosque a solas con un hombre no suscitaría demasiado escándalo, más allá de tener que soportar durante una temporada las diatribas desde el púlpito del reverendo Ellis o los comentarios venenosos de la señora Cotton.

Pero si se enteraba lord Southgate, se estropearían todos sus planes. Si había alguna posibilidad de boda con aquel hombre, pasaba por el hecho de que pensase que iba a ser el primero en acostarse con ella. Claro que, no podía perder un chelín solo por un hombre que ni había empezado a cortejarla…

Además, estaba atardeciendo y se encontraban por una zona poco transitada, y más a esas horas. Sería mucha mala suerte que pasara alguien en el poco rato que iban a permanecer allí.

—¿Adónde va? —le preguntó de todos modos, yendo tras sus pasos.

—Estamos cerca de un sitio que… si no me he perdido, era por aquí. Ah, sí. ¡Menos mal! Pasé por aquí antes. ¿No es bonito? —Salieron a un pequeño claro en el que había algunas piedras cubiertas de verdín y un tronco caído. Perkins lo señaló—. Siéntese ahí. —Lucy fue hacia allí, dejó la bolsita de los dulces a un lado y se acomodó, muy tiesa. ¡De pronto había tanto silencio! Él se echó a reír—. No, por favor, Lucy, que no parezca que se ha tragado una escoba. Relájese y disfrute.

Disfrutar. Como si pudiera hacerlo, con lo nerviosa que le ponía el tenerlo tan cerca, y en un sitio como ese, donde parecía no existir más mundo que el pequeño claro entre árboles en el que se encontraban.

—¿Quién es esa persona a la que tiene que demostrar su valía? —preguntó a bocajarro, antes de darse cuenta de que iba a hablar. Por Dios. Había querido romper aquel silencio, pero no estaba segura de que fuese buena idea sacar semejante tema. Sobre todo porque, por alguna razón incomprensible, se sentía muy irritada por ello. Trató de disimularlo, y se encogió de hombros—. Aunque ya supongo que es la misma que le compra perfumes caros.

Él, que buscaba acomodo en los alrededores, la miró con sorpresa.

—¿Qué? ¿A qué se refiere?

—Vamos, ya hemos hablado de ello. Alguien cuida bien de usted, Perkins. Puede ser sincero. Al fin y al cabo, debe haber confianza entre el artista y su musa. Prometo no escandalizarme, pero reconozco que me intriga. ¿De dónde saca el dinero? No será de vender dibujos. Ya quedamos en que moriría de hambre abrazado a ellos.

Perkins arqueó una ceja. De pronto sonrió y le devolvió la respuesta que le diera ella antes.

—¿Y a usted qué le importa?

Lucy le frunció el ceño.

—Bueno, si lo piensa bien, no es lo mismo. Estoy sola con usted en un bosque, y puede que sea un delincuente.

Él lanzó una carcajada.

—Pues no sería un gran delincuente, si vivo en la miseria.

—Una miseria bien perfumada. Y quizá sea uno astuto.

—Quizá… —Se encogió de hombros mientras retomaba su búsqueda de asiento. Eligió una roca cercana, lo bastante plana en su parte superior como para no resultar del todo incómoda—. Siento decepcionarla, señorita Campbell, pero no soy un delincuente. Lo que ocurre es que tengo un benefactor muy generoso.

—Un benefactor muy generoso —repitió Lucy con ironía.

—Sí. Un mecenas. ¿Sabe lo que es eso? Sí, claro que sí. Como sabe quién fue Leonardo o qué es la Mona Lisa. O esa impresión me dio. Estoy seguro de que ha recibido una buena educación.

Lucy titubeó. ¿Le habría contado algo Dottie sobre su infancia en Minstrel Valley? Quizá, aunque Dorothy Smith siempre había sido una

joven muy discreta, y hacía muchos años que no se trataban. Tampoco era nada que tuviese importancia. En realidad, aunque recordaba haber recibido lecciones de su madre, que se esmeraba por darles una buena educación pese a su pobreza, todo aquello se había interrumpido tras su muerte, y durante años apenas le importó nada que no fueran los chismes de los vecinos.

Rumores que, ahora se avergonzaba de ello, procuraba aumentar y expandir para hacer daño, siempre por culpa de ese rencor que sentía por todos.

Por abandonarlas. Por dejarlas a Diane y a ella en manos del monstruo.

Solo últimamente, con los muchos cambios que se habían dado en su vida, había dedicado tiempo a leer y a tratar de aprender cosas, para poder educar a Didi como su madre las educó a ella y a Diane.

Pero Perkins pensaba que era más culta de lo que realmente era. Aquello la hizo sentir orgullosa de sí misma y le soltó la lengua.

—Me fijo, a veces, cuando las alumnas están estudiando. Me gusta la Historia, la Literatura y el Arte, y odio la Aritmética. —Al momento, lamentó haber hecho tantas confidencias. Casi había olvidado que no debían acercarse demasiado. Carraspeó—. Además, recuerde que vivo rodeada de ricos. Pero esas gentes solo comparten sus fortunas con aquellos artistas que están de moda por una u otra razón. Y seguro que estaremos de acuerdo en que no es su caso.

—¿Y cuál es mi caso, si puede saberse?

Lucy titubeó. Bah, ¿por qué no decirlo?

—Sospecho que lo que ocurre es que ese benefactor es en realidad una benefactora. Que tiene usted por ahí alguna amante entrada en años y bien acomodada. —¿Por qué sonó tan llena de rabia? Había querido mostrarse indiferente, quizá incluso divertida, pero no fue capaz. Le oyó reír y lo miró molesta. Él había abierto su carpeta y buscaba algo en una cajita. Sacó un carboncillo—. Quizá una de las esposas de los lores que están ahora mismo discutiendo tonterías en el Parlamento mientras ellas se aburren y no saben con qué entretenerse. Y, sin duda, la misma que se ocupa de que usted tenga el cabello impecable y que huela a jabón y perfume caros.

—Muy perspicaz. Y eso que tuve que ir a una barbería del pueblo, y no es lo mismo. —Hizo una mueca—. Bueno, tampoco debería ser

tan crítico, el señor Willard hizo lo que pudo. No es el mejor corte que he recibido, pero tampoco está tan mal.

Ese comentario la dejó más atónita todavía.

—¿Quién es usted, Perkins? Todo eso denota un interés por su atención personal que no concuerda con alguien acostumbrado a la miseria, tan lleno de remiendos y…

Él se encogió de hombros y la interrumpió sin cortesías.

—No le dé más vueltas. Estoy lleno de contrasentidos, lo sé. Qué le vamos a hacer. Espere. —Dejó sus cosas, se levantó, fue de nuevo hacia ella y tiró de la lazada del sombrero. Sucedió todo tan rápido que Lucy ni tuvo tiempo de pensar en oponerse—. Fuera esto, quiero ver bien su rostro, su cabello… La espalda más recta, vamos. Estire el brazo —siguió, mientras la movía como si fuera una muñeca—. Esta pierna, más baja. Inclínese así, como si estuviese cavilando… en quién soy yo.

Oírle reír la mortificó.

—Petulante. ¡Como si me importara!

—De no ser así, ¿a qué viene tanta pregunta?

Perkins estaba muy cerca, tan cerca que Lucy pudo ver las chispas de luz de sus iris. Las observó fascinada y parpadeó, otra vez sobrecogida por aquella sensación extraña, esa atracción que…

No. Se negaba a admitirlo.

—No es más que pura curiosidad.

Él sonrió. Maldito… Qué guapo estaba. «No, no, no. No es el hombre que te conviene», se recordó, una y otra vez. Ella iba a ser la condesa de Southgate, se lo había propuesto y pensaba conseguirlo. No podía enredarse con alguien como Perkins, el mantenido de una mujer rica y voluble que podía darle la espalda en cualquier momento. Ya había habido suficiente miseria en su vida.

—No sé en qué demonios está pensando —dijo él, que de pronto no parecía complacido—. Pero intente mantener esa mirada. Es interesante.

—Yo no…

—Quieta, quédese así. No se mueva. —Volvió a su lugar y Lucy lo observó discretamente durante unos minutos, mientras Perkins trabajaba con mano firme y experta sobre el papel. Parecía absorto, aunque fue él quien inició la siguiente conversación—. Para el cuadro

final necesitará un vestido, algo vaporoso, con mucho vuelo. Seda, gasa… Una capa a juego sería ideal. ¿Tiene algo así?

Lucy, que había ido mostrándose más y más incrédula, bufó.

—Por supuesto. Puede servir el que llevé a mi último baile. O quizá el que voy a estrenar en el próximo. De no ser así, encargaré algo en Londres. Voy cada dos por tres al local de la modista *madame* Didiane, donde charlo con mis amigas, condesas, marquesas y hasta alguna que otra duquesa.

Perkins arqueó una ceja, con fastidio.

—¿Por qué tengo la impresión de que está siendo sarcástica?

—Quizá porque lo estoy siendo. ¡Soy una doncella! ¿Cómo se le ocurre que pueda tener algo así? Trabajo cada día con vestidos preciosos, a veces auténticas maravillas… —añadió al cabo de unos segundos, sin poder ocultar su profunda amargura—. Los lavo, los arreglo, los plancho con mimo, para que queden prefectos. Pero no me pertenecen.

Él la miró con un atisbo de pena.

—La vida es injusta.

—Ni se imagina cuánto.

—Si quiere, puede contarme sus cuitas —propuso él, volviendo al dibujo—. Soy bueno escuchando, y, como usted ha indicado antes con tanto acierto, no debería haber secretos entre artista y musa.

Lucy lanzó una carcajada.

—¿Convence a muchas musas de eso?

—No. Es usted la primera que tengo. —Lo miró sorprendida, pero no dijo nada. Perkins agitó la cabeza—. No la culpo por lo de antes, eso de hacerme tantas preguntas y de presuponer cosas de mi vida. Entiendo que tenga curiosidad sobre mí, yo la tengo sobre usted. Por ejemplo, querría saber… —Se interrumpió y apretó los labios, descartando lo que fuera con un gesto—. Da igual.

—No, adelante —lo animó, intrigada.

—De verdad que no importa. —Pues muy bien. No sería ella quien insistiera, si no importaba. Perkins dibujó un poco más, en silencio. Luego, añadió—: No es que no me interese, al contrario. Usted es mi musa, por lo tanto, me fascina, y hay preguntas que me gustaría hacerle y respuestas que me encantaría recibir. Pero no es necesario. Soy un hombre respetuoso con los secretos ajenos.

—Yo no tengo secretos.

—¡Ja! Todos tenemos secretos, señorita Campbell. Un cúmulo de sueños, de pequeñas bajezas, de ilusiones absurdas, de situaciones que nos avergüenzan o que, simplemente, no queremos compartir con nadie… Son cosas que ocultamos en un espacio muy profundo de nuestro interior, reservado para nosotros mismos. Y, a veces, es muy importante no solo respetar ese… rincón en los demás, sino, incluso, aceptarlo y quererlo como propio, llegado el caso.

—No entiendo. ¿Quererlo como propio? ¿A qué se refiere?

—Al amor, claro está. Mi madre siempre decía que el amor verdadero es el arte de amar los secretos del otro. —Sonrió, otra vez con tristeza—. O, lo que es lo mismo, querer de la persona amada incluso lo que te oculta conscientemente, porque no desea compartirlo ni siquiera contigo.

—El arte de amar los secretos del otro… —repitió Lucy en un susurro, casi sin darse cuenta, seducida por aquella hermosa idea. Sin duda alguien que se entregaba y aceptaba hasta ese extremo, sí que debía estar muy enamorado.

Él alzó la vista y se miraron.

Una ráfaga de brisa, suave y cálida, se deslizó jugando entre ellos, levantando un rumor en ramas y hierba que casi podía ser confundido con una melodía. Lucy era de Minstrel Valley: por supuesto, pensó en el juglar y en la música que, se decía, seguía escuchándose en sus bosques.

Tonterías, todo eran tonterías, claro está. Pero, en ese lugar, en ese momento único, lo sintió como muy cierto.

La realidad se estremeció a su alrededor mientras aquel hombre pasaba de ser un desconocido al que podía mantener a distancia sin prestarle apenas atención, a ser alguien que amenazaba con entrar a formar parte del mundo de sus recuerdos.

De pronto, Lucy sintió unas ganas inmensas de llorar. Algo se estaba resquebrajando en su interior y no podía permitirlo.

Se puso en pie de un salto.

—Debo irme —declaró, agitada.

Él arqueó una ceja.

—¿Adónde?

—No es asunto suyo. —Buscó el chelín y se lo tendió—. Tenga. Ya

me pagará, cuando…

—No. Quédeselo, por favor. Es suyo. Y esto también. —Perkins arrancó la hoja de la carpeta y se la tendió—. Se lo ha ganado. La sesión casi ha durado el tiempo que acordamos.

Lucy contempló el dibujo con asombro. Entendía poco de arte, pero tenía instinto para saber cuándo algo tenía calidad, y aquel carboncillo la mostraba en cada trazo. Hasta la composición había sido cuidada con mimo.

Se la veía a ella sentada en el tronco caído, entre los árboles, hermosa, joven y pensativa, con una sonrisa ligera en los labios. Sus ojos casi parecían brillar, imbuidos de una expresión intensa, y los rizos que escapaban de su moño, agitados por la brisa, enmarcaban su rostro de un modo encantador.

Era un retrato bellísimo, y muy vivo. Y era obra de Perkins, lo había hecho en unos pocos minutos… Los ojos de Lucy volaron hacia él, que la miraba de aquel modo que tanto la perturbaba, y la atracción que ejercía sobre ella aumentó de tal manera que sintió que se mareaba. Había algo casi mágico en la capacidad de crear algo así. De ser capaz de sentarse sobre una roca, en un bosque, y atrapar de ese modo magistral un instante del tiempo. Ese rato que había pasado con él allí viviría por siempre y para siempre, mientras existiera ese papel.

Y ella jamás podría olvidarlo…

Sintió que le faltaba el aliento.

—Es hermoso… —musitó.

—Pues lo he trazado en unos pocos minutos, sin más intención que empezar a familiarizarme con su rostro. Hágase una idea de cómo puede quedar la obra que estoy imaginando, con usted encarnando a la Dama Blanca.

Perkins sonrió. Dejó sus cosas, se puso en pie y avanzó en su dirección hasta quedar frente a ella. Alto. Cerca. La brisa le trajo su olor, ese perfume caro que ya jamás podría percibir sin pensar en él. Los latidos del corazón de Lucy se aceleraron, golpeaban tan fuerte en su interior que llegaban a hacerle daño. Y no era el «tan tan, tan tan» habitual, aquel tañido sin mensaje que hablaba solo de sí misma.

«Es él, es él», decían claramente esa mañana, pese a que ella luchaba con todas sus fuerzas contra la sensación de fatalidad que

dejaban a su paso. Era él y no habría otro, nunca, porque el amor verdadero, ese que empapaba la tierra de Minstrel Valley desde hacía siglos, que volvía frescas y dulces sus aguas, que impulsaba aquella brisa que arrancaba música del mundo, era algo demasiado valioso, único. Algo que solo se daba una vez en la vida.

Perkins se inclinó un momento para coger el sombrerito que había quedado sobre el tronco, con los largos lazos ondeando con la brisa.

Se lo tendió.

—Váyase ahora, Lucy —dijo, con voz densa, que provocó un estremecimiento a lo largo de su columna vertebral—. Haga lo que tenga que hacer, conserve sus secretos, si es lo que desea, pero vuelva a mí. La espero aquí mismo, mañana a la una y media. No falte. No puedo hacerlo sin usted.

¿Qué era lo que no podía hacer sin ella? ¿El cuadro? No. Quizá lo pensaba, quizá lo dirían sus labios, si preguntaba. Pero sus ojos expresaban algo muy distinto. «Vivir», creyó leer en sus pupilas, en un mensaje que se mecía, de un modo totalmente armónico, con aquel latido.

«Es él, es él, es él».

Ella lo miró una última vez, dio media vuelta y se alejó tan rápido como pudo.

No intentó ocultar que era una huida.

Capítulo 15

—¡Mira, mami! —le dijo Didi nada más entrar.

Lucy sonrió y le dio un beso antes de ver qué era lo que le estaba enseñando. Un dibujo. Un dibujo del mismo estilo de trazo y en el mismo tipo de papel del que ella llevaba en la mano.

Atónita, Lucy tomó el de Didi y lo estudió al detalle. Se veía a la niña, ataviada como una princesa, sentada sobre un dragoncillo, con Guapo a su lado. Era una preciosidad. Y era obra de Perkins.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo…? —preguntó, con la sensación de que era imposible oponerse. Si se le metía en el corazón, jamás podría escapar de él.

Se volvió hacia Agnes. La anciana la miró con expresión grave. Caminó hasta estar a su lado, simulando estudiar también el dibujo, y le habló al oído, en un cuchicheo:

—Estaba sentado en el camino, dibujando. Creo que ha sido pura casualidad, aunque… no sé, me ha dado la impresión de que nos conocía.

El corazón de Lucy dio un vuelco en su pecho. Aquella insistencia por si tenía familia… Cierto que podía ser simplemente un efecto de sus nervios, del esfuerzo por mantener el secreto, ¡pero le había parecido tan real!

Y luego, cuando habló de los secretos, del arte de amar y respetar aquel espacio íntimo de cada cual… ¿Por qué le dio la impresión de que se refería a algo concreto?

¿A eso?

—¿Que os conocía? —dijo, sin embargo, en el mismo tono. Didi estaba dando besitos a Guapo, por haber posado tan bien para el

dibujo—. Imposible.

—Eso me he repetido una y otra vez. Seguramente me equivoqué. Yo…

—¿Qué es eso, mami? —Didi, otra vez junto a ella, le cogió el papel de la mano y contempló el dibujo en el que aparecía sentada en el tronco de un árbol—. ¡Oh, ah! ¡Qué guapa! ¡Es precioso!

—Sí que lo es —convino Agnes, mirándola de reojo.

—¿A que dibuja bien Gerald? —Lanzó una risita—. ¡Es mi amigo! ¡Y es muy guapo!

«Oh, Dios, sí que lo es», pensó Lucy, recordando el aviso de su corazón. El anuncio. La llamada. Se llevó una mano al pecho, intentando acallarlo.

A su lado, Agnes puso una mano en los hombros de la niña y la condujo hacia el pasillo de la cabaña.

—Didi, se me ocurre una cosa. Ve a tu habitación y dibuja también a Guapo. Así pondremos tu dibujo con los de Gerald. Mami irá a verlo dentro de cinco minutos.

—¡Vale! —aceptó la niña con entusiasmo, y se fue dando saltitos, seguida de Guapo.

Agnes miró a Lucy.

—Como te decía, me dio esa impresión, que nos reconoció de algún modo, pero no puedo estar segura. —Se encogió de hombros—. Aunque, bueno, yo lo reconocí al momento, y no lo había visto nunca. Lo supe por lo que me has contado, y porque estaba dibujando, claro está.

—Pero yo no le he hablado de vosotras. Jamás lo hago, con nadie, como bien sabes. Me lo has reprochado muchas veces.

Agnes agitó la cabeza.

—Hubiera sido más fácil explicar la situación desde el principio.

—¿Y dejar que todas esas malas víboras hablasen todavía más de Diane? No, jamás. Hablarían de ella y, cuando Didi creciese, lo sabría, y se encontraría con el rechazo de todos.

—Podríamos haber dicho que se casó. No sé, haber inventado una historia.

—Nadie lo creería. Nadie querría creerlo. Y por aquel entonces tú bebías mucho, hasta te escapaste alguna vez hasta la taberna de Las Ruinas. —Se refería a un tugurio cercano a la cabaña, en el camino al

norte, pero fuera ya de las tierras de Minstrel Valley. Lady Acton jamás hubiera permitido un antro así en su pueblo—. No podía estar segura de si mencionarías o no el burdel en el que la conociste.

Agnes enrojeció.

—Tienes razón. La culpa es mía.

—No, no, Agnes. La culpa es de esa gente, por su intransigencia, por su maldita visión del mundo. Se consideran buenos y piadosos, ejemplos a seguir, pero no son más que canallas. Jamás condenarían a mi abuela, que es la que dejó a mi desventurada hermana a su suerte. No. La culparían a ella, una niña engañada, asustada y abandonada. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por eso los odiaba. Aún los odio, a veces.

—No todos son así, lo sabes. Y menos en Minstrel Valley. Aquí la gente es muy amable.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo arriesgarme. Es la reputación de Didi. Tiene que ser intachable cuando, el día de mañana, convertida en una señora, la acoja como pupila y la envíe a Minstrel House. Si es que consigo algún día salir de tanta miseria, claro. —Se llevó otra vez la mano al corazón —. Ahora no solo tengo que luchar contra el mundo, también contra mí misma.

Agnes la estudió con perspicacia.

—¿Qué pasa, niña Lucy? —Ella hizo un gesto para quitar importancia al momento, pero la anciana no se dejó engañar—. Supongo que acabas de estar con él.

—Sí. Me lo encontré en el camino hacia aquí.

—No estaba lejos cuando lo vimos nosotras —asintió Agnes—. ¿Y? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, Agnes. Ha sido… extraño. —Tenía que compartirlo con alguien. ¿Por qué no con ella?—. Hasta me ha dado la impresión de escuchar una música en la brisa.

—¿Música? —Agnes sonrió divertida—. ¿Te refieres a la melodía del famoso juglar?

—No te burles. Es obvio que ha sido una alucinación. Una tontería.

—Yo no he dicho eso, niña Lucy. De hecho, es conmovedor. Ojalá exista de verdad ese amor verdadero, y tú puedas vivirlo. Te lo mereces.

«No podré», pensó ella, asustada. Si era con Perkins, no podría. No quería compartir su pobreza, bastante tenía con la suya.

—No sé por qué me pongo así cuando estoy a su lado —musitó.

—¿No lo sabes? —Agnes sonrió con más amplitud—. Pues yo te lo diré: ese hombre te gusta. Mucho.

—¿Qué dices? No he conocido individuo más irritante.

—¿De veras? Pues yo diría que esa es una buena prueba de que tengo razón. Te estás enamorando, niña Lucy.

Lucy se echó a reír, aunque no tenía muchas ganas.

—Acabo de conocerlo. Es imposible que…

—He dicho enamorar, no amar. No sé por qué la gente tiende siempre a confundir ambos términos, y se empeñan en negarle todo valor a un flechazo, con la intensidad de emociones que desata algo así. Como si enamorarse tuviese que implicar ya de por sí amar con pasión a la otra persona. Un «O todo, o nada». No, en absoluto.

—¿Y qué es, entonces?

—Ah, niña Lucy… Enamorarse es vivir un destello, una ilusión repentina y sin auténtica sustancia, pero que nos devora por completo. Es un calor urgente en la sangre, algo que nos hace sentir muy vivos, pero que no tiene por qué responder a nada en realidad, salvo a una simple atracción física. Un lugar, un momento y la persona adecuada, no se necesita más. Yo me he enamorado muchas veces a lo largo de mi vida, en unas ocasiones con más intensidad que en otras, pero nunca había amado a nadie, hasta tener en mis brazos a Didi.

Lucy sonrió con calidez. Luego, se abrazó y se dirigió a la ventana. Miró al exterior.

—Hoy también he visto a lord Southgate.

—Ah. El otro caballero. Ese es el problema.

—Sí, es un problema. Me ha invitado a pasear mañana. Creo que le intereso. —Y no solo por ella. Estaba aquella competición que mantenía con Perkins y que posiblemente jugara a su favor—. Que, con un poco de astucia, podría llegar a conseguir de él una propuesta matrimonial.

—¿De un conde? ¿Estás segura?

Ella dudó. Repasó los últimos años, todas sus meteduras de pata y sus esperanzas rotas.

—No. Pero creo que tengo una oportunidad. —La anciana no dijo

nada, así que Lucy se volvió hacia el interior de la casita y la miró. Agnes estaba junto a la cocina, avivando el fuego para calentar el almuerzo—. ¿Qué piensas?

Agnes se encogió de hombros.

—Que, o mucho me equivoco, o con él no has escuchado música.

«Maldita sea», pensó Lucy.

Capítulo 16

Gerald y Lucy empezaron a reunirse cada día para trabajar en el cuadro. Tras buscar mucho durante la primera jornada, discutiendo hasta el mínimo detalle, habían escogido un punto concreto de las ruinas de Scott Hill, donde la vegetación era especialmente densa y lóbrega.

Lucy había sugerido que apareciera en el cuadro alguna sección del viejo castillo, pero él prefería solo bosque.

—No, no. Sí ponemos unas ruinas, ya estamos dando una indicación de tiempo —le había dicho, aunque no estaba seguro de poder explicarlo correctamente—. Y quiero que la figura del fantasma de la Dama Blanca sea por completo atemporal. Que pueda imaginarse incluso en la época remota en la que surgió la leyenda, cuando tuvo lugar su tragedia.

Ella arqueó ambas cejas y se dio por vencida.

—Es usted un hombre extraño, señor Perkins.

Eso le provocó una carcajada.

—¿Usted cree? Siempre me he considerado de lo más vulgar.

—No, vulgar no es. —Se miraron, de ese modo extraño e íntimo que habían conocido en el claro del bosque. Ese que les dejaba la sensación de que estaban avanzando el uno hacia el otro, aunque no se estuvieran moviendo. Fue ella la que rompió el hechizo, con un gesto algo coqueto—. Muy bien, pues si solo quiere bosque, aquí hay bastante también, bien lo sabe Dios.

Desde entonces, cada día, a la una y media, ella se situaba entre los árboles, en una pose concreta, y Perkins colocaba su caballete y usaba una de las piedras, la base de una vieja columna, como mesita.

Solían trabajar hasta las dos y media, aunque algunos días habían podido alargar la sesión, una vez porque, al ser jueves, Lucy tenía toda la jornada libre, y otras dos, como en esa misma ocasión, porque la señorita Thompson le había dado permiso para quedarse hasta poco antes del té. Gracias a eso se había ganado unos buenos chelines, algo que empezaba a preocupar a Gerald.

Los fondos que había llevado estaban casi agotados, y lo que ganaba en Minstrel Valley todavía no era suficiente como para mantener ese gasto excesivo, sobre todo porque, en su habitual arrebato de desinterés, se había negado a cobrar a lady Acton por las restauraciones hasta que estuviesen terminadas y aceptadas por la señorita Thompson y la señora Fenton, la profesora de Literatura, las que habían quedado encargadas de ese tema.

Al final, tras hacer algunos cálculos que le indicaron cómo iba a verse en pocos días, se vio obligado a escribir a lord Northcott para pedirle un préstamo, unas cuantas libras con las que poder seguir pagando a su musa y comprar algo más de material que necesitaba.

Aunque también podría haber cobrado entrada, porque la escena que formaban Lucy y él se había convertido en una auténtica sensación en Minstrel Valley. No estaba seguro de cómo se había extendido la noticia, pero las gentes del pueblo estaban tan entusiasmadas como si hubiese ido el propio William Turner a pintar sus paisajes. Lo comentaban en la plaza, en el mercado y en la tienda de Bella Gibbs, y rara era la tarde en que no habían tenido espectadores mientras ella bufaba inmóvil y él intentaba concentrarse en el trabajo.

Una de las más asiduas, la inefable señora Cotton, aparecía siempre acompañada de dos o tres vecinas, como si fueran una bandada de grullas negras. Observaban serias y con una expresión de censura que llegaba a amedrentar, pero debían encontrarlo entretenido, porque iban día tras día y no se perdían detalle.

De hecho, tras la tercera sesión, habían tomado la costumbre de llevar consigo una banqueta y las agujas de punto. Se sentaban y observaban, sin dejar de tejer.

Tic tac toc tac tic…

—Una joven soltera no puede estar sola en el bosque con un hombre, señor Perkins, debería saberlo —le replicó, la única vez que

Gerald hizo un comentario sobre su presencia—. Lucy puede ser muchacha antipática y desagradable —ignoró por completo la mirada que le lanzó la joven—, pero es de Minstrel Valley, y nosotros cuidamos de los nuestros. —Las tres ancianas asintieron a coro—. Estamos aquí para proteger su reputación y, por ende, la de la mismísima lady Acton, en cuya casa vive y trabaja.

—¿En serio? —gruñó él—. Dudo que milady se lo haya pedido.

—Mmm… Entre buenas vecinas, esas cosas no son necesarias. —La señora Cotton movió con decisión las agujas, casi asesinando la lana—. No se queje tanto, señor Perkins. Le estoy tejiendo una bufanda para cuando llegue el invierno. Que llegará.

Por suerte, habían tenido otras visitas más agradables. Siempre que se lo permitían sus horarios, solían aparecer por allí grupitos de emocionadas alumnas de la escuela de lady Acton, jovencitas encantadoras con las que le encantaba charlar de arte; también se habían acercado prácticamente todos sus profesoras y profesores, y hasta la directora, la señorita Thompson, acompañada de la señorita Kaye y la señora Fenton, que habían sacado tiempo para ir a saludar y mostraron gran entusiasmo ante los avances del cuadro.

Gerald disfrutaba mucho de esos ratos, aunque no tardaron en ensombrecerse, cuando Lucy le dio el primer plantón. Aquella primera vez, ni siquiera tuvo el detalle de mandarle una nota. La esperó como un bobo allí y al día siguiente se excusó diciendo que no había tenido tiempo, que lord Southgate se había presentado en la escuela cargado con una cesta, para invitarla a un picnic junto al lago, y que, por lo tanto, no había tenido más remedio que acompañarlo.

—Es que no tuvo más remedio… —se repitió Gerald, esa noche, cuando apagó la luz de la palmatoria, casi aplastando el pequeño cabo—. Vaya por Dios.

Maldita fuera.

Luego, sí se había disculpado, por medio de notitas enviadas a través de niños del pueblo. Notas que él estrujaba entre los dedos y lanzaba a lo lejos, deseando poder estrellarlas contra el sol, para que ardieran. ¡Demonios! Casi le ahogaba la rabia cuando oía comentar por ahí que veían a Lucy y a lord Southgate paseando muy solícitos el uno con el otro.

Ella ya no era solo una doncella, era la musa de un artista, y eso

había mejorado la forma en que la veían todos los demás. Las jóvenes de Minstrel Valley siempre habían admirado su belleza a distancia, pero en esos momentos no dejaban de salirle al paso para llenarla de halagos o pedirle consejos de belleza. Y para bromear con ella por el interés que suscitaba en el conde.

Gerald no dejaba de maldecir por lo bajo. Qué irónico que fuese a tener más posibilidades con aquel cretino, precisamente a su costa. Se decía que habían sido vistos junto al molino, en las ruinas romanas, en el Puente del Pasatiempo, en las bucólicas campas del sur, más allá de la casita del coronel Grenfell… Solo imaginarlos, se le incendiaba la sangre.

«No es verdad, no me importa», se decía. Insistía en ello. Pero no era cierto.

Maldita fuera… Lo tenía loco.

Una tarde de julio especialmente bonita, Gerald agitó la cabeza, empezando a asumir que de nuevo su musa le había dado plantón sin aviso alguno. Al menos, había aprendido de las veces anteriores y no había desaprovechado el tiempo. Había podido avanzar en el detalle del bosque oscuro que, con la bruma que lo envolvía, resultaba realmente complicado, pero que le estaba quedando soberbio. Si no perdía la concentración, los nervios y la cordura con aquella mujer, lograría su objetivo en un mes, más o menos.

Tic tac toc tac tic…

Aquel repiquetear le estaba volviendo loco. Gerald volvió el rostro hacia la señora Cotton y sus amigas. Las tres ancianas estaban sentadas, haciendo punto al unísono y mirándolo con fijeza. El silencio intenso solo era roto por el sonido de aquellas agujas que parecían tejer su destino.

Tic tac toc tac tic…

Casi sintió un estremecimiento supersticioso, justo un segundo antes de imaginar con toda claridad una nueva obra. *Las Parcas en Minstrel Valley*, podía titularse. Cierto que no encajaba del todo, que las Parcas tenían edades diferentes, y aquellas señoras venerables eran todas auténticas momias, pero el autor de una Dama Blanca morena y vestida de rosa, bien podía pintar a las Parcas como bien le pareciera.

Sí, podía funcionar, y le atraía el proyecto. Pero ese día, no, no estaba de ánimo. Volvería a The Old Flute y…

No. Quería buscar a Lucy y estrangularla. Quería gritarle que no podía hacerle eso, que no podía darle de lado solo para pasar un rato con aquel canalla de Southgate. De haber sido otro, se hubiese sentido mal; que fuera ese hombre en concreto, lo indignaba más allá de todo lo razonable.

Oyó sonido de pasos. Los arbustos se movieron y, un segundo después, tuvo a la vista a la Dama Blanca de sus sueños. Gerald dejó caer la paleta que tenía en la mano y se la quedó mirando con la boca abierta..

Era Lucy, sí, pero a la vez no lo era. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo que le daba aire señorial y un vestido bello y elegante, blanco pero ligeramente rosáceo, como le había pedido en su momento. Parecía nácar brillando bajo una suave luz rosa. El escote era amplio, con los hombros despejados, algo que podía verse a través de la tenue capa del mismo tejido. El corte de la cintura realzaba lo esbelto de su talle y una nube de tela vaporosa flotaba a su alrededor con suavidad, conformando las amplias faldas.

—Me lo ha prestado lady Acton —le informó, y dio una vuelta sobre sí misma, sabiendo lo encantadora que estaba. Gerald sintió que se quedaba sin aliento—. Le comenté su idea estrafalaria y me ha ofrecido uno de sus vestidos, de cuando era jovencita. —Ambos ignoraron el bufido de la señora Cotton—. Este creo que encaja con lo que dijo que quería usted.

—Sí, es perfecto… —musitó, aunque incluso a él le costó oírse. Relegó a un lado con esfuerzo el profundo deseo que le embargó de quitarle de inmediato el maldito vestido. Un disimulo en verdad difícil, sobre todo porque notaba la entrepierna dura como una roca. Para su sorpresa, estaba más excitado de lo que nunca se había sentido. «Maldición, tienes que centrarte», se ordenó—. Suéltese el pelo —añadió, y esa vez su voz sonó extrañamente ronca—. Que quede libre y…

Adelantó las manos para ayudarla, pero se detuvo cuando oyó un:

—¡Eh! —Lucy y él miraron hacia la señora Cotton y se toparon con su ceño fruncido—. Estoy segura de que, para pintarla, no hace falta que le ponga las manos encima, joven. Si es necesario, nosotras podemos atender a la niña. ¿Verdad, amigas? —preguntó a sus compañeras.

Ambas asintieron con el mismo fervor que debían mostrar en la iglesia.

—No se preocupen. Muchas gracias, pero yo me arreglo sola —dijo Lucy, con cara de circunstancias.

Sí, se quitó las horquillas con las que sujetaba su recogido y extendió aquella melena maravillosa de bucles negros y brillantes, más larga de lo que había esperado, y Gerald sintió que los dedos le dolían por el deseo de tocarla. Era algo semejante a lo que le pasaba cuando ansiaba coger un pincel para crear un nuevo cuadro.

Amor, comprendió con amargura. Eso era amor.

Lucy giró otra vez sobre sí misma, la melena al viento, dibujando una imagen que supo que jamás olvidaría. La pintaría así en el cuadro, al infierno la pálida Dama Blanca y su cabello dorado. Crearía su propia versión del fantasma, tal como lo había visto en el sueño. Tal como le gustaba a él.

Todo hubiera sido perfecto de no ser porque, diez minutos antes del fin de la sesión, Lucy abandonó su pose y empezó a recogerse otra vez el pelo.

—Lo siento, hoy debo irme un poco antes —dijo.

Gerald, con el pincel en la mano, la miró sorprendido.

—¿Y eso? Le recuerdo que ya ha llegado tarde. ¿No teníamos un acuerdo sobre el horario?

—Sí, bueno… —Pareció molesta. Y algo culpable—. No me pague si no quiere, pero tengo una cita.

—Ah, ¿sí? ¿Y con quién, si puede saberse?

Ella se encogió de hombros, mientras volvía al bosque del que había surgido para desaparecer como un auténtico fantasma.

—¿Y a usted qué le importa?

Gerald frunció el ceño, sintiéndose muy frustrado. Había pensado acompañarla de vuelta a Minstrel House, como hacía siempre, y decirle que era idiota por pasear con aquel otro idiota. Por coquetear de ese modo indigno a la espera de cazar un marido rico. Que la quería, que la amaba. Que no podía ni imaginar ya una vida sin ella.

¡Por Dios, estaba tentado de hacer aparecer a Cuarto en Minstrel Valley y darle una lección a aquella vanidosa!

No, qué tontería. Ya se lo había repetido mil veces, podría conseguir de su abuelo el consentimiento para pintar. Si demostraba

que podía sobresalir en el mundo del arte, seguro que al final hasta se sentiría orgulloso por ello y dejaría el tema del despacho a la espera de poder influir sobre el pobre Quinto, si llegaba a nacer; pero jamás consentiría en que una simple doncella entrase en su linaje de manipuladores de leyes aspirantes a rozarse con los nobles. Si era pintor, o se casaba con la hija del marqués de Mallbury o la guerra estaría servida, por siempre.

Claro que, si lo complacía en lo primero…

Gerald se sintió como si un puño invisible le hubiese dado un puñetazo en pleno estómago. Sí, allí había algo con lo que podría negociar. Si regresaba al despacho, si sacrificaba su vida en el tedioso altar de las leyes, de los reglamentos y las ordenanzas, su abuelo terminaría aceptando la esposa que desease. Aunque su origen fuese tan humilde.

Podía tener la pintura o podía tener a Lucy. No había alternativas intermedias, o al menos él no conseguía distinguirlas en el caos de sus pensamientos.

Mascullando maldiciones, empezó a recoger el material de trabajo: devolver las pinturas a la caja, limpiar los pinceles que había usado, tapar con cuidado el lienzo…

Volvería a The Old Flute y…

Gerald bufó, se apoyó con ambas manos en la columna rota que utilizaba de mesa, la cabeza baja, los ojos cerrados, con aire derrotado. Falsamente derrotado, en realidad, porque sobre todo sentía furia. No quería perderlo todo por ella, no quería pagar el precio, pero tampoco podía soportar no tenerla. Quería ir tras ella y montarle una escena. Quería gritarle que no podía hacerle eso, que no podía darle de lado y tratar de tener una vida con aquel canalla de Southgate.

De haber sido otro, se hubiese sentido mal; que fuera ese hombre en concreto, lo indignaba.

—Lucy Campbell no es para usted —le dijo de pronto la señora Cotton, provocándole un sobresalto. Aunque también era la Parca Mayor, con lo que supuso que estaba desvelando su destino. ¿Por qué supo tan amargo?

—No sé de qué me habla —masculló, volviéndose hacia ella, enfadado.

La anciana hizo una mueca malévola.

—Claro que sí —replicó—. Se sienten atraídos el uno por el otro, eso está claro cada vez que se miran. Pero usted solo tiene talento y una bolsa vacía; ella, ambición y prisas, muchas prisas, porque se hace mayor y se le acaban las oportunidades. Semejante combinación no les ofrece ningún futuro, señor Perkins.

—¿De verdad? ¿Y quién dice que yo no tenga algo más? ¿Que no sea, por ejemplo, un hombre muy rico de una poderosa familia, que está intentando abrirse camino por sí mismo?

La anciana se echó a reír, y las otras dos corearon con ganas.

—Una idea curiosa, sí. Es muy rico, mucho, el señor Perkins —dijo una.

—Muy rico debe de ser usted, aunque dígale a Dottie que le remiende de nuevo esa camisa —añadió la otra.

La señora Cotton agitó la cabeza.

—De ser así, de ser usted un hombre rico buscando abrir su propio camino en la vida, confirmaría todavía más mi idea de que Lucy Campbell no es para usted.

—¿Por qué lo dice?

—Porque está dejando que se vaya.

Gerald se quedó allí, quieto, hasta mucho después de que las ancianas recogieran sus bolsitas con agujas y lana, y sus banquetas, y se fuesen.

Capítulo 17

—¿De verdad no le gustó la Mona Lisa? —le preguntó Perkins sorprendido.

La acompañaba de vuelta a la escuela, tras una sesión de posado más larga de lo habitual. Había pedido permiso a la señora Burton, lo que le iba a suponer un buen número de tareas añadidas a lo largo del mes, pero no le importaba. Tenía que compensar a Perkins por lo del día anterior, cuando se fue unos minutos antes, después de haber llegado tan tarde.

¡Pero cómo evitar la tentación de enseñarle a Didi aquel vestido maravilloso! Cierto que podía habérselo mostrado cualquier otro día, pero no pudo contener la impaciencia. Solo por ver la expresión maravillada de la niña, había merecido la pena no ganar aquel chelín y provocar el enfado de Perkins.

Aunque, en realidad, no se había mostrado muy enojado. De hecho, había trabajado bastante contento y en el camino de vuelta no había dejado de charlar, sobre todo de arte.

La Mona Lisa… Lucy se encogió de hombros, mientras avanzaba levantando el ruedo del vestido. Siempre estaba preocupada por la posibilidad de estropearlo, hasta había valorado la idea de llevarlo en una cesta y cambiarse en el bosque, pero la había descartado casi al momento.

Se fiaba de Perkins, pero no de otros, y no le apetecía nada sufrir entre los matorrales por si alguien la veía a medio vestir por allí.

—Era… —dijo, considerando la respuesta—. Es… No sé.

—Dicen que enigmática.

Lucy se encogió de hombros.

—Si tanta gente que entiende lo piensa, muy bien. Pero a mí ni siquiera me parece guapa, con ese rostro tan redondo y mofletudo. —Perkins rio, como si hubiese dicho una niñería—. Pero es famosa, sin duda. No me importaría ser recordada por siempre.

Él arqueó una ceja.

—Vale, pues, hablando de fama, dígame la verdad: ¿le molesta la presencia de la señora Cotton y sus amigas mientras posa? Porque, de ser así, juro que llenaré el sitio de ratones para ver cómo esas tres salen corriendo.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada ante la imagen.

—No, en absoluto.

—Ha estado a punto de echarse a reír.

—Es usted gracioso.

Eso era cierto. Por lo general, Perkins se concentraba mucho mientras trabajaba y pedía un silencio que solo perturbaba el sonido de las agujas de punto de la señora Cotton y sus amigas, pero en los ratos de descanso, no dejaba de charlar, y debía reconocer que era un hombre divertido e ingenioso.

Ese mismo día, Lucy había tenido que ocultar alguna que otra sonrisa. No, no solo ese día. A qué negarlo: ese rato, de la una y media a las dos y media, o lo que se alargase el tiempo a su lado, había empezado a ser su momento preferido del día, justo detrás del que podía permitirse pasar con Didi.

«En realidad, lo disfruto por igual», reconoció para sí misma. Estar con Perkins siempre le resultaba divertido. Seguía asustada por todo lo que la hacía sentir, cierto, pero ya había decidido que era algo inevitable, y que, de hecho, tenía que aprovechar como fuera ese momento tan particular de su vida.

Tenía la secreta convicción de que, algún día, en un futuro, fuera o no lady Southgate, los recuerdos de esas tardes de verano serían lo único que le daría fuerzas para continuar adelante.

—Voy por buen camino, entonces —siguió él—. Dígame, ¿Southgate también le hace reír?

La pregunta la tomó por sorpresa. Lucy lo miró.

—¿A qué viene eso?

—A que me han dicho que los ven mucho juntos. Y ayer salió corriendo para reunirse con él, imagino. ¿Le gustó el vestido? —El

tono había cambiado. Ya no había diversión, sino enfado—. ¿Hasta el punto de querer quitárselo?

Lucy arqueó una ceja.

—Esa pregunta ha sido una grosería.

—Lo sé. —Perkins apretó los labios—. Lo siento. Ese hombre me enerva, ya lo sabe. En la posada casi parece que hay que estar agradecidos de que nos permita contemplarlo con nuestros ojos indignos y no deja de quejarse por todo. Tenga cuidado con él.

Ella se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Es un noble. Son así.

—Eso no es cierto. Conozco muchos nobles que no son así, y usted también. Ahí tiene a la mismísima lady Acton, una dama como no hay otra.

—Bueno, sí… —La voz de Lucy se tornó pensativa—. Hoy día, aprecio mucho a lady Acton. Pero reconozco que me costó… —buscó la palabra, que se le resistió un largo segundo— integrarme en Minstrel House, ¿sabe? En Minstrel Valley en general, en realidad, cuando regresé.

Él tardó unos segundos en hablar.

—Algo he oído.

—¿Se lo contó Dottie?

—Eh… Diversas personas. —Aquella lealtad a Dottie le gustó. Lucy sonrió ligeramente—. Sé que sus padres murieron, y que su abuela se la llevó a vivir a Meryton.

—Así es. Cuando volví, estaba llena de rabia, de ira. De rencor. Odiaba a todo el mundo. No me importaba resultar ruin, disfrutaba haciendo daño, siendo chismosa… Hice cosas que hoy en día me avergüenzan. —Pensó en sus comienzos, cobrando a las alumnas solo por conseguir dinero para lazos o encajes. Por pura vanidad. Por pasear sus días de fiesta lo más atractiva posible, intentando conquistar a un noble rico—. Un desastre.

—Supongo que todo depende de lo que le haya sucedido para convertirse en alguien así.

Ella titubeó. No debía acercarse tanto, se lo recordaba cada día, a cada momento. Pero era Perkins. «Es él, es él». Por alguna razón, su corazón lo había elegido. Necesitaba su apoyo, su consuelo, y no lo pudo evitar.

—Mi abuela era una mujer muy difícil —confesó, con un hilo de voz—. Una mujer malvada que, además, nos odiaba a mi hermana y a mí, porque éramos el resultado de la rebeldía de mi madre.

—Lamento que ocurriera algo así.

—Yo también. Me costó mucho perdonar a las gentes de Minstrel Valley, a los que se habían dicho amigos de mis padres, por permitir que se nos llevara el monstruo. Que nos devorase de ese modo. No se puede ni imaginar en qué clase de infierno convirtió nuestras vidas. Nos tenía como criadas sin sueldo y no perdía ocasión de humillarnos. —Se estremeció—. Yo la odiaba. La odio. La odiaré por siempre.

Él agitó la cabeza.

—¿Y su hermana? ¿Dónde está?

—Muerta. —La palabra, dura y amarga, se le escapó de entre los labios, como una maldición a Dios—. Murió de unas fiebres.

Él la miró contrito.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Gracias.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

Lucy se encogió de hombros.

—Que no pudo soportarlo. Que la hermosa Diane era demasiado joven, demasiado crédula, y otro monstruo la engañó. Escapó de la casa de mi abuela con un hombre llamado McAllister, un canalla que la abandonó cuando se cansó de ella. Entonces, intentó regresar, porque la humillación siempre es mejor que el hambre y el frío, pero mi abuela no lo permitió. Diane ya no pudo volver al mundo perfecto de las personas decentes.

—Dios mío…

Lucy sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Yo no me enteré. Estaba en el mercado y no supe que había ido a casa y le habían cerrado la puerta, que la habían insultado y dejado fuera. De haberlo sabido, juro que me hubiese ido con ella. Habríamos pasado juntas esa hambre y ese frío, y hubiéramos muerto juntas, no me hubiese importado… Pero no tuvo ni siquiera ese consuelo.

—Es terrible. Lo siento. Pero en algún momento se reunieron, ¿no? De otro modo, no sabría todo eso.

—No, la última vez que la vi fue cuando salió para escaparse. Cuando me abrazó, llena de ilusiones, y se fue, hace ya muchos años.

Varias vidas… Luego, me llegó una carta en la que me contaba cosas. —Era la que llevaba Agnes cuando se presentó con Didi—. No era muy larga, por suerte. —Caminaron un poco en silencio—. Todo eso es lo que me llenó de rencor. Cuando era niña rezaba cada noche para que Tom Smith llegase de pronto y me rescatase, y así podría vivir con Dottie y ser un poquito feliz. Pero nunca fue. Nadie nos ayudó. Y perdí también a Diane…

—Si le sirve de consuelo, me consta que Tom intentó quedarse con su hermana y con usted, pero las autoridades no se lo permitieron.

«De haber sido Dottie la atrapada por el monstruo, nada le hubiese parado. Hubiera movido montañas por salvarla», pensó ella. Sabía que no tenía derecho a esperar que nadie lo arriesgase todo por un niño ajeno, pero no podía evitar sentirse así. Abandonada y sola.

—Prefiero no pensar más en ello —musitó—. Ya no estoy enfadada. Al fin y al cabo, yo también he cometido muchos errores a lo largo de los años. No debí permitir que el rencor me cegase de semejante modo. Eso me convirtió en una persona que hasta yo odiaba, y me hizo infeliz mucho tiempo.

—Pero hubo algo que la hizo cambiar, ¿no?

Lucy pensó en Didi, en el día en que fue a la cabaña y se encontró allí con Agnes y un bebé recién nacido. Agnes, que había trabajado en el mismo burdel que su hermana, y tenía su carta. Diane la había escrito en su lecho de muerte, ocurrida por unas fiebres tras el parto, y le había pedido a Agnes que se la llevase, junto con la niña. En ella, le contaba brevemente el horror de lo que había vivido y le pedía que cuidase de su hija.

—Recibí un regalo inmenso —contestó al fin.

Él la miró, curioso.

—Casi diría que se enamoró.

Lucy sonrió de oreja a oreja.

—Es que me enamoré.

Él se detuvo con brusquedad.

—¿En serio? ¿Y quién era? ¿Qué pasó? —Ella dudó. ¿Terminaba de contárselo todo, se abría por completo? ¿Le hablaba de Didi? Se sentía inclinada a confiar en él, porque el corazón no dejaba de decirle siempre lo mismo. «Es él, es él, es él, es él». Pero, por alguna razón, cuando Perkins dio otro paso al frente y la miró desde muy cerca, notó

un nudo en la garganta—. Lucy… Lucy, vamos, por favor… Tiene que ceder, tiene que abrirse a mí.

«Quizá ya lo sepa». Volvía a tener esa impresión. Como si estuviese esperando a que fuera ella la que diera el paso, pero seguro de lo que iba a decir.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si al saber que tenía una niña a su cargo, dejaba de interesarse por ella? «No, él no haría algo así». ¿No? ¿Y si se equivocaba? No podría soportarlo.

—¿Para qué? —contraatacó—. ¿Acaso se ha abierto usted a mí? ¿Me ha contado la verdad de su vida? —Estuvo a punto de mencionar a su amante rica, de pedirle que le hablase de ella, pero se contuvo. Daba igual, porque seguro que él también pensó en lo mismo. ¿Por qué otra razón iba a dudar?—. No, claro que no. —Agitó la cabeza—. ¿No tiene la sensación de que estamos atrapados en un callejón sin salida, señor Perkins?

—Tiene salida. Lo que pasa es que debemos encontrarla.

—¿De verdad? ¿Está seguro? —Alzó una mano y la apoyó en su pecho. Cargado con el caballete, el lienzo y los bártulos de pintura, Perkins no pudo hacer más que observarla—. Me temo que ninguno de los dos queremos lo que podría surgir entre nosotros. No es lo que deseamos, no es lo que buscábamos. Y eso es muy triste, señor Perkins, pero debemos aceptarlo.

Él entrecerró los ojos. Como tras un par de segundos seguía sin decir nada, Lucy retomó el camino. Ya tenían a la vista las grandes puertas de entrada de la escuela. El señor Barry había encendido los grandes fanales.

Gracias a eso, pudo ver a lady Susan y sus caniches, preparadas para salir, con chaquetas y sombreros, tiesas y amenazadoras como gárgolas.

Capítulo 18

—¡Vamos, Lucy, que llegas tarde! —le reprochó lady Susan, tan alto que seguro que la oyó la señora Burton. La gobernanta de la escuela estaba a pocos metros, hablando con el señor Barry junto a la caseta del guardia. Las miraba con cara de andar preguntándose las intenciones de las tres alumnas—. Ven con nosotras. ¡No podemos salir sin doncella y tengo que recoger un encargo en la tienda de la señora Gibbs!

—Pero antes debo cambiarme, milady. —Las tres miraron su ropa, aquel maravilloso vestido de lady Acton. Lady Susan logró mantenerse impasible, pero las otras no pudieron reprimir su envidia—. Además, es tarde. Bella Gibbs ya habrá cerrado.

—No. Me dijo que esperaría, que estaría en la trastienda. ¡Necesito esos encajes para mi vestido, para la fiesta del martes que viene en el Salón Selecto!

Tal como lo expuso, dio la impresión de que de eso dependía el destino de todo el imperio británico. Al completo.

Perkins frunció el ceño.

—La señorita Campbell ha estado posando de pie durante horas. Debería descansar.

—¿Descansar? —Lady Susan lo miró divertida—. Que yo sepa, la señorita Campbell tiene que ganarse un sueldo. Podrá tener ínfulas artísticas, pero solo es una trabajadora.

Sonó como un insulto, tal como pretendía. El ceño de Perkins se acentuó.

—El que tiene ínfulas artísticas soy yo —replicó—. Por eso elegí la mejor modelo posible. —Lady Susan se ruborizó, captando el

desplante. Perkins miró hacia la gobernanta—. Se lo consultaré a la señora Burton. Seguro que hay en esta enorme mansión otra doncella que pueda acompañarlas.

—¡Cómo se atreve! ¡Queremos a Lucy! No aceptaré ninguna otra.

—¿Y eso por qué? —preguntó él indignado—. ¿Para poder ofenderla? Sería…

—Déjelo, Perkins —intervino ella, antes de que se complicara más la cosa—. Voy a ir. De verdad —insistió, al ver que él iba a protestar—. Voy a acompañarlas. No me importa.

Él tenía razón, estaba cansada, pero la animaba la posibilidad de pasar un rato inesperado con Didi. La niña se iba a llevar una gran alegría, al volver a verla llegar tan pronto.

—Como quiera. —Le dedicó una inclinación. A ella, no a las tres damitas presentes—. ¿Mañana a la misma hora?

—Desde luego. Allí estaré.

—Y la señora Cotton. Seguro.

Ambos se sonrieron, con aquella intimidad nueva que estaba surgiendo entre ellos. Perkins saludó a la señora Burton y al señor Barry en la distancia, y se alejó en dirección sur, hacia el centro del pueblo y, supuso, más allá, a The Old Flute, aunque no estaba segura de cuáles serían sus planes para el resto del día. ¿Estaría su benefactora en Minstrel Valley? ¿Cenaría con ella? Mejor no pensar en eso.

Lucy fue a su habitación a cambiarse a toda prisa y volvió a la puerta. En el camino se cruzó con la señora Burton, que se dirigía ya a la mansión.

—Ten cuidado, Lucy. Esas tres no son de fiar.

—Eh… Sí, señora Burton —replicó, algo sorprendida.

La gobernanta raramente se había dirigido a ella por otra razón que no fuera para ordenar una tarea o para reprocharle algo. Jamás habían simpatizado, aunque la relación había mejorado un poco en los últimos tiempos, a medida que Lucy iba perdiendo todo el odio que había acumulado en casa de su abuela.

En todo caso, debía estar realmente preocupada para hablarle así.

Se reunió con lady Susan y sus amigas y caminó detrás de las tres muchachas hasta el punto donde se solían separar. Allí, le dieron sus monedas y se fueron, riendo entre cuchicheos con sus pequeñas

tonterías.

Ella se dirigió a la cabaña en el bosque, donde pasó una hora con Didi, tomando el té con ella y con Agnes, aunque no disfrutó de ese tiempo tanto como esperaba, porque no dejaba de pensar en Perkins y en el nuevo momento extraño que habían vivido de camino a la escuela.

No lo había negado. Al plantear ella que ninguno de los dos consideraba deseable iniciar una relación, no lo había negado. Eso solo podía significar que realmente existía esa otra mujer, y que no podía comprometerse con nadie, so pena de perder la base de su sustento.

¿Cómo podía sentir lo que sentía por un hombre así? Imaginarlo acostándose con alguien a quien no amaba, solo por dinero, la ponía enferma. Aunque, en definitiva, no era más que lo que pensaba hacer ella misma, venderse al mejor postor, sin que importaran los sentimientos implicados. Lord Southgate seguía mostrando gran interés y su compañía era agradable, mucho, pero no la hacía sentir lo mismo que Perkins.

Y algo le decía que nadie más podría conseguirlo.

—Deberías sonreír más, querida —le había dicho Agnes al verla tan contrita—. La vida te ha tratado mal también a ti, cierto, pero escucha, niña Lucy, tú misma me dijiste no hace mucho que nosotros nos forjamos nuevos recuerdos para poder seguir adelante. Es una manera de quitarle fuerza a los antiguos, los amargos, los que no deseamos tener. ¿No es cierto?

—Eh… —empezó sorprendida, sin saber bien a qué se podía referir—. Sí, algo así dije, creo.

—Pues, del mismo modo, te digo yo ahora que, aunque Edwina Danvers era una mujer malvada, una bruja, sus palabras solo tienen fuerza si tú se lo permites, niña Lucy. Solo te dañarán si tú lo consientes. ¿Lo entiendes? No se lo permitas. Basta ya de sufrir por su culpa. Niégale esa victoria.

«Eso es cierto», reflexionó Lucy, de vuelta bajo el árbol, mientras esperaba el regreso de lady Susan y sus caniches. ¿Cómo no lo había pensado antes? La vieja Danvers había pugnado por reducir a polvo el amor propio de Diane y el suyo, por dejarlas emocionalmente tullidas para siempre, pero ellas no tenían por qué darle la victoria. No se la

daría, nunca más.

Apretó los puños, con la impresión de estar cruzando una línea, de estar viviendo en el filo de un antes y un después, y la repentina sensación de alivio la tomó por sorpresa. Fue como si retirasen una piedra de una tonelada de su pecho.

Tuvo tiempo para reflexionar sobre ello bajo el árbol donde había quedado con lady Susan y sus amigas, porque pasó media hora del momento acordado, luego una completa, y aquellas tres siguieron sin hacer acto de presencia.

Empezando a preocuparse en serio, Lucy miró a su alrededor. ¡Demonios, dónde se había metido aquella cría odiosa? No podía quedarse más tiempo, tenía que regresar a Minstrel House, hacía rato que hubiese debido estar ayudando a poner mesas y atender los asuntos de la cena.

Esperaba que solo fuera que lady Susan y sus amigas se habían olvidado de ella y habían vuelto por su propia cuenta, porque no quería ni pensar en una desgracia mayor. Qué desastre, en todo caso. En los años que llevaba haciendo aquel pequeño truco, jamás le había ocurrido algo así. Las alumnas estaban siempre pendientes de llegar con tiempo a la hora, sobre todo porque eran las primeras en no querer desvelar lo que ocurría. Aquella era su única posibilidad de sentirse libres de verdad durante un ratito.

Pero, claro, lady Susan quizá esperaba irse pronto con su hermano, y le daba igual todo lo demás, sus compañeras incluidas. Era muy probable. No había en el mundo niña más egoísta que esa.

Supo que algo terrible iba a ocurrir en cuanto entró en la zona de servicio, por la puerta trasera. Daisy, la ayudante de la cocinera, una muchacha rubia de rostro dulce, estaba saliendo de la despensa y la miró pálida.

—¡Lucy! ¡Por fin! La señora Burton quiere hablar contigo. Dijo que fueras a su despacho en cuanto llegases.

Capítulo 19

Lucy palideció. Aquello solo podía significar noticias terribles. Pero ¿qué podía pasar en Minstrel Valley? ¿Quizá un árbol se les había caído encima a aquellas tres, y las había aplastado en fila india? ¡Qué desastre!

Estaba tan aterrada que hasta consideró la posibilidad de dar media vuelta y salir corriendo. Podía recoger a Agnes y Didi y huir hacia algún lado. Australia, por ejemplo. Seguro que allí también necesitaban doncellas, aunque casi todo fueran cárceles y rebaños de ovejas.

—Gracias, Daisy —replicó, tratando de que no le temblase la voz.

La otra se dio cuenta e hizo una pequeña mueca. No eran amigas, ella no tenía amigas allí. O eso pensaba.

—Ha venido el milord ese, el hermano de lady Susan —le susurró de pronto Daisy, a toda velocidad, como si temiese que la fueran a descubrir haciendo algo malo—. La traía casi a rastras, y las caniches iban detrás, llorando. Al parecer, ha dicho que te dieron esquinazo, jugando al escondite o algo así.

—¿Al escondite? —¿Se habría enfadado lord Southgate al encontrar a su hermana vagando por ahí sin supervisión? ¿Quizá por eso las alumnas inventaron esa historia? Pero ¿por qué lo harían? ¿Para poder mantener las salidas en un futuro? No parecía muy probable—. ¿Quién dijo eso? ¿Lady Susan?

—No sé. Fue Nancy la que trató de escuchar, pero apenas captó nada. —La miró con intención—. En todo caso, ambas sabemos lo que pasó realmente, ¿verdad?

Para ser alguien tan dulce, Daisy también sabía mostrarse firme.

En otro momento, Lucy la hubiese mirado con desdén y se hubiese ido con la nariz muy alta, sin responder, pero no tenía fuerzas para peleas. Además, ya no podía seguir negando que algo se estaba fundiendo últimamente en su interior.

Le devolvió la mirada con humildad.

—Así es, Daisy, ambas lo sabemos. Gracias por el aviso.

Daisy parpadeó, sorprendida por su repentina gentileza. Asintió y se fue, camino de la cocina. Lucy dejó su chaqueta, su sombrero y su bolsito en la habitación que ahora compartía con Nancy, se puso la cofia de doncella y el delantal, y fue con paso aparentemente firme al despacho de la gobernanta. Llamó a la puerta.

—Adelante —oyó. Casi sonó como una condena.

Lucy cerró los ojos, sintiendo el palpitar del corazón en sus sienes. Inspiró hondo, abrió la puerta y entró.

La señora Burton se encontraba sentada tras su escritorio, con la pluma en la mano, trabajando en uno de sus libros de cuentas. A pesar de la edad, seguía siendo una mujer corpulenta, de carnes pálidas y firmes en igual medida. Esa noche, su cabello estaba recogido en el mismo moño severo de siempre, aunque con los años se había ido volviendo casi por completo blanco.

De no ser por ese detalle, Lucy hubiera dicho que Martha Burton no había cambiado un ápice en los años que llevaban trabajando juntas, porque jamás la había visto peinada de otro modo, o vestida con algo que no fuera aquel uniforme negro, con el único adorno de su reloj de oro, cuya cadena cruzaba su pecho de lado a lado.

Al igual que ella, todo era pulcro y severo en aquel sitio. No inducía a sentirse cómodo, pero tampoco a sentirse mal, como había ocurrido en el de su abuela.

La gobernanta la miró con severidad.

—Por fin, Lucy. Menudas horas.

—Lo siento, señora Burton. Yo…

—¿Sabes por qué estás aquí?

Ella dudó.

—Me temo que sí, señora Burton. Yo…

—Ha venido lord Southgate con su hermana y sus amigas —la cortó de nuevo—. Han dicho que te ordenaron jugar al escondite con ellas y que aprovecharon que tenías los ojos cerrados para marcharte y

dejarte allí sola. Querían divertirse a tu costa un rato, ha afirmado lord Southgate, que estaba muy enfadado con ellas. Ha sido quien las ha traído y las ha obligado a confesar.

¿Lord Southgate había hecho eso? Sintió que su corazón rebosaba de gratitud. Qué hombre maravilloso, se había dado cuenta de lo pasado y había acudido en su ayuda, como un auténtico caballero. De no haber sido por él… Sintió que se mareaba ante la idea. Mejor no pensarlo.

—Siento lo ocurrido, señora Burton.

—Ya puedes sentirlo, porque no me esperaba esto de ti. Tienes muchos defectos, Lucy, pero ser tonta no es uno de ellos. Te avisé. Te dije que esas niñas no eran de fiar, y ya ves en qué lío te has visto metida.

—Sí… Me temo que fui muy crédula.

—Sin duda. Pero yo no. —La mujerona hizo una mueca—. Ambas sabemos lo que ha ocurrido. Aquí lo sabemos todos, Lucy, incluso lady Acton. Estoy harta de que te pienses que somos tontas.

—No sé de qué…

—No me digas que no lo sabes. No me tomes por tonta, muchacha. No entiendo por qué te protege lady Acton. Si por mí fuera, habrías sido despedida la primera vez que tuvimos constancia de que aceptabas sobornos para dejar corretear por ahí a las alumnas sin ninguna supervisión. —Lucy enrojeció hasta la raíz del cabello. De modo que lo sabían. Oh, por supuesto, claro que lo sabían—. Ahora, fuera de aquí. Ve a ayudar con la cena, que ya llegas tarde.

—Sí, señora Burton.

Lucy salió casi a trompicones, de puro nerviosa. Subió para ayudar a servir la cena, pero le temblaban tanto las manos que sus compañeras terminaron diciéndole que se ocupase solo de tareas en las que no peligrase la porcelana.

—¿Estás bien? —le preguntó Nancy al verla tan nerviosa.

Ella se limitó a asentir, echando un vistazo por el gran comedor, que estaba casi lleno. Las grandes puertas que separaban la zona de profesores de la de alumnas estaban abiertas de par en par, por lo que daba la impresión de ser un único espacio. Como de costumbre, había buen ambiente. Las muchachas comían, charlaban y reían con naturalidad, aunque se pedía un comportamiento elegante en todo

momento, y nadie alzaba en exceso la voz.

Lady Susan no estaba sentada a la mesa, ni tampoco sus compañeras. Cuando preguntó por ellas le dijeron que habían dicho que estaban indispuestas. Iban a subirles la cena en bandejas.

—Yo me encargo —dijo, sintiéndose poseída por el primer conato de furia. Se iba a enterar esa pequeña arpía.

Nancy dudó un momento, seguro que temiendo que les derramase la sopa por la cabeza, pero se encogió de hombros.

Cargada con la bandeja, Lucy llamó a la puerta de la habitación de lady Susan.

—Adelante —la oyó decir, con tono seco. Entró y vio allí también a las dos caniches. Al darse cuenta de que era ella, lady Susan arqueó una ceja—. Vaya, vaya… ¡La prometida de mi hermano!

Las tres rieron con maldad, como si aquello fuese una idea ridícula. Que lo era, sin duda, pese a que lady Susan no parecía tan divertida como pretendía mostrar. Aquello le llamó la atención. ¿Estaba preocupada por si su hermano de verdad se interesaba por aquella sirvienta insignificante? Ojalá. Eso quería decir que todo iba como debía ir.

Lucy las ignoró y dejó la bandeja en la mesa.

—Parece que viene a servirnos la cena —siguió lady Susan.

—Y a exigir una explicación —replicó ella, sin dejarse amilanar.

—¿Qué? —Lady Susan abrió mucho los ojos—. ¿Cómo… cómo te atreves a hablarme así, estúpida? Supongo que lo haces porque ya te ves subiendo de rango, ¿eh? —Lanzó una carcajada—. ¡De sirvienta a marquesa, nada menos! ¡Menudos sueños!

—No sé de qué me habla.

—¡Ja! Mentirosa. Los hombres son tontos. A mí, hay pocas cosas que se me escapen. Él dice que no, pero le gustas. Sé que le gustas, y mucho. Se siente atraído por ti. —Lucy optó por no replicar. Se limitó a mirarla de frente. ¿Era eso cierto? Empezaba a pensar que sí—. Igual te crees que hoy has ganado, solo porque no he conseguido que te despidieran, como te merecías.

—¡Cierto! —intervino lady Eve—. ¡Es inaceptable que…!

—¡Silencio! —la cortó lady Susan, sin mirarla. Siguió centrada en Lucy, como si su amiga fuera una molestia que no merecía más atención—. Ese idiota te ha protegido. Bueno, te aseguro que no

volveré a cometer el mismo error. —Se acercó a ella de tal modo que pensó que iba a pegarle, pero Lucy no se arredró. Se mantuvo firme mientras lady Susan le clavaba sus pupilas venenosas—. Pero escúchame bien, Lucy, y recuerda mis palabras: no vas a casarte con mi hermano. Jamás. Te lo aseguro. —Sonrió, genuinamente divertida, de pronto—. Y no te imaginas lo que me voy a reír cuando termine toda esta historia.

«Pequeña víbora», pensó Lucy, que durante un momento lo vio todo rojo.

—Yo también lo estoy deseando, milady. Por suerte para ambas, no creo que tarde ya la respuesta de Nottingham. Así podrá irse…

—¿La respuesta de Nottingham? —Vale, por la cara que acababa de poner, estaba claro que había metido la pata. Aunque tampoco creía que fuese ningún secreto. ¿Por qué no se lo habían dicho?—. ¿A qué te refieres?

Ella titubeó.

—Bueno, dada la insistencia de su hermano por hacerse cargo de su custodia, lady Acton consideró oportuno consultar el tema con su padre, para que él decidiese si deben entregarla o mejor esperan a su llegada, el mes que viene. Creí que se lo había dicho.

Lady Susan la miró con alarma.

—¿Cuándo? ¿Cuándo fue eso?

—Eh… El primer día, cuando su hermano planteó su petición. Lo sé porque lady Acton me envió a las caballerizas Bissop a pedir un jinete rápido para llevar su mensaje. Estará de vuelta con la respuesta en cualquier momento, y entonces…

—¡Oh, maldición! —Lady Susan caminó agitadamente de un lado a otro—. ¡Maldita vieja entrometida!

Lucy la miró asombrada. Sabía que aquella jovencita era maleducada y descarada, pero no imaginaba que llegaría hasta ese punto.

—Lady Acton no es ninguna entrometida —afirmó, tensa. Jamás consentiría que nadie ofendiese a la anciana en su presencia—. Ha hecho lo que debía hacer. Y jamás será vieja. Es una dama venerable, una gran dama, pero entiendo que usted no sea capaz de verlo porque no tiene ni idea de lo que es eso.

Lady Susan la miró furiosa.

—Largo de aquí. ¡Fuera!

Lucy se encogió de hombros. No merecía la pena seguir hablando con ella, de modo que se volvió hacia las otras dos, que la contemplaban algo asustadas.

—¿Les traigo también sus bandejas aquí?

—No. —El tono de lady Susan fue perentorio—. Ya se van. Y tú también. Fuera de aquí, todas. Quiero estar sola.

Lucy ni siquiera la miró. Salió la primera, mientras oía los lamentos de las otras dos, que insistían en que deberían cenar todas juntas, como las grandes amigas que eran. Iba por el pasillo cuando oyó que salían las caniches.

—Cada día está más odiosa —oyó cuchichear. Esa era lady Eve.

—Sí… —replicó la honorable Mayers—. Pero ya has oído, se acaba el tiempo. Tenemos que hacer algo.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes bien. Si esa arpía se sale con la suya, se va a organizar un escándalo enorme, y nos salpicará a nosotras, de lleno. —Lucy se detuvo en la escalera de servicio, sorprendida. ¿De qué hablaban aquellas dos?—. O aunque no sea así. ¿Crees que luego nos va a servir de algo su apoyo? ¿Que sus padres seguirán respaldando nuestra presencia en sociedad? ¡Deberíamos hablar con lady Acton, y cuanto antes!

—¡No! Si lo hacemos, si precipitamos las cosas, lo perderemos todo, ¿no lo entiendes? Mi familia no puede pagar esta escuela, dudo que la tuya sea capaz de hacerlo. Y la semana que viene tenemos baile en el Salón Selecto. Va a asistir lord Wallace. ¡No me lo quiero perder!

—Ni te ve. No sabe que existes. Solo tiene ojos para lady Helen.

—¡Eso lo dices porque estás celosa!

—No digas tonterías. Me contaron que los vieron aquí juntos en mayo, en el Baile de Primavera, y que…

Las dos muchachas se alejaron pasillo adelante, hacia las escaleras principales. Lucy se quedó unos minutos pensativa. ¿Qué secreto tenía lady Susan? ¿Qué sería ese algo que tanto temían sus dos amigas, lo que provocaría tal escándalo que las dejaría fuera de todo círculo social?

Debía hablar de ello con lord Southgate.

Capítulo 20

—Seguro que lo ha olvidado en algún lado, y que no tardará en aparecer —estaba diciendo entre susurros Dottie, apurada, al señor Peele.

Él, su esposa y sus dos hijos, una niña de unos diez años y un niño de unos siete, estaban sentados en una mesa cercana, desayunando. Eran de Londres y, por lo que Gerald sabía, estaban de viaje de placer por la campiña inglesa. No tenían prisa por avanzar ni planes específicos. Minstrel Valley les había gustado tanto que habían decidido quedarse un par de semanas más de lo previsto, antes de seguir hacia Meryton.

Formaban una bonita familia, tan rubios, tan cuidados y atractivos. Su cochero y su doncella estaban en otra mesa, desayunando también.

Por lo general, aunque solo buscaban el trato de lord Southgate, como si eso los elevase de posición, los Peele se mostraban corteses con todos, y contentos con su día a día. Pero, esa mañana, tenían mala cara. Tan mala que hasta Gerald, que no podía estar de un humor más retraído y taciturno, había terminado fijándose.

Algo pasaba, algo serio, pero Gerald intentó ignorarlos. No era asunto suyo.

—¿Ha llegado Jimmy? —le preguntó a Mark, en un momento en que el muchacho pasó por su lado.

El prometido de Dottie negó con la cabeza.

—Todavía no.

Gerald chasqueó la lengua contra los dientes. Esperaba respuesta desde hacía varios días, desde que escribió a lord Northcott para pedirle dinero, como un préstamo que devolvería con intereses, por

supuesto. Quería invertirlo en pagar a Lucy, y también en mejorar la situación de la familia del niño que había conocido en la plaza al poco de llegar.

Los ayudaría él mismo encantado, pero sospechaba que todavía pasaría un largo tiempo hasta que su abuelo diera su brazo a torcer y, por lo tanto, Cuarto seguía desterrado del mundo terrenal. De momento, Gerald Perkins no tenía dinero. Por no poder, no podría ni pagar a Lucy ese día, si no llegaba respuesta.

Empezaba a desesperarse. Quizá debería ir a Londres, a hablar con él marqués personalmente…

—¿Me tomas por tonto, muchacha? —La voz del señor Peele alzó el tono—. ¡Por supuesto que no lo he olvidado por ahí!

Dottie se disculpó con un murmullo y se apartó rápido de la mesa. Cuando pasó por su lado, Gerald la sujetó por un brazo y le preguntó:

—¿Va todo bien, Dottie?

Ella asintió, aunque sus mejillas estaban muy rojas y se veía que estaba intentando controlar las lágrimas.

—No es nada, señor Perkins, pero gracias por preocuparse.

Gerald apretó los labios, tentado de insistir, pero ya la conocía lo suficiente como para saber que no podría sacarle nada, al menos no en ese momento. Asintió y la soltó. Dottie siguió su camino, tambaleándose ligeramente. Al alejarse, casi chocó con lord Southgate, que había abandonado su mesa y se dirigía a la salida.

El caballero miró serio a Dottie, seguro que fijándose en su malestar. Se sacudió la chaqueta impecable, por si le había manchado con su cercanía, y siguió hacia el centro del comedor.

Al pasar junto a la mesa de Gerald, se detuvo un momento.

—¿Sabe lo que le ocurre a la camarera? —preguntó, con un tono de suficiencia que no debería usar quien espera una respuesta.

Gerald arqueó una ceja.

—No, en absoluto. Y no es la camarera, es la dueña de la posada, debería saberlo. Ya lleva usted aquí lo suficiente como para haberlo descubierto por sí mismo.

El conde arqueó una ceja y lo miró de un modo que seguro que recabó toda clase de detalles. Le interesaron sobre todo la mancha de mermelada de su camisa y un remiendo que se le había soltado en un hombro de la chaqueta.

—¿Y por qué tendría que importarme algo así?

—No sé… ¿Por puro agradecimiento? Creo recordar que lleva varios días sin pagar. Desde que volvió a perder a las cartas.

No debió mencionarlo. Mark se lo había dicho en confianza, y Dottie lo mataría si se enteraba. El conde de Southgate, tan elegante y refinado, había vuelto a perder en otra partida con McDonald y sus amigos, con lo que había pedido que le fiasen el alojamiento y la comida hasta que le llegasen fondos de sus abogados en Londres.

Así era como vivían los nobles ingleses. Y los de cualquier otro lado, en realidad.

Aquel, en concreto, abrió mucho los ojos y se ruborizó. Seguro que se le pasó por la cabeza decir algo, y algo especialmente desagradable, dada la mueca con la que contuvo la réplica.

—Desde luego… —se limitó a decir; dos palabras que, pese a lo que él parecía creer, no encajaban del todo bien en todas partes. Siguió su camino hacia la salida, aunque se detuvo un momento en la mesa de los Peele, donde intercambió unas palabras con el cabeza de familia.

¿Lo miraron a él de reojo? Casi estaba por asegurar que sí, y la idea no le gustó nada. De hecho, le provocó un escalofrío en la espalda. Se estaba preguntando si hacer algo al respecto cuando lord Southgate se despidió con excesiva ceremonia para una posada y abandonó definitivamente el local. Tras dudar un momento, porque no sabía qué lo impulsaba ni le agradaba su cercanía, Gerald fue tras él.

Bizqueó por el sol, al salir. Hacía un día muy agradable, aunque no se sorprendió. Estaba siendo un principio de verano cálido y luminoso. Gerald contempló Minstrel Valley desde el alto en el que estaba The Old Flute. Siempre lo maravillaba aquella visión tan llena de color y encanto, con las casitas arremolinadas en Legend Square y las mansiones dispersas, la mayor parte siguiendo la orilla del lago.

¡Qué pueblo tan bonito! Aunque se marchase de allí al terminar todo, una parte de sí mismo iba a quedarse allí por siempre, y no solo por Lucy Campbell, sino por todo lo que la envolvía.

Regresaría, decidió. Cuando todo se resolviese, aceptase o no su abuelo, regresaría a Minstrel Valley y se instalaría allí, quizá no por siempre, pero sí para largas temporadas. Sería un buen lugar en el que pintar.

Y quizá entonces Lucy…

Oyó una voz y miró hacia el camino que descendía bordeando la colina hacia el lago. A cierta distancia vio a lord Southgate, que iba por allí, dirigiéndose hacia el norte. Vio que se detenía, porque alguien corría hacia él, llamándolo a voces. Era Jimmy, el muchacho que se ocupaba de distribuir la correspondencia que el servicio de correos dejaba siempre en la tienda de la señora Gibbs, a falta de una oficina propia en Minstrel Valley.

Jimmy debía dirigirse a The Old Flute campo a través, acortando en una línea recta desde Legend Square, y había visto a lord Southgate a lo lejos. Llegó a él y le dijo algo mientras señalaba con un dedo hacia algún lugar junto al lago. A esa distancia no podía distinguir su expresión, pero Gerald hubiese dicho que el conde estaba sorprendido. Al momento, tomó la bifurcación que enfilaba hacia la casa del viejo Swan.

Jimmy siguió subiendo, al buen paso que le permitían sus diecisiete años, y Gerald lo esperó junto a la puerta de la posada.

—¡Señor Perkins! —dijo el chico, con una sonrisa—. ¡Hoy sí tiene carta! —Gerald se sintió exultante. ¡Por fin, respuesta del marqués! Pero, no. Jimmy solo le entregó un papel pequeño, doblado sobre sí mismo—. Perdone la broma. No pude evitarla.

—Eh… sí, bueno. Muchas gracias, Jimmy. Hoy no hay propina.

El chico lo miró indeciso.

—Es una broma, ¿verdad? Para vengarse…

—Qué más quisiera yo. Pero no. Cuando me llegue la carta correcta, te invitaré a un vaso de leche en la posada. —Al ver que le arqueaba una ceja, sonrió—. Eso sí era una broma. Pero solo habrá cerveza si Dottie consiente en que la bebas.

—Oh, demonios, entonces me quedaré con las ganas.

—Es más que probable, sí…

Gerald extendió el papel. Era de Lucy.

«Señor Perkins, hoy no acudiré a nuestra cita, tengo otro compromiso. Lucy».

Ya estaba, no había más. Gerald leyó la frase varias veces. Luego, sus ojos se dirigieron hacia lord Southgate, que estaba a punto de desaparecer en la curva que dibujaba el terreno con la subida. Se había detenido, de hecho, para terminar de organizar su atuendo. Se

puso bien los guantes, se colocó mejor el sombrero de copa en la cabeza y enfiló hacia su destino con paso indolente, manejando con soltura su elegante bastón.

¿Hacia dónde iría? Gerald hizo una mueca.

—Oye, ¿qué hablabas con el milord?

—Eh… Nada, le daba un recado de Lucy, Lucy Campbell. Me la encontré cerca de la casita del señor Worth. —Un antiguo condestable del pueblo, Nerian Worth, seguía conservando la casita que compró en su momento. Gerald sabía a cuál se refería, no estaba lejos, siguiendo el camino—. Se alegró de verme, porque venía hacia aquí. Me dio la nota para usted y me pidió que hablase con lord Southgate.

—¿Con el conde? ¿Para? —El muchacho dudó—. ¡Vamos, Jimmy, venga! Somos amigos, ¿no?

—Pues no sé qué decirle. Pretende darme un vaso de leche de propina.

—Son tiempos difíciles, ya crecerás y te invitaré a whisky. —Al ver que el otro se resistía, recurrió a lo que nunca fallaba—. Está bien. Le haré un retrato a tu novia.

—No tengo novia. —Su rostro se iluminó con entusiasmo—. ¡Pero se lo podría hacer a mi madre!

Gerald no pudo por menos que sonreír.

—Por supuesto.

—Vale. Lucy me pidió que le dijera a lord Southgate que lo espera en el embarcadero de la caseta de Swan.

La caseta donde el viejo Swan guardaba las barcas que alquilaba a quien lo desease. Para quienes no tenían mansiones con su propio muelle privado, era lo más práctico. En Minstrel Valley el lago era una parte vital de la vida diaria de sus habitantes, sobre todo cuando llegaba el buen tiempo. Se daban largos paseos por sus aguas azules o se salía a pescar truchas o los barbos típicos de Hertfordshire.

También le habían contado que había un evento al año, llamado Race Boat o algo así, una carrera de barcas por parejas que debía ser muy divertida. Quizá algún día pudiera participar con Lucy como compañera. Bah, seguramente terminarían en el agua, tras una buena pelea.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Hace un rato. ¡Menos mal que me ha acompañado la suerte,

porque he tenido que dejar tres cartas de camino aquí y por poco se me escapa milord!

Eso significaba que ella ya estaba esperando en el muelle. Gerald miró en la dirección, aunque sabía que no podría verlo, porque quedaba tras la curva cerrada de la colina.

—Muchas gracias, Jimmy. Dime cuándo te viene bien que me pase a hacer ese retrato. ¡Es preferible por las mañanas temprano! —añadió mientras iniciaba el descenso.

Tendría que compaginar eso con las horas con Lucy, las de la iglesia y las que pasaba en Minstrel House, restaurando cuadros. Tenía algunos encargos más, en una lista que se iba alargando día a día, aunque colaría a Jimmy, porque se lo había ganado.

Para que luego dijese su abuelo que pintar no era una profesión seria. Tenía tanto trabajo desde que había llegado a Minstrel Valley, que apenas tenía ya tiempo para hacer otra cosa. Menos mal que, en todo aquello, incluía sus ratos con Lucy.

—¡Descuide, señor Perkins! —replicó el muchacho, encantado, ya llegando a la puerta de la posada, de la que en ese momento salía Mark con cara de susto.

Al verlo, agitó la mano.

—¡Señor Perkins! ¡Señor Perkins! ¡Espere!

—¿Qué pasa? —preguntó Gerald, sorprendido.

Mark estaba pálido y alterado como nunca.

—¡El señor Peele quiere que traiga de inmediato al jefe de policía, señor Perkins! ¡Insiste en que le han robado, y que el ladrón seguro que es usted! ¡Quieren registrar su dormitorio!

—¿Qué? ¿Por qué ha llegado a semejante conclusión…? —Gerald se detuvo. Recordó el intercambio de palabras entre Peele y Southgate, y el modo en que lo miraron. Aquel canalla había sugerido la idea, hubiese apostado su talento artístico en ello. Era su modo de vengarse. Gerald miró en dirección al descenso donde todavía se veía al conde caminando pomposo hacia la caseta de Swan. Hacia Lucy—. Llama al jefe de policía. Es buena idea, porque va a cometerse un asesinato.

—¿Qué? ¿Pero qué dice? ¡Señor Perkins! —llamó, al ver que iniciaba la marcha. Lo alcanzó y correteó a su lado—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Qué va a hacer?

—Esto es culpa de Southgate, así que voy a ocuparme de él.

—¿Qué? ¡No! ¡Es un conde! ¡Es intocable!

—Lo dudo. Si algo puedo prometer en esta vida, Mark, es que, cuando todo esto termine, será un conde con la nariz rota.

—¡Oh, Dios mío!

—Ve a buscar al jefe de policía, anda.

Mark lo miró con evidentes ganas de seguir insistiendo, pero terminó alejándose a la carrera en dirección a Legend Square, donde estaba el puesto de la policía, en el mismo lugar donde en otros tiempos había estado la oficina del condestable.

¿Terminaría aquello con su anonimato? ¿Tendría que aparecer Cuarto por Minstrel Valley para dar un golpe de mano sobre la mesa? Si se sentía obligado a ello, lo haría, y tal y como estaban las cosas, cada vez lo veía más probable.

Gerald agitó la cabeza y fue en pos de lord Southgate, acelerando en lo posible. Dado que la reunión iba a tener lugar en el muelle de la caseta de las barcas, no había posibilidades de pérdida, pero aun así no estuvo tranquilo hasta que volvió a tenerlo a la vista. El conde caminaba a buen paso y ya estaba llegando a destino.

Gerald aceleró. Su intención había sido la de caer sobre él nada más llegar, como un ángel justiciero, imprecarle por lo que había hecho y darle una paliza antes de que la policía pudiera impedirlo.

Pero, entonces, la vio.

Lucy estaba de pie en el embarcadero. No era la suya una imagen de lujo y esplendor, ni mucho menos. Más bien al contrario, porque llevaba su chaqueta y su sombrero habituales, ambos viejos y sin más encanto que el que ella podía aportar con su belleza. Los dos estaban bien cuidados, pero decían de ella que era una joven humilde, una trabajadora.

Y, sin embargo, pese a todo eso, estaba bellísima, envuelta en el reflejo dorado del sol en el agua. Gerald parpadeó, pensando que estaba ante alguna clase de criatura diferente. No era una reina, porque no había en ella ningún poder terrenal; pero daba lo mismo porque era más, mucho más.

Era una diosa, por toda aquella magia que la envolvía y acompañaba.

Lucy no lo vio a él. Estaba mirando hacia Southgate y sonriendo.

Lo hizo de aquella forma maravillosa que había ofrecido a la niña de la cabaña del bosque y que él tanto había deseado en vano.

Gerald sintió un agudo dolor en el pecho y supo que, el hecho de que se le hubiera olvidado respirar, solo era una de sus causas. La rabia que lo había consumido mientras bajaba tras Southgate se convulsionó en sus venas y se convirtió en algo peor. Algo helado, incómodo, que lo sobrecogió por completo.

¿Estaba celoso? ¡Pues claro que lo estaba, demonios! Por eso se sentía así, además de torpe, y estúpido, y expuesto. Sobre todo, expuesto. Como si de pronto no tuviera ni piel ni carne, como si su corazón estuviese a la vista, latiendo con esfuerzo y dolor en aquel mundo que ya no controlaba ni entendía.

Gerald se parapetó tras un árbol y, cuando por fin pudo respirar y las piernas dejaron de temblarle, buscó el modo de acercarse con el máximo sigilo. No supo por qué lo hacía, en realidad, pero algo lo impulsaba, como si no fuese más que una marioneta del destino. Necesitaba enterarse de lo que iba a pasar.

¿Qué ocurría? ¿Por qué Lucy lo había citado allí? ¿Qué quería decirle?

Las grandes puertas de la caseta estaban entreabiertas. Gerald entró y se movió por su interior, que olía a madera húmeda, hasta estar al otro lado, cerca de la pareja. Entonces, se asomó poco a poco por el ángulo de uno de los ventanales para espiar.

Lord Southgate se estaba quitando el sombrero, con gesto gallardo, y cuando Gerald vio cómo se miraban aquellos dos, hubiera deseado poder gritar.

Capítulo 21

—Gracias por venir, lord Southgate.

Lucy sonrió, o al menos lo intentó con todas sus fuerzas. El conde le dedicó un saludo gallardo y se mantuvo descubierto, pese al sol que calentaba con ganas. Una deferencia que supo apreciar.

—Me ha alegrado mucho recibir su aviso, señorita Campbell —replicó—. Quería hablar con usted, para disculparme por el comportamiento de mi hermana.

—No, por favor. Usted no tiene la culpa.

—Aun así, me siento avergonzado. —Hizo un gesto de enfado—. Las encontré en el bosque, ¿sabe? Estaban riendo, las muy tontas, dispuestas a permanecer horas escondidas por ahí, sin volver a la escuela. Querían que se organizase tal escándalo que la despidiesen a usted.

—Pero ¿por qué?

—Susie sabe que usted me interesa. —Rio—. Ya ve, ella intentó huir con un sirviente, pero le parece mal que yo pueda llegar a proponer algo en serio a una doncella. —Lucy no dijo nada, ni siquiera parpadeó, pero por dentro todo su cuerpo sintió una convulsión ante la idea. Lord Southgate no pareció darse cuenta de nada—. Por supuesto, le reproché su comportamiento ruin y las llevé de vuelta. Cuando vi que usted todavía no estaba, dije lo del juego del escondite porque fue lo primero que se me ocurrió, para excusarla.

—Fue una gran idea. —No había servido de mucho, teniendo en cuenta que todos conocían sus ardides para ganar esas propinas extra, pero debía reconocer que había sido ingenioso. Eso también le gustaba de él—. Muchas gracias.

—Un placer, señorita Campbell. Siempre a su servicio. —Una nueva inclinación gallarda—. Y, dígame, ¿todo ha ido bien? ¿O ha habido consecuencias? ¿La han reñido mucho por lo ocurrido?

—No, en absoluto. Al menos, no en ese sentido. La gobernanta me reprochó el haber sido tan crédula, pero nada más. —Vaciló un instante—. Pero debo hablarle de algo que he descubierto a consecuencia de todo esto, y que me inquieta mucho.

—Usted dirá.

Lucy le relató al detalle lo escuchado cuando las caniches abandonaron la habitación de lady Susan, aquellos comentarios en los que expresaban su miedo por un escándalo cercano.

—Yo no sé qué pensar —reconoció—, por lo que he creído conveniente hacerle partícipe de la historia, y cuanto antes.

Lord Southgate se había quedado pálido.

—Le agradezco su amabilidad, no se imagina cuánto. Y le ruego por favor que no mencione nada de esto a nadie. Sea lo que fuere lo que están tramando esas tres niñas, no puede ser nada bueno, y temo que también la salpique a usted.

—No diré nada, por supuesto. ¿Se le ocurre qué puedan estar tramando?

—No, en absoluto. —Negó también con la cabeza, aunque, al poco, se detuvo—. Bueno, puede que esté relacionado con Evans. El hombre con el que se escapó mi hermana, mi antiguo ayuda de cámara… —añadió, como si se diera cuenta de que el nombre solo podía no ser suficiente.

—Sí, lo recuerdo.

Lord Southgate frunció el entrecejo, en un evidente esfuerzo por pensar rápido.

—Ay, señorita Campbell, me estoy temiendo lo peor.

—¿Que le haya hecho venir a usted a Hertfordshire para poder escapar de aquí y luego huir con él?

—Sí, algo así. —Lord Southgate se golpeó con el sombrero en la pierna, en un gesto lleno de frustración—. Maldita sea… Cabe la posibilidad de que se hayan puesto en contacto de algún modo, ese truhan escapó cuando los perseguimos en la carrera hacia Gretna y no hemos podido localizarlo.

—Es posible que su hermana sí supiera cómo ponerse en contacto.

Él dudó.

—Ah, demonios… —Suspiró por fin—. De verdad que daba la impresión de que esa mimada había aprendido la lección. Aunque no debería ser tan duro con ella. Es una niña, y el señor Evans es un hombre agradable, de buen aspecto y encanto más que probado con las mujeres. —Bufó—. No voy a negar que me caía simpático y que todo este asunto me tomó por sorpresa y me… decepcionó en gran medida. Y me hizo sentir culpable.

—¿Culpable por qué? ¿Acaso los ayudó a escapar?

El conde la miró casi ofendido.

—No, por supuesto que no. Quiero a mi hermana, pese a sus muchos defectos, y sé que ese no es el camino de su felicidad. Pero los entendí, comprendí sus motivaciones. El amor no reconoce fronteras de ningún tipo, señorita Campbell: ni sociales, ni de raza, ni de nada. No sé si me explico.

—Perfectamente.

Lord Southgate la miró. Sobre su frente caía un único rizo, que le daba un aire bohemio. Qué guapo era. Siempre estaba guapo, e impecable, con su traje gris bien cepillado y aquel cabello cuidado al máximo. Y ahora había descubierto que era amable, considerado con ella, y también que sabía improvisar. Era listo. Eso le gustaba.

Lucy deslizó sus pupilas por el hombre, y decidió una vez más que no podía dejarlo escapar. Pero, por eso mismo, debía seguir siendo un desafío.

—Tengo que volver a Minstrel House —dijo.

Él asintió.

—La acompaño. Precisamente iba hacia el norte, tengo una cita. Con el herrero —añadió, al ver que lo miraba con curiosidad. Lucy sonrió. Supuso que quería encargarle algún arma, Angus era famoso por las espadas que fabricaba—. Pero sabe que siempre estoy deseando verla. ¿Podríamos dar un paseo esta tarde?

Lucy había esperado que dijera eso, por lo que había enviado una nota al pintor. Cualquier otro día hubiera dado lo mismo, no sería la primera vez que estaba con Perkins en su hora de posado y luego, sobre las seis, salía a caminar un poco por el bosque con lord Southgate.

Pero, esa tarde, iba a resultarle imposible compaginarlo así, porque

lady Acton tenía una invitada muy especial a tomar el té. En concreto, se trataba de lady Eleanor, antigua directora de la escuela y ahora casada con el conde de Clifford, cuya familia y título estaban muy arraigados en el pasado y las tradiciones de Minstrel Valley.

Desde su matrimonio, lady Eleanor vivía con su marido, el conde de Clifford, entre Londres y Minstrel Valley, donde tenían la mansión familiar, Clifford Manor, pero había pasado los últimos meses en la capital por el nacimiento de su hija, en marzo. Había llegado pocos días antes a Minstrel Valley para pasar el verano en Clifford Manor, y Minstrel House iba a ser su primera visita. Hacía mucho que no la veían, y era una amiga muy querida, tanto por lady Acton como por todo el profesorado de la época, de modo que iría para el té, pero todos contaban con que también se quedara a cenar. Tenían mucho que contarse.

Por si eso no fuera suficiente, en la escuela todos estaban revolucionados con la idea de conocer a la pequeña Helena, bautizada así en honor a lady Acton. La propia Lucy estaba deseando verla. Estaba convencida de que sería una preciosidad. Tenía gracia, en su momento, nunca se sintió muy cerca de lady Eleanor. Su época como directora tuvo lugar antes de la llegada de Didi y de que todo su mundo cambiase. Lady Eleanor se convirtió en condesa de Clifford en mayo de 1838, y Didi llegó en julio, cuando ya había abandonado el puesto en la escuela.

Pero, aun así, ahora sentía una extraña afinidad con ella, y mucha ternura por su hijita. Iba a ser maravilloso poder verlas esa tarde.

Por eso, Lucy no contaba con tener tiempo libre, iba a estar muy ocupada. Su único rato libre sería, lamentablemente, la hora que dedicaba a posar para Perkins, y tras pensarlo mucho, había optado por concedérselo al noble. Era con él con quien debía casarse, pese a lo que se empeñase en decir su corazón.

Pero, claro, no quería decirle a lord Southgate que ya había organizado su horario. Debía simular ante él que no lo estaba manipulando.

Puso expresión de pena.

—Lo siento mucho, milord. Me encantaría, pero sabe que tengo que posar para el señor Perkins.

—Oh, eso… —Hizo un gesto intrigante. Por un instante, Lucy tuvo

miedo de que no insistiese. Precisamente contaba con ello, para terminar aceptando—. Le puedo asegurar que Perkins no va a estar disponible esta tarde, y posiblemente ninguna otra. Pero no se preocupe, yo también deseo que se haga un retrato con usted como protagonista. Solo dé su consentimiento, y me ocuparé de que el mejor artista de todo Londres se haga cargo del proyecto.

Eso la desconcertó. ¿Habría anulado Perkins su cita, sin que ella se hubiese entrado todavía? Pero no, el asunto parecía más grave aún. Como si tuviera un carácter definitivo. ¿Por qué daba como concluido el proyecto del cuadro?

—¿Por qué lo dice? ¿Qué ha pasado con Perkins?

—Bueno… no me gusta propagar chismes, pero ha habido algunos robos en la posada. Y, por lo que parece, es posible que Perkins esté detrás del asunto.

Lucy abrió mucho los ojos.

—¿Robos? ¿Perkins? ¿Qué dice? Imposible.

—¿Cómo puede estar tan segura? ¿Y cómo no ve lo evidente? Ese tipo no tiene dónde caerse muerto. Y usted misma me dijo que le paga un chelín por hora, por posar.

—Sí, pero… —¡Ah, maldición! ¿Por qué le hablaría del tema? Pero, como había insistido tanto a veces en citarse con ella, no había tenido más remedio que ponerlo como excusa. Pensó en contarle lo de la benefactora, la mujer que tenía Perkins de amante, pero dudó. ¿Acaso no era algo que había supuesto ella, sin más? ¿Y si no existía en realidad? ¿Y si Perkins robaba por ahí, para poder pagarle a ella? Pero no, imposible. Siempre hablaba de Dottie con aprecio, no haría eso en The Old Flute. Le conocía ya lo suficiente como para saber que jamás cometería un acto tan deleznable. Negó con la cabeza—. Pero no puedo creerlo. Él no haría algo así.

—¿De verdad? Y eso, ¿cómo puede saberlo? Apenas lo conoce.

—No lo haría —insistió ella.

Lord Southgate entrecerró los ojos.

—¿Hay algo entre ustedes?

—Le he dicho muchas veces que no. —Eso era cierto. Aunque de forma aparentemente ligera, lord Southgate siempre se había mostrado celoso respecto a Perkins, del mismo modo que ocurría a la inversa—. Pero somos amigos. Y no me creo que esté robando en casa

de Dottie, perjudicando su negocio. Sé que la aprecia, que está muy agradecido por todo lo que le han ayudado en The Old Flute.

Resultó evidente que todo aquel discurso no le complació en absoluto, pero lord Southgate se encogió de hombros y se forzó a sonreír.

—Muy bien, eso ya lo comprobará la policía. Pero yo espero que de verdad no haya nada entre ustedes, porque me gustaría pensar que, cuando me vaya de aquí… —Hizo una mueca—. ¿No le gustaría viajar, Lucy? ¿Conocer mundo?

Ella tardó un par de segundos en contestar. Era una pregunta que nunca se había planteado, y eso la sorprendió.

—No mucho, la verdad —reconoció. Al momento, supo cuál era la respuesta—: Me gusta Minstrel Valley. Siempre he sido feliz aquí, e infeliz cuando me he ido.

—Oh. —Él miró a su alrededor, al lago, a la línea de costa, con sus hermosas mansiones. Su expresión era cauta—. Sin duda es un lugar… pintoresco.

—¿Pintoresco?

—Sí, bueno… Tranquilo. Evocador. Tiene su encanto, no lo niego. Pero me temo que, pasados unos días, la campiña inglesa siempre me provoca un enorme tedio. Yo soy más de ciudad. Fiestas, juegos y teatros, ya sabe. —Le lanzó una mirada directa—. ¿No le gustaría venir a Londres conmigo?

—¿Yo? —Lucy arqueó una ceja—. ¿Es que necesita una doncella?

Él se echó a reír.

—Es usted muy dura conmigo, señorita Campbell.

—¿Eso piensa? —Lo miró divertida—. Y eso que ni siquiera he empezado a serlo.

—Oír eso me amedrenta más todavía. —De pronto, el conde avanzó, la cogió por el brazo y tiró ligeramente de ella, haciendo que basculase en su dirección. Sus rostros quedaron muy cerca. Estaba a punto de besarla, comprendió Lucy. Pero dejó el beso en suspenso, como la estatua del juglar y la dama—. Pero hablo en serio, Lucy. Venga conmigo. Si lo hace, le aseguro que luego viajaremos por todas partes. Iremos a París, a Roma, a Barcelona…

Lucy rio como si lo encontrara gracioso, aunque el corazón le latía con fuerza. ¡Estaba a punto de declararse! O quizá lo estaba haciendo,

sentía la mente tan confusa y aturdida…

—Se burla usted de mí.

—¡Jamás haría eso! Escuche: en breve podré disponer de suficientes fondos como para ofrecerle una vida desahogada. Una casa en un buen barrio, tranquilo y discreto; un coche con un buen tronco de caballos; un palco en el teatro; una renta anual generosa. Criados, cuantos necesite… ¿Qué me dice? ¿Acaso no es mucho mejor que quedarse aquí, trabajando de doncella para otros?

A medida que iba escuchando, Lucy había oprimido tanto los labios que, durante un momento, hasta pensó que no podría hablar.

—¿Me está…? ¿Me está proponiendo ser su mantenida, milord?

Al percibir lo mucho que desaprobaba la idea, él entrecerró los ojos.

—Dicho así, no suena demasiado bien, lo admito. Pero, si reflexiona en ello, no es más que una cuestión de términos.

—Todo en la vida es una cuestión de términos.

—¡Maldita sea, ¿y qué más da?! O mucho me equivoco, o ambos sentimos una atracción irresistible, el uno por el otro. —El agarre de su brazo perdió fuerza, pero solo para poder deslizarse hasta llegar a su mano—. Por eso, quiero cuidar de usted, y que usted sea mi amante, Lucy. Quiero que nos amemos con pasión y sin límites. Que estemos tan cerca, tanto, que la piel de uno se funda con la del otro… —Notó cómo su dedo pulgar se colaba más allá del fin del guante y trazaba un círculo en la parte interior de su muñeca. Un signo lento y firme, que le provocó un estremecimiento—. Que encontremos juntos una y otra vez el más enloquecedor de los placeres.

Entonces, sí, la besó, con una impetuosidad y un ardor que la dejaron sorprendida. No era la primera vez que Lucy besaba a un hombre, aunque nunca había durado tanto el contacto de labios contra labios. Por lo general, se apartaba de inmediato. Y aunque habían intentado meterle la lengua —¡qué costumbre repugnante!—, ella no lo había permitido.

Ese día, sí, porque, aunque lord Southgate no lograba despertar en ella una gran pasión, sí le estaba agradecida, por lo hecho con su hermana; pero, sobre todo, porque había demasiado en juego.

Por eso, relajó los labios y lord Southgate se deslizó hábilmente en su interior, un remedo de lo que ocurriría si llegaba a acostarse con él.

Lucy se estremeció, sacudida por completo por las emociones que le provocaban aquel beso. Por desdicha, aunque no resultaba desagradable, sobre todas ellas se elevaba la idea, la firme convicción, de que no era el hombre adecuado, de que estaba equivocándose.

En su mente surgió otra vez la imagen de Perkins, aquel día, en el claro del bosque, mientras la dibujaba…

«Es él, es él, es él, es él…».

Perkins, con su sonrisa deslumbrante y una simpatía natural que no parecía tener oposición en el mundo entero. Con su pobreza. Con sus remiendos y sus miserias. Con su buena mano con los niños… ¡Sería un buen padre, seguro! O mucho se equivocaba, o podría querer incluso a Didi bajo su techo.

«Es él, es él, es él, es él…».

Maldito fuera, ¿por qué tenía que colarse continuamente en sus pensamientos? Aquel hombre ni siquiera contaría con un techo, en un futuro cercano. O quizá sí, pero no uno propio, cuando fuera a la cárcel. Sintió un estremecimiento. ¡No, no iría a la cárcel! De darse el caso, rogaría a Dottie o rogaría a lady Acton, pero él no sería un preso más en aquel sistema terrible. Lo salvaría, pero no podría compartir su destino miserable. No quería más pobreza…

Eso hizo que intentase borrarlo a fuerza de dar más ímpetu a aquel beso. Rodeó el cuello del conde con los brazos y se pegó a él, deseando poder sentir por aquel hombre toda la pasión que la embargaba cuando recordaba a Perkins. Lord Southgate jadeó y la estrechó más todavía. Sintió sus manos, abarcando su talle, clavando los dedos con fuerza. Luego, una de ellas la afianzó por las nalgas, mientras la otra subía hasta cubrir uno de sus pechos.

Fue demasiado.

Lucy forcejeó y le empujó como pudo, mientras se echaba hacia atrás.

—¡No!

—¿Por qué no? —La retuvo. Era un hombre fuerte—. Sé que siente pasión por mí, puedo percibirla. Y yo la deseo tanto, Lucy…

—Suélteme.

Quería apartarlo o, más que nada, escabullirse de su abrazo. No aspiraba a ser capaz de moverlo del sitio por sí misma, ni mucho menos. Pero hubo algo más, un movimiento, un impacto, algo entre

ellos. Lucy tardó un par de segundos en comprender que se había acercado un hombre corriendo, la había sujetado a ella y había empujado con fuerza a lord Southgate, lanzándolo del muelle al agua.

Y tardó otro instante más en percatarse de que había sido Gerald Perkins.

Capítulo 22

El conde cayó al lago Minstrel levantando un surtidor de agua que los salpicó con violencia. Ella gritó, pero Perkins lanzó una carcajada.

—¡Ya verá! ¡Seguro que eso le bajará la calentura!

—¡Pero… pero…! —Lucy llegó a pensar que sería incapaz de hilvanar ni una frase inteligible, pero se equivocaba—: ¡Se ha vuelto usted loco!

Perkins se volvió hacia ella. Se lo veía tan satisfecho que la miró casi con amabilidad, pese a que Lucy podía sentir la ira que lo consumía por completo. Qué enfadado estaba… ¿Por ella? ¿Por lo ocurrido?

¿Por el beso?

—Por una vez, estoy de acuerdo con usted. Pero no se imagina lo satisfecho que me siento ahora mismo. —Ambos vieron como forcejeaba Southgate en el agua. La voz de Perkins se volvió de pronto grave—. A ver si ese cretino no sabe nadar…

Lucy abrió los ojos como platos. Esa impresión daba, porque el conde no avanzaba, solo luchaba por mantenerse a flote en el sitio.

—¡Oh, Dios mío!

—Mierda… —Perkins empezó a quitarse las botas, dando saltitos —. No se preocupe, ya voy yo a salvar a su Romeo.

—¡Qué menos! ¡Usted lo ha lanzado al agua!

—Porque se lo merecía. Estaba…

Lucy no tenía ganas de escuchar la versión de Perkins sobre lo que había ocurrido. Ya se había quitado las botas, así que no tenía nada más que hacer en ese muelle, ni qué decirle a ella.

Lo empujó al agua, lo que provocó un surtidor todavía mayor.

—Oh, demonios —dijo Lucy, cubriéndose espantada la boca con las manos, al darse cuenta de lo que había hecho. Por suerte, Perkins sí sabía nadar, y muy bien. Salió a la superficie, recorrió con soltura y velocidad la distancia que lo separaba del conde, lo agarró y, tras forcejear con él hasta lograr imponerse, empezó a arrastrarlo hacia la orilla. Lucy echó a correr en aquella dirección—. Oh, demonios…

Llegó a tiempo de ayudar a Perkins a sacar el cuerpo flojo de Southgate del lago Minstrel. Eso implicó meterse en el agua hasta casi las rodillas, con lo que las faldas de su vestido se empaparon y empezaron a pesar y a entorpecerla. Por si eso no fuera suficiente, el conde pesaba más de lo que pensaba.

Hubiese sido un milagro salir de aquella sin mayor daño, y ella hacía tiempo que no creía que esas rarezas sobrenaturales tuviesen relación alguna con los pobres. Por eso no se extrañó cuando perdió el equilibrio, resbaló y cayó de bruces al agua. Ya antes de salir, sujetándose como podía el sombrero que se balanceaba sobre el moño deshecho, pudo escuchar la risa sonora de Perkins.

—Oh, Lucy… Perdone. —Risas y risas. Tantas, que también se desplomó sentado y siguió riendo—. Por favor, no… No me fulmine con la mirada.

—¡Yo no hago eso!

—Claro que sí. Voy a arder como una pira en cualquier momento, pese a estar empapado. —Se puso en pie con esfuerzo y mantuvo alzado a Southgate, pero también le tendió una mano a ella—. Vamos, en pie. Tiene que ayudarme… —Cuando ella le agarró e hizo fuerza para incorporarse, contando con su apoyo para ponerse, la soltó a posta y volvió a dejarla caer. Lucy gritó al desplomarse sentada, en un nuevo surtidor de agua y barro—. ¡Ja! ¡Ha picado!

Lucy lo miró furiosa. Ahora sí que hubiese deseado poder fulminarlo con un rayo surgido de sus pupilas.

—Pero, ¿qué hace?

—Vengarme, claro está. Esto ha sido por lanzarme del muelle.

—¡Iba a tirarse al agua de todos modos!

—Cierto, pero me ha arrojado usted. ¿Quiere ponerse en pie de una vez y ayudarme? O este idiota se va a terminar ahogando aquí en la orilla.

Lucy se incorporó por si sola, bullendo de furia. La ropa le pesaba una barbaridad, pero logró mantener el equilibrio y ayudar a sacar al conde. De no ser porque seguía sin responder y temía que estuviera muerto, hubiera dejado toda la tarea en manos de aquel maldito de Perkins.

Pero no, solo estaba inconsciente. Perkins lo espabiló con un par de sopapos poco considerados.

—¡Eh! ¡Vamos! ¡Despierte, canalla!

Ella lo miró horrorizada.

—Pero ¿qué hace? ¡No sea bruto!

—¿Bruto? Me estoy conteniendo. Preferiría darle un buen puñetazo.

—Pero ¿qué le pasa?

Él la miró y lo supo, porque sus pupilas estaban fijas en sus labios, como si emitiesen una acusación. El beso. ¡Oh, pues claro! Secretamente se sintió halagada ante la idea de que el flemático Perkins se hubiese sentido tan celoso como para montar aquella situación absurda. Aunque, por supuesto, no pensaba reconocerlo jamás.

Southgate se incorporó boqueando y escupiendo agua. Se quedó sentado, mirando horrorizado a su alrededor.

—¡Ha… ha intentado asesinarme! —logró exclamar por fin.

Perkins volvió a reír, aunque su risa sonó oscura. Como llena de malos presagios.

—No sea idiota. De ser así, no le hubiera salvado la vida. Y eso, pese a las mentiras que va extendiendo por ahí, a mi costa, maldito canalla.

—¿Cómo se atreve? —El conde se puso en pie con esfuerzo. Le costó un par de intentos, en los que cayó de rodillas sobre el barro de la orilla, pero al final logró su objetivo. Trastabillando, chorreando agua, y con su pelo perfecto aplastado, no estaba tan atractivo. Al contrario de Perkins que, incluso así, estaba increíblemente guapo—. ¡Esto lo sabrá el jefe del mismísimo Scotland Yard!

—Claro que sí. Como todo lo demás, incluido lo del robo. Puede ir propagando por ahí todas las calumnias que quiera, pero si cree que se va a salir con la suya sin consecuencias, está muy equivocado.

Southgate estaba tan pálido que bien podía haber pasado por un

aparecido, un antiguo ahogado que acabase de salir del lago para llenar de terror a los vivos. Amenazó con un dedo a Perkins mientras reculaba, alejándose del agua.

—Me las pagará, cretino.

—Lo estoy esperando, idiota.

El conde se marchó, tambaleándose, sin sombrero y sin su elegante bastón, que debían haber ido a parar al fondo del lago. Lucy no pudo evitar sentirse un poco decepcionada al ver que no se despedía de ella, ni le decía nada para intentar sobrellevar la situación. Supuso que así eran los nobles, estaba abochornado y, por tanto, en esos momentos nada importaba, excepto él y su amor propio malherido.

Cuando se quedaron solos, Perkins se pasó una mano por la cabeza, enjuagándose el agua del cabello.

—Maldición…

Ella agitó el sombrero, pero estaba echado a perder, no tenía salvación, de modo que lo arrojó a un lado. Tendría que conseguirse otro, aunque no estaba segura de cómo iba a lograrlo. Era un problema, porque no podía salir sin sombrero, pero era más preocupante la chaqueta. ¿Podría quitarle todo aquel barro? ¡Y el vestido! Empezó a escurrir sus faldas. ¡Qué desastre!

—Veo que se le han pasado las ganas de reír —masculló, al darse cuenta de que llevaba ya varios segundos en silencio.

—No crea. —La miró y ella sintió una presión en el pecho. Perkins fue hacia el sombrero desechado y lo recogió. Lo agitó, intentando eliminar el agua—. Le compraré otro. Y un vestido nuevo. ¡Diez! Odio que use siempre ese. Y esa vieja chaqueta.

—No puede comprarme ropa, Perkins. Y no solo porque no sería decente. —Se encogió de hombros—. No tiene usted dinero.

Lo vio apretar los labios.

—Siento haberla derribado. No debí hacerlo. Aunque sea una traidora, es una dama.

—¿Una dama? —El tono estuvo lleno de burla, pero sintió una extraña calidez en el corazón—. No me haga reír. Solo soy una doncella.

—Una cosa no quita la otra.

—¿De verdad? Pues debe ser el único que piensa así en este maldito imperio. Y fuera de él. —Lanzó un bufido—. Pero ¿por qué

demonios ha hecho eso? ¿Por qué ha atacado a lord Southgate? ¿Se ha vuelto loco?

Él frunció el ceño. Las aletas de su nariz se agitaron ligeramente.

—Y, usted, ¿por qué no lo hizo? No quería que la besara, se veía a la legua. ¡Debería haberlo arrojado usted misma al agua!

—¿Qué? —Se ruborizó—. No, es igual, no conteste. No quiero hablar con usted de ese tema.

—¿Por qué no? No se me ocurre ningún otro tan importante ahora mismo —Ella se giró para irse, pero el vestido pesaba y el suelo era puro barro resbaladizo. Estuvo a punto de caer. Si no lo hizo, fue porque él la sujetó, firme, y la atrajo contra su pecho—. No era ese beso el que usted quería, ¿verdad? Pasión, violencia, lujuria, deseo… —Enumeró, como si estuviese recordando algo—. Rodar por la hojarasca de un bosque oscuro, Lucy Campbell. Eso es lo que busca. Y solo lo tendrá conmigo.

«Es él, es él, es él, es él…».

Lucy tragó saliva. De pronto, tenía todo el cuerpo en tensión, y su piel parecía arder, pese a estar empapada, y el aire crepitaba a su alrededor con una sensación de inminencia, de que algo iba a ocurrir, tenía que ocurrir, quería que ocurriera… «Ojalá hubiese sentido esto con lord Southgate», atinó a pensar, algo aturdida, aterrada por no poder escapar a la idea de que así era cómo debía sentirse una mujer enamorada. Una mujer que estaba deseando entregarse a un hombre, y recibirlo, para compartir con él cuerpo, tiempo y vida.

Jadeó, luchando una vez más contra todo aquello.

—¿Y usted qué sabe?

—¿Me lo va a negar? —Las manos de Perkins, que seguían sujetándola, se volvieron firmes, exigentes, como si tuvieran algún derecho a retenerla o recorrerla por completo. Lucy sintió un calor repentino en una parte muy íntima de sí misma, una excitación que creció y creció, y deseaba seguir creciendo—. Porque me encantaría demostrárselo.

«Estoy perdida», pensó Lucy, sobrecogida por el deseo que le provocaba aquel hombre. Adelantó una mano, lo agarró por la pechera de la chaqueta y tiró de él mientras se ponía de puntillas para besarlo. Perkins no se hizo de rogar. La envolvió en sus brazos y la atrajo mientras sus bocas se fundían con pasión, incluso con rabia, en

una pelea por ver quién era capaz de profundizar más aquel primer beso.

La lengua de Perkins la invadió, dominante, y no le importó, al contrario. Sentirla en su boca, moviéndose sin tregua, explorando y conquistando cada recoveco, supuso un placer indescriptible, algo que no hubiera podido imaginar nunca. Quería más, siempre más, mucho más. Le sobraba la ropa, la piel y hasta el mismo aire que los separaba.

Perkins la levantó en el aire y empezó a llevarla hacia la caseta de las barcas. Si entraban, ya sabía lo que ocurriría.

En la mente de Lucy surgió la imagen de su abuela, riéndose.

Empezó a forcejear.

—¡No! ¡No, suélteme! —Por suerte, lo hizo de inmediato, aunque se mostró frustrado. Ella se cubrió el rostro con las manos. Los guantes estaban húmedos y sucios de barro. Por Dios, debía tener un aspecto terrible—. No, por favor. Por favor… No puedo exponerme, no puedo…

—Tranquila. Lo siento. Nunca pasará nada entre nosotros si usted no lo desea, Lucy. Pero lo desea, admítalo.

Lucy apretó los puños.

—¿Por qué me atormenta así?

—¿Yo te atormento? —preguntó él, tuteándola de pronto—. ¿Y tú? —Se llevó un dedo a la sien—. Estás en mi maldita cabeza, Lucy, todo el día. ¡Todo el maldito día!

—¿Yo? ¿Y cómo se atreve? ¡No le he dado permiso para tutearme!

Él lanzó una risa ronca.

—Acabamos de besarnos, mujer. Coincido en que esa caseta de barcas no es el mejor lugar para hacer el amor, pero lo haremos un día de estos, hoy mismo, cuanto antes. Por supuesto que puedo tutearte.

—¿Quién le ha dicho que vamos a hacer el amor?

—Tu cuerpo, Lucy. Tu beso, Lucy. Tu pasión, Lucy —enumeró, tuteándola, y repitiendo el nombre como si fuera una especie de conquista.

Ella entrecerró los ojos.

—Aunque así fuera, aunque lo desease hasta ese punto de perder por completo la cordura, te aseguro que no lo haría. Hace mucho me juré que no… —Se ruborizó como nunca, pero lo dijo—. Que no

conocería varón de ese modo, hasta ser su esposa. —Él parpadeó, y ella añadió, desabrida—: Pero ya imagino que no te has planteado en ningún momento casarte conmigo, Gerald Perkins.

—Bastante más que el idiota ese, que te ha ofrecido una casa en Londres para que seas su… —En el último momento, contuvo la palabra, aunque ambos sabían cuál era. Lucy se ruborizó—. ¿Y tú qué has hecho? ¡Besarlo! Pese a que no querías hacerlo. Demonios… ¿Ibas a aceptar? ¿Ibas a hacerlo, en serio, Lucy? ¿De verdad? —Dio un paso al frente, hasta estar muy cerca—. Porque puedo mejorar esa oferta.

Cuando lo propuso Southgate, había dolido, sobre todo por la decepción, pero no fue nada comparable a cómo fue oírlo de Perkins. Lucy lo vio todo rojo, y, antes de darse cuenta de lo que hacía, lo abofeteó con fuerza. «Estoy maldita», se dijo. Por completo y sin remisión. Era algo que llevaba ya años sospechando, pero nunca le había quedado tan claro como en ese momento.

Toda su belleza era una burla, una broma. Como haber nacido con algo poderoso que no podías utilizar, que no iba a servir para nada; como un rey, nacido con corona pero sin la capacidad real de ejercer el poder. Del mismo modo, pese a su atractivo, Lucy Campbell moriría solterona. Nadie le ofrecería jamás matrimonio, debía ir aceptando la idea. La miseria era peor que el barro del lago Minstrel, absorbía y retenía y jamás soltaba.

Dio media vuelta y salió corriendo. Oyó que la llamaba, pero no hizo caso, y él no la siguió.

Capítulo 23

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Sally, la doncella personal de lady Acton.

Lucy asintió. Estaban sacando sendas bandejas con el servicio del té del montaplatos. La antigua directora del colegio, lady Eleanor, ya estaba reunida con lady Acton. De hecho, estaban planificando llenas de entusiasmo el bautizo de la pequeña Helena en Minstrel Valley, en la capilla de Clifford Manor.

—Sí, perfectamente —replicó Lucy con voz átona—. Gracias.

Sally la miró con curiosidad.

—Estás distinta, Lucy. Ya hace un tiempo que has cambiado, lo comentan todos, pero ahora… No sé, hasta diría que sufres de mal de amores. Espero que no sea por culpa de lord Southgate. —Lucy se ruborizó—. Oh, no, Lucy. Jamás aprenderás la lección.

—¿Tan raro sería que un hombre como ese se casara conmigo?

—No sería sencillo. Pero no me refiero a eso. Me refiero a que tienes que intentar compartir la vida con alguien a quien quieras, y que te quiera. A la hora de la verdad, todo lo demás, no sirve de nada.

—Eso no es cierto. El dinero es importante, y los pobres nos pasamos la vida buscando el modo de asegurarnos un plato de sopa incluso cuando ya no podamos prepararla, cuando seamos tan viejos que lo necesitemos todo. Pero, por más vueltas que demos, por más que trabajemos, si no hacemos algo especial, como casarnos con un hombre rico, estaremos abocadas a la miseria, siempre. Lo sabes. Eres doncella, como yo. Viviremos sirviendo a otros y, cuando nos quedemos sin fuerzas para seguir haciéndolo, nos apartarán a un lado y…

—Te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—Que lady Acton tiene preparado un fondo para el mantenimiento del personal, en el futuro, cuando seamos mayores. Incluso para cuando ella ya no esté. Creí que lo sabías. Pero bueno, supongo que no pasas mucho tiempo aquí, cuando no tienes que trabajar, y no sueles hablar con nosotros, ni asistes a las reuniones.

Lucy vio que Sally parpadeaba, evidentemente emocionada. Ella misma sintió un nudo en la garganta.

—¿A qué te refieres, Sally?

—A que se ha ocupado de que esta escuela tenga una continuidad en el futuro, por supuesto. Y, por ello, todos los que participamos en su día a día tendremos un hogar aquí, por siempre. Profesores, doncellas, lacayos… Hasta la última criada, el día en que sea una anciana que no pueda cuidar de sí misma, estará aquí, atendida con amor y respeto. Así me lo dijo.

—Oh, Sally…

—Lady Acton es una mujer magnífica —musitó la doncella—. Para mí, siempre será un honor haberla conocido.

—Y para mí.

Sally y ella se sonrieron. Que Lucy supiera, nunca lo habían hecho.

—Vamos, que nos esperan. —Cargadas con las bandejas, se dirigieron al salón de lady Acton—. ¿A que es preciosa la nena de lady Eleanor?

—Mucho. —Le recordaba a Didi de bebé—. Es una monada.

Sally se echó a reír.

—¡Madre mía! Se te ha iluminado el rostro al pensar en ella. Deberías tener niños, Lucy. Casarte por amor y disfrutar mucho de la vida.

—Sí, supongo…

Se imaginó casada con Perkins, con un niño y una niña manchados siempre de colores alegres, por culpa de los abrazos de su padre. Aquel hombre sería un gran padre. Sería un gran esposo. Y le ofrecían muchos trabajos, estaba claro. En Minstrel House estaban muy contentos con sus restauraciones y, por lo que sabía, también el padre Ellis.

Aunque nunca se hiciera famoso, aunque vivieran de forma

humilde, no faltaría un plato en la mesa de sus hijos. Lucy podría conformarse con eso. Se descubrió deseando poder conformarse con eso, tenerlo y olvidarse de todo lo demás. Al infierno lady Southgate. Al infierno las inmensas fortunas. Quería ese hogar sencillo y esos abrazos llenos de amor.

Pero él no le había dicho nada de casarse…

En el salón, lady Acton estaba sentada en su lugar de siempre, junto a la chimenea. La señorita Thompson y lady Eleanor ocupaban unos sillones cercanos, esta última con su hijita en brazos.

Lady Helena era una preciosidad. Cada vez que la miraba, Lucy sentía que algo se derretía en su interior. ¡Era tan bonita, tan sonriente! En esos momentos estaba jugando con el medallón que adornaba el pecho de su madre.

—¿Es el medallón que heredó? —estaba justo preguntando la señorita Thompson—. ¿El que es idéntico al que encontraron en la capilla de Clifford Manor?

—Así es. A Helena le gusta mucho. —Acarició con un dedo enguantado la mejilla del bebé—. Algún día lo heredará, así podrá encontrar el amor verdadero, según cuenta su leyenda. Gracias, Lucy —dijo a ella, cuando esta colocó la taza con el té a su lado. La miró con curiosidad—. Te encuentro cambiada.

Ella se sintió confusa. ¿Tanto se notaba? ¿Y todos debían darse cuenta?

—Espero que para bien, milady.

—Sin duda.

Estaba intercambiando su primera sonrisa con lady Eleanor, cuando entró Nancy. Se acercó a ella y le susurró al oído:

—Lucy, lord Southgate te espera abajo, en el vestíbulo. Dice que es muy urgente. La señora Burton me ha enviado para ocuparme de esto mientras lo atiendes —añadió, al ver que señalaba el té, que tenía que seguir sirviendo.

Lucy rogó internamente porque no se le escapara ninguna palabra malsonante en presencia de aquellas tres damas, y se dirigió al vestíbulo.

Lord Southgate estaba allí, sin sombrero y sin bastón. Al menos, tenía seca la ropa, con el traje bien cepillado y el pelo otra vez perfecto. Daba una imagen impecable, excepto por la nariz, amoratada

y ligeramente torcida. Alguien se la había roto.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Lucy, alarmada.

La expresión de lord Southgate se volvió más sombría aún.

—Nada. —Había sido Perkins, seguro, comprendió ella. ¿Se habrían pegado por su culpa en la posada?—. Lucy, quería… —empezó él, contrito—. Perdóneme por lo ocurrido esta mañana. Estoy muy avergonzado.

—No se preocupe, no hay nada que perdonar.

—Oh, ya lo creo que sí. —Señaló hacia el fondo del vestíbulo, donde estaban las puertas a la parte de atrás—. ¿Podemos hablar en el jardín trasero?

Ella miró en esa dirección y titubeó.

—Estaba sirviendo el té a lady Acton…

—Solo será un momento. Por favor —suplicó—. Con todo lo ocurrido, estoy muy ofuscado. Necesito que me dé el aire.

—Está bien.

Le condujo hacia los jardines de la parte trasera de Minstrel House, de los que se decía que eran una de las grandes maravillas de la zona. Aunque los días se alargaban en verano, había ya poca luz y no tardaría en oscurecer por completo. De hecho, las lámparas nocturnas, dispersas por el lugar, ya estaban encendidas. Lucy miró en dirección a la pérgola, y luego hacia la estatua de Minerva, en la fuente, al fondo. ¡Qué calma se sentía, que olor maravilloso!

Lucy bajó la escalera y avanzó unos pocos metros, escuchando a su espalda el sonido de los pasos de lord Southgate. ¿Repetiría su oferta de la mañana? Sintió que se pondría enferma, de volver a escucharlo.

Pero, entonces, como si hubiese escuchado sus pensamientos en aquel silencio tan agradable, él dijo:

—Quiero disculparme por lo que le ofrecí esta mañana, esa propuesta innoble. —Lo miró sorprendida—. Yo no soy así, Lucy. Le aseguro que nunca me ha importado la idea de casarme con alguien de otro nivel social. —Aquello la sorprendió. Gratamente. Aunque lo que realmente la dejó boquiabierta fue lo que añadió a continuación —: Alguien como usted.

Ella agitó la cabeza, tan aturdida que no sabía ni cómo reaccionar.

—¿Casarse conmigo? ¿Lo… lo dice de verdad?

—Por completo. Como le conté al conocernos, estoy cansado de

tanta debutante que intenta atrapar marido con sonrisas falsas. Mentiras, he vivido un infierno rodeado de mentiras. Estos días, he llegado a conocerla bien, Lucy, y admiro su sencillez, su naturalidad, su franqueza… ¡Demonios! Cuando no le he sido simpático lo ha dejado claro, nada de alardes para conseguir mis afectos. —Extendió una mano y le colocó un rizo tras la oreja—. Todo eso me ha conquistado, mi adorada señorita Campbell. Creo que es evidente pero, de no ser así, lo dejaré bien claro: estoy loco por usted. Venga conmigo. Huiremos juntos, ahora mismo.

—¿Adónde?

—A Gretna Green, por supuesto. Casémonos.

Ella tragó saliva, incrédula. ¡Lo estaba logrando! ¡Por fin, tras tantos años intentando cazar uno de los nobles que pasaban por Minstrel House, había conseguido una propuesta de matrimonio!

¿Por qué, entonces, no se sentía más feliz?

¡O tan solo un poco feliz!

Aquel hombre podía hacerla rica y darle un gran respaldo social. ¡Sería marquesa algún día! Además, seguía pareciéndole atractivo. Pero, a qué negarlo, el escaso interés que había sentido siempre por él se había perdido por completo en el lago Minstrel, junto con su sombrero y su bastón. No estaba segura de por qué, aunque supuso que estaba decepcionada.

—Si lo dice para seducirme, milord, se equivoca mucho conmigo.

—Me atribuye un comportamiento realmente reprochable —replicó él, algo enojado—. Supongo que es por la clase de hombres que ha conocido hasta ahora. Pero yo soy un caballero, Lucy. Un conde, y algún día seré marqués. No tengo por qué mentir para seducir a una doncella.

—A una *simple* doncella, se le ha olvidado decir.

Lord Southgate frunció el ceño.

—¿Por qué insiste en eso? ¿Por qué me atribuye sus propios prejuicios? Le estoy diciendo que no me importa que yo sea un noble y usted una plebeya. ¡No me importa lo más mínimo! Considero que esa clase de fronteras pueden y deben romperse, cuando existe el amor verdadero. —Lucy arqueó ambas cejas. Demonios, casi parecía oriundo de Minstrel Valley—. Me siento muy atraído por usted, Lucy. Tanto, que, sí, insisto, quiero que nos casemos.

—Si tan poco le importa, ¿por qué quiere hacerlo a escondidas, en Gretna Green? —Casi parecía una inclinación familiar, lo de escaparse para ir a ese pueblo de Escocia a casarse frente a un yunque—. ¿Por qué no, simplemente, me pide que me case con usted, y organizamos una boda como es debido?

Él vaciló.

—Mi padre tiene elegido un enlace para mí, igual que lo tiene para Susie. Antes no me importaba, estaba dispuesto a transigir, pero ahora… —Agitó la cabeza—. Jamás antes me había enamorado, Lucy. Por eso a veces no sé bien cómo actuar. Por eso dije esas tonterías esta mañana.

Lucy apretó los labios.

—Me ofendió usted con su propuesta.

—Lo sé. Lo siento. Quería tenerla, pero no me atrevía a enfrentarme a mi padre. Sin embargo, no, no deseo colocarla en una situación como esa. Usted merece mi más alta consideración, no la rebajaré al rango de mantenida. Por eso he pensado en esta solución alternativa.

—Ir de inmediato a Gretna Green, para casarnos.

—Exacto. Es una locura, lo sé, pero el amor es así. Nos vuelve locos, y osados. ¿No estás de acuerdo? ¿Puedo tutearte, querida mía? —preguntó de pronto, con voz profunda—. Necesito hacerlo. Necesito estar más cerca de ti.

Lucy boqueó, incapaz de encontrar respuesta, hasta que pudo decir:

—Yo… Supongo que sí.

—Gracias, amor, gracias. Ven, vamos.

La tomó de la mano y tiró de ella más todavía hacia el fondo de los jardines. Todo era frescor a su alrededor, y avanzaban envueltos en el perfume maravilloso de las flores, pero Lucy se sentía cada vez más inquieta, a qué negarlo. Lord Southgate se estaba comportando de un modo muy poco habitual.

—¿Adónde vamos?

—A un rincón donde estemos muy solos. Tengo que pedirte algo, amor mío, y no sé cómo hacerlo… —Se detuvo frente a unos grandes setos. Estaban cerca de la portezuela secundaria del muro. Lucy se preguntó si lord Southgate lo sabría—. Ya te conté cuál era la

situación. Perkins me ha robado todo mi dinero y mi caballo.

—¡No es Perkins! —protestó Lucy, indignada.

Él frunció el ceño.

—No voy a discutirlo, aunque me consta que lo es, lo mismo que a la policía de Minstrel Valley. —Aquello hizo que Lucy abriera mucho los ojos. ¿Habría pruebas contra Perkins? ¿Estaba de verdad tan equivocada?—. Pero no lo voy a discutir, ya hablaremos de ello cuando estemos lejos de aquí y casados, Lucy. Solo te lo digo por eso, porque debido a esa circunstancia no dispongo ahora mismo ni de un caballo con el que podamos huir. Pero he pensado que… —Volvió a dudar, y se lanzó a por todas—. Seguro que a ti te conocen en las caballerizas de Bissop, ¿verdad? Si vamos ahora mismo, podrías pedirles un coche. Actuar como si lady Acton te hubiese mandado a ello.

Lucy arqueó ambas cejas.

—No lo dice en serio. —Una sospecha surgió en su mente—. ¿Ha hablado con su hermana?

—No. ¿Por qué?

Lucy no respondió. El conde parecía sincero, pero le costaba creerlo. ¡Era tan extraño! De pronto, le planteaba aquello como si supiera que era algo que podría funcionar. Y podría, claro que podría. Allí se conocían todos y pocos ignoraban que Lucy Campbell trabajaba para lady Acton.

Si fuera a esas horas tan tardías a las caballerizas y les dijese que lady Acton deseaba ofrecer a lord Southgate un carruaje de inmediato, porque el conde debía regresar al norte por una urgencia familiar, el señor Bissop primero se apresuraría a organizar la petición y ya preguntaría más tarde.

Seguramente sería su esposa, lady Valery, quien fuese al día siguiente a la escuela, para interesarse por el tema, pero solo por si había ocurrido algo grave y necesitaban alguna otra cosa.

—Lucy, ¿qué ocurre? —preguntó él—. ¿Acaso no deseas casarte conmigo? ¿No quieres ser lady Southgate, una mujer rica e influyente, la más envidiada de Nottingham, invitada de honor en todas las fiestas de la temporada londinense?

¿Quería? Claro que quería. O, al menos, lo había deseado mucho, con todas sus fuerzas, pero ya no era lo más importante. En realidad,

no lo era desde hacía mucho, comprendió de pronto. Había dejado de serlo años atrás, tras la llegada de Didi.

—Le agradezco mucho su oferta —respondió, cuidando mucho cada palabra—. Pero siempre he soñado con una boda bien preparada, con muchas flores en la iglesia y muchos invitados.

—Eso no puede ser. Mi padre…

—Sí, tiene preparado un enlace para usted. Pero no puede obligarlo, milord. Si va a desafiarlo, ¿por qué no hacerlo con todas las consecuencias? Debemos hacer las cosas bien. Me gustaría que nos casásemos aquí y…

—¡Oh, basta ya! —se oyó una voz. Lucy miró hacia allí. Lady Susan acababa de salir de detrás de uno de los grandes setos. Le fruncía el ceño a lord Southgate—. Te lo dije: no lo hará. Esta maldita estúpida no tiene el valor suficiente.

Ya de por sí, eso hubiera supuesto una enorme sorpresa. Pero apenas le concedió importancia, porque la muchacha llevaba con ella a Didi, y al verla, Lucy ya no fue capaz de pensar en ninguna otra cosa. Lady Susan la tenía sujeta por el cuello del vestidito, de un modo muy poco amable. La niña la miró con ojos enormes. Estaba despeinada y llorosa, y tan asustada que ni se atrevía a gritar

Capítulo 24

—¡Didi! —Lucy dio un paso en su dirección, pero lord Southgate la sujetó por un brazo. Empezó a forcejear para soltarse, pero pese a su apariencia algo blanda, era un hombre fuerte, y le resultó imposible—. ¿Qué hace? ¿Cómo se atreve? ¡Suéltela ahora mismo!

Lady Susan rio. Fue la primera vez que Lucy pensó que no estaba realmente bien de la cabeza. Ya fuera por culpa de alguna enfermedad o por una mala educación, o por ambas, aquella muchacha no estaba en sus cabales y era peligrosa.

—No te preocupes tanto. Tu pequeña bastarda está bien conmigo. Ya nos hemos hecho amigas. ¿No es verdad, pequeñita?

Le tiró del pelo y Didi gritó. También lo hizo Lucy, que renovó sus esfuerzos para llegar a ella. Lord Southgate apenas pudo contenerla. Miró enojado a lady Susan.

—¿Te has vuelto loca? ¡No la hagas gritar, o vendrán de la casa!

—Que vengan. ¡Estoy harta de esta cárcel y sus ridículas normas!

—Pues si quieres escapar de aquí, vas a tener que confiar en mí y estarte quieta. —Lady Susan torció el gesto pero aflojó la presa sobre Didi—. Mejor. Vamos a ser razonables.

Razonables… A Lucy no se le ocurría cómo se podía ser razonable en una situación semejante, y con gente capaz de hacer lo que estaban haciendo. Pero supuso que no quedaba otro remedio que controlar el miedo y la ira.

Inspiró profundamente.

—¿Qué… qué significa esto? —Se volvió hacia lord Southgate, que agitaba la cabeza, contrariado—. ¿Cómo supisteis…?

—¿De qué te sorprendes? —dijo él—. El día que te conocí, fue en una cabaña en el bosque. En otra ocasión se me ocurrió ir a ver si te encontraba, y vi a una anciana y a la niña. No tardé en descubrir que eras su madre.

Supuso que habría oído cómo Didi la llamaba «mami», una costumbre que no debió permitir, sobre todo por la memoria de Diane. Pero, cuando empezó a entender las cosas, al ver que en las historias que le contaban había referencias familiares, Agnes y ella optaron por atribuirse los papeles de abuela y madre. Todavía era demasiado pequeña para hablarle de Diane, y siempre se decía que ya se lo explicaría más tarde, cuando tuviera edad suficiente como para entender las cosas.

Y entonces, lo haría con tiento. Tenía que preparar una historia que dejase a Diane como lo que había sido: una joven encantadora, buena persona, hermana amadísima. Le contaría que se había casado por amor y que había sufrido tanto al perder a su esposo que se había apagado lentamente. Algo así, no estaba segura.

No quería pensar en ello. Todavía no era necesario.

Lucy apretó los labios.

—Qué vil, aprovecharse de este modo de la situación. Dígale a su hermana que suelte a la niña.

—No puedo. —Miró a lady Susan—. Te dije que esperases, maldición. La hubiese convencido.

—¡Ja! Estás tan seguro de tus encantos que no te das cuenta de que no va a hacerlo. Además, ya estoy cansada de aguantar todo esto. Ya está, lo intentaste y no funcionó. Ahora, vamos a hacerlo a mi modo. —Se volvió hacia Lucy—. Iremos a las caballerizas de Bissop y pedirás un carruaje para lord Southgate. Nos subiremos a él los cuatro y, cuando estemos lo bastante lejos, dejaré que la niña y tú bajéis. Para cuando podáis dar la alarma, nosotros estaremos ya en Gretna Green.

—¿En Gretna Green? —preguntó sorprendida. Si no había funcionado su ardid de intentar convencerla de que la amaba, para escaparse juntos y casarse allí, ¿qué sentido tenía que viajasen ellos dos hasta aquel lugar?—. ¿Para qué?

Miró al conde, mientras su cerebro empezaba a colocar las piezas de un rompecabezas que no había imaginado que existiera, cada cual en su lugar. Lord Southgate, solo en Minstrel Valley, lejos de sus

criados y, sin embargo, siempre impecable como si acabasen de acicalarlo. Tan peinado, tan cuidado hasta el último detalle. Perkins perdió su excelente corte con el tiempo, pero lord Southgate lo mantenía tan perfecto como si tuviese con él a su ayuda de cámara.

De pronto, una luz iluminó su mente.

—¡Usted no es el conde de Southgate!

Pese a la penumbra creciente, notó cómo palidecía. Y supo que había acertado de pleno.

—Baja la voz.

—Oh, Dios mío… —Pasó la vista de la una al otro—. ¡Es el hombre con el que quiere escaparse! ¡El ayuda de cámara! ¡Están intentando engañar a lady Acton!

Lady Susan apretó más a Didi contra su pecho.

—Te digo que bajes la voz o el siguiente grito que se oirá será el de la niña.

Lucy la fulminó con la mirada.

—Pequeña perra indigna, escudarse tras una niña pequeña… Debería darle vergüenza.

—¡Cállate! —Lady Susan la miró con odio—. Haré lo que tenga que hacer para conseguir lo que quiero. ¿Te crees que voy a consentir que otros decidan por mí cuál ha de ser mi vida? Amo a Milton, lo amo con todas mis fuerzas, y voy a casarme con él porque yo así lo he decidido.

Lucy ahogó una risa seca.

—Usted no sabe lo que es el amor. No tiene ni idea.

—¿Y tú sí? Pequeña Lucy, menuda lagarta estás hecha, coqueteando con ese pintor harapiento mientras intentas seducir a todo un conde. Sin posibilidades con ninguno, por supuesto, porque eres patética. —Se echó a reír—. Te dije que mi hermano jamás se casaría contigo, ¿recuerdas? Y así será. Y no solo porque no te conoce, idiota, ¿qué te has pensado? Por mucho te ofrecieras a él como la cortesana que eres, ni siquiera te miraría. —La miró con desdén—. Solo eres una vulgar doncella.

—Basta, Susan —intervino Evans, ganándose otra mirada furiosa.

—¿Vas a volver a defenderla? ¿En serio? ¡Por tu culpa me castigaron como si fuera una niña pequeña!

—Hice lo que tenía que hacer —replicó él. Trataba de mostrarse

firme, pero no resultaba muy creíble, puesto que se notaba que quería apaciguarla. Por supuesto, pensó Lucy con amargura. Hasta que fuese su marido, tendría que estar bailándole el agua a semejante arpía. Seguro que no era plato de gusto, y se lo tenía merecido—. Con tus malditos celos, estabas poniendo en peligro nuestros planes.

—Oh, sí, nuestros planes. ¿Sabes cuáles eran, Lucy? —Rio—. Pues este, en realidad. Lo que ha ocurrido, lo del mensaje a Nottingham de lady Acton, no lo ha cambiado, solo lo ha precipitado. Aquí, el galante conde pensaba seducirte para conseguir convencerte de ir a Gretna Green. De ese modo, tú buscarías el modo de disponer de un coche. —Le frunció el ceño a su compinche—. Porque resulta que el señor perdió hasta el caballo a las cartas.

Lord Southgate, o Milton Evans, como se llamaba en realidad, si Lucy no recordaba mal, maldijo por lo bajo.

—No hace falta dar tantos detalles. Y te recuerdo que jugué a las cartas porque necesitábamos dinero para un coche. Por más que insistí en ello, no querías ir a caballo porque no te gusta montar, te resulta incómodo. Eso, por no hablar de que tendrías que dejar aquí demasiadas cosas.

—¡Pero tenías que ganar! ¡Ganar, maldita sea! —Lo miró con desdén—. A veces me pregunto qué hago contigo.

Lucy se echó a reír.

—Por si le sirve, no hará ni dos minutos que ha dicho que lo ama profundamente.

Lady Susan se volvió furiosa hacia ella. Tiró otra vez de la niña, en su habitual gesto amenazador.

—No te burles o te juro que…

—¡No! —Lucy alzó una mano para detenerla. Miró a la pequeña Didi, tan asustada que ni era capaz de seguir llorando, y se le rompió el corazón—. No, por favor. Iré con ustedes, haré lo que quieran, pero dejen ir a la niña.

—Ni hablar.

—Les doy mi palabra de que no haré nad…

—Eres una sirvienta. No tienes palabra.

—¿Cómo se atreve? Seré una doncella, pero tengo sentido del honor. Dejen ir a la niña y los acompañaré. Intentaré conseguirles ese carruaje. Pero no voy a dar un solo paso si no la sueltan.

—¿De verdad? ¿Quieres ver cómo le hago daño?

—No creo que se atreva. —Se produjo un forcejeo de miradas, en el que Lucy entendió que debía dar el todo por el todo. Alzó los hombros y la miró con ojos entrecerrados. Su voz se volvió helada—: ¿Dudas de mi palabra, zorra? Pues te voy a demostrar lo que vale: o sueltas ahora mismo a la niña o no saldrás de aquí con vida. Juro que te mataré, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Lo dijo tan segura de que lo haría, que lady Susan se dio cuenta y titubeó. Evans lanzó un bufido.

—Suelta a la niña.

—¿Qué? ¡No! En cuanto lo haga…

—¡Por Dios, Susan! ¿No te das cuenta de que necesitamos que colabore de buena voluntad? Tiene que hablar con Bissop. Y no sé si podría pararla, si decide arrancarte la cabeza. —De pronto, lady Susan tenía miedo, se notaba, pero se resistía a ceder—. Además, estamos junto a la salida trasera. No les dará tiempo a nada. —Miró a la niña, serio—. Porque, si nos persiguen, le haremos daño a tu madre. ¿Está claro, Didi?

Al oír aquello, Didi empezó a llorar de nuevo. Lucy le dio un empellón a Evans en el pecho.

—¿Cómo se le ocurre? ¡Es usted un canalla!

Él la miró sin expresión alguna. La agarró por el brazo y empezó a tirar de ella.

—Vamos. Suelta a la niña, Susan.

—¡Didi, ve a la casa! —le dijo Lucy a Didi—. Pregunta por Perk… ¡ay!

Evans le había tirado del pelo y le retorció la cabeza para que lo mirase, de muy cerca.

—Ni se te ocurra. No arriesgues mi buena voluntad, Lucy. —Cuando quedó evidente que ella no iba a contestar, insistió—. Suelta a la niña, Susan.

—Oh, maldita sea… —protestó la otra. Miró a Didi y le dijo con frío glacial—: Corre.

La niña abrió los ojos como platos, dio media vuelta y salió corriendo hacia la mansión. El corazón de Lucy se sobresaltó al verla tropezar y caer, pero se levantó al momento y siguió corriendo.

—Ahora, cumple con tu palabra, Lucy —dijo Evans.

Ella hizo una mueca.

—Lo haré, y por mí espero que lleguéis a Gretna Green y podáis casaros y quedar atados el uno al otro por siempre, porque es lo que os merecéis.

—Será… —empezó Susan, pero Evans se interpuso, impidiendo que la abofetease.

—¡Por Dios, Susan! ¿Qué te han enseñado? Sabes que no merece la pena hacer caso de lo que dice la servidumbre. Ve delante, anda. Está oscuro y no me guío bien por aquí. Tú sabes dónde está la cancela, te seguimos.

Lady Susan le lanzó una última mirada asesina, dio media vuelta y empezó a moverse por el jardín. Evans avanzó tras ella, tirando de Lucy, pero dejó que se crease una distancia suficiente como para poder susurrarle al oído:

—Lo lamento mucho, ni te imaginas cuánto, pero no me queda otro remedio. ¡Esa pequeña zorra tiene una dote de veinte mil libras! —Lucy abrió al máximo los ojos. ¡Menuda fortuna! Y para una criatura abyecta como aquella—. Debo casarme con ella, por mucho que lo lamente. Pero no te engañé, Lucy, es cierto que conocerte ha sido una sorpresa maravillosa. Maldita sea… Creo que estoy enamorado de ti.

—No me hagas reír.

—Hablo en serio. Si me esperas, Lucy, podré cumplir lo que te propuse esta mañana en ese embarcadero. No hay posibilidad de matrimonio, puesto que seré un hombre casado, pero lo compartiré todo contigo.

—Hasta que te canses de mí.

—No tiene por qué ocurrir, pero para que estés tranquila, pondré todo lo que te ofrecí a tu nombre: la casa, el coche, la cantidad que acordemos en el banco… De ese modo, llegado el momento de la separación, serás una mujer mucho más rica de lo que serías trabajando ese tiempo de doncella.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Nunca. Ahora mismo, lo único que lamento es no estar junto al lago, para lanzarte al agua de un empujón. Y esta vez no haría nada para sacarte.

Él apretó los labios, contrariado.

—Es por Perkins, ¿verdad?

Ella solo tuvo que pensarlo un momento.

—También es por Perkins, sí. Lo amo. —Decirlo en voz alta supuso un gran alivio. Quizá él no la quisiera más que a su seguridad económica, pero no por eso podría dejar de amarlo—. Él…

Él volvió a acallarla con un tirón de pelo.

—Maldita tonta… Olvídate de él. Ese hombre está ahora mismo en una celda, detenido por la policía de Minstrel Valley.

—¿Qué? —Empezó a forcejear, para golpearlo—. ¿Qué has hecho?

—Lo que debía. Perkins se ha interpuesto demasiadas veces en mi camino. Por eso, siempre será un don nadie, sobre todo cuando yo tenga dinero suficiente como para estorbar en su carrera artística. Te aseguro que jamás expondrá en ninguna galería londinense, lo que lo mantendrá en el anonimato y la ruina.

—Canalla…

A pocos metros, lady Susan se detuvo y los miró.

—¿Qué cuchicheáis ahí los dos?

—Al parecer, le gusta insultar. —Y a ella, de nuevo en bajo—. Olvídate de él, Lucy Campbell, y piensa en mí y en lo que te puedo ofrecer. Porque volveré.

Salieron de Minstrel House por la portezuela trasera del muro y emprendieron camino hacia las caballerizas Bissop.

Capítulo 25

—Maldita sea… —gruñó Gerald, sentado en una de las dos celdas de la vieja Casa de la Guardia de Minstrel Valley, ahora reformada como sede local de la moderna policía inglesa.

Qué día terrible. Primero, aquella discusión con Lucy, aunque tenía que reconocer que el beso no había estado nada mal, todavía le hacía sentir fuego en el cuerpo cada vez que lo recordaba. De hecho, aquel instante había terminado por decidir su destino, porque, mientras la estrechaba entre sus brazos, lo vio claro: no tenía por qué elegir entre el arte y Lucy, podía tenerlos a ambos. Lo que no podía era tenerlo todo.

Su abuelo lo desheredaría, cierto, y quedaría apartado del prestigio y la fortuna de los infinitos Perkins. Pero no le importaba, eso era lo que menos le importaba. Lamentaría perder contacto con su abuelo al que, en definitiva, quería mucho. De niño, le había adorado y habían pasado mucho tiempo juntos, pescando o paseando por los bosques cercanos a su mansión de campo. Todo aquello había forjado unos recuerdos inolvidables, que siempre atesoraría en el corazón.

Pero no podía luchar contra los impulsos de su corazón. Era algo que le resultaba imposible. Si su abuelo decidía cortar toda relación con él, tendría que aceptarlo.

Quedaba pendiente, por supuesto, el problema de conseguir que Lucy dejase su absurdo sueño de convertirse en lady Southgate para casarse con un hombre que solo podía ofrecerle su talento y lo que pudiera conseguir con su esfuerzo y su trabajo, pero mientras subía la cuesta de la posada, estaba lleno de energía, convencido de que sí, lo iba a lograr.

Pensaba cambiarse de ropa y dirigirse hacia la escuela de inmediato. Les contaría la verdad, a ella y a lady Acton. Lo revolucionaría todo con tal de conseguir casarse con Lucy.

Por desdicha, en The Old Flute le estaban esperando, y había tenido que lidiar con John Morgan, el jefe de policía de Minstrel Valley, con lord Southgate y con el señor Peele, que estaba empeñado en acusarlo de robo.

Al menos, John Morgan, un individuo joven, de buena planta y aspecto inteligente, resultó ser tan competente como razonable, y no se mostró especialmente dispuesto a complacer a Southgate, por muy conde que fuese.

Pero él había cometido un error enorme subestimando a Southgate. Cuando, para terminar con todo aquello de una maldita vez, Gerald aceptó que se registrase su dormitorio, comprendió que había en todo aquello mucho más de lo que parecía, y que había caído en una trampa.

—¡Eso es mío! —había exclamado el señor Peele, al aparecer en el fondo de un cajón una petaca de plata.

—¡Y eso mío! —exclamó Southgate, al descubrirse también un alfiler de corbata.

—¿Qué tiene que decir a esto? —preguntó el jefe de policía a un aturdido Gerald.

Sus ojos se volvieron hacia Southgate y pudo ver el brillo de la victoria en sus pupilas.

—Hijo de puta… —masculló—. ¡Ha sido usted!

—¿Yo? ¿Cómo se atreve? —Southgate se mostró debidamente ofendido, pero Gerald captó la risa al fondo, la burla, la satisfacción por la victoria. Ahora podía verlo, con claridad meridiana. Estaba ante una actuación, aunque fuera una impecable. Pero ¿por qué? ¿Por Lucy?—. Soy un conde, soy alguien rico y poderoso, y usted solo es un muerto de hambre que trata de sobrevivir con sus garabatos.

—Garabatos… —masculló Gerald.

John Morgan agitó la cabeza.

—Señor Perkins, voy a tener que pedirle que me acompañe —dijo, aunque no parecía severo. Al contrario, casi daba la impresión de entenderle.

Gerald señaló a Southgate con un dedo.

—Ha sido él. Le digo que ha sido él. Perdió todo a las cartas, hasta el caballo, y además me odia. Sabe que nunca permitiré que tenga a Lucy.

—¿Se refiere a esa sirvienta que posa para usted? —Southgate lanzó una carcajada—. No sea ridículo. Solo necesité un par de peniques y un chasquido de dedos para poseerla en un pajar. No es más que una…

Gerald no estaba orgulloso de lo que ocurrió a continuación, sobre todo por la pobre Dottie, que se había llevado un buen disgusto. Pero no pudo contenerse. Lanzó un puñetazo a Southgate, que lo alcanzó en plena cara y le rompió la nariz, demostrando con ello que un conde no era intocable, tal como le había augurado a Mark.

Lord Southgate giró sobre sí mismo y cayó al suelo encogido, gimiendo y tratando de contener con ambas manos el surtidor de sangre de la herida. También Dottie gritó, horrorizada. Por lo demás, se hizo un silencio tenso.

El jefe de policía arqueó una ceja con gesto ecuánime.

—Señor Perkins, ahora voy a tener que insistir en que me acompañe.

Le habían llevado a una celda que, según le explicaron, no había sido utilizada en los últimos años excepto para encerrar un cerdo que cometió el error de morder al alcalde un día de mercado en la plaza.

—Eso me han contado, al menos —le dijo John Morgan—. Pero como fue nada más llegar aquí, no puedo asegurarle que no se tratase de una broma, para tomarme el pelo. No sería la única, créame. Y, alguna, hasta me hizo gracia.

Al menos, aquel hombre tenía sentido del humor. Y Dottie le llevó una cesta de comida de la posada, aunque no tenía ningún apetito.

—No se preocupe, señor Perkins —le susurró, en un momento que Morgan atendía a un vecino—. Mark se está ocupando de todo. Vamos a sacarlo de aquí.

Lo dijo con tal trascendencia que se preguntó si pensaban derribar la pared trasera de la celda con un barril de pólvora. Pero, aunque preguntó al respecto, no logró más detalles del plan. Si había de verdad un plan.

La luz del día que entraba por el ventanuco se apagó poco a poco. Tenía un tono rojizo cuando Morgan abrió la puerta. Le dedicó una

sonrisa amistosa.

—Puede salir, señor Perkins.

—¿Estoy libre? ¿Ya ha comprobado lo que le dije?

—¿Lo de que lord Southgate perdió a las cartas? Sí, McDonald me lo ha confirmado. Pero eso no probaría nada, me temo. —Sí, Gerald no pudo por menos que darle la razón. Lo siguió cabizbajo, rumiando su rabia—. Por suerte, tiene usted un buen abogado.

«¿Qué?», pensó, aturdido y confuso. Gerald salió a la oficina principal y vio al marqués de Northcott y a Mark esperando junto a la mesa de Morgan. Ambos tenían aspecto de haber participado en alguna clase de carrera, con la ropa llena de polvo y despeinados

—¡Lord Northcott! —exclamó, sorprendido.

—Hola, Gerald —saludó el otro, con una sonrisa cansada—. Tengo entendido que se ha producido un equívoco.

—Pero… ¿cómo?

—Temo que voy a tener que reconocer mi culpa. Ya sé que le dije que iba a mantener su anonimato, pero hace ya muchos años que conozco a Tom y a Dottie, y les pedí que lo cuidasen. Al ver lo ocurrido esta mañana, Mark cogió un caballo y fue a buscarme a Londres. —Gerald miró al joven, que apartó la vista avergonzado—. No lo mire así. Se ha dado una paliza, un buen número de horas a caballo, para rescatarlo.

—Sí, bueno… —Tenía razón, iba a tener que estarles agradecido por siempre. Pese al montón de platos sucios que había tenido que fregar. Aunque, bien mirado, aquella parte de su estancia en Minstrel Valley le había gustado mucho. Ahora se sentía como en casa en The Old Flute—. Es cierto. Gracias, Mark.

—No hay de qué, señor Perkins. —Contuvo un gesto de dolor mientras se frotaba las nalgas—. Aunque creo que no voy a poder sentarme en una semana. Ahora, si me disculpan, tengo que volver a la posada.

—Por supuesto.

Cuando se hubo ido el muchacho, se hizo un pequeño silencio en la oficina. John Morgan agitó la cabeza.

—No sé bien qué ha pasado aquí, pero sospecho que lord Southgate ha cometido algún que otro delito.

—No lo dude —afirmó Gerald—. Jamás le robé nada. Él tuvo que

poner esas cosas en mi dormitorio.

—Mandaré a mi ayudante a la posada a echar un vistazo, y haré que lo traigan en cuanto lo vean. Pero es un conde. —Se encogió de hombros—. Aunque la policía tiene poder para detener a cualquier ciudadano, sea cual sea su condición, ya saben cómo son las cosas. No sé hasta dónde podremos hacer algo.

—Usted avíseme cuando lo tenga —dijo lord Northcott—. Yo me ocupo.

—Muy bien, milord. —Sonrió satisfecho—. Me encantará colaborar en este asunto.

—De momento, Gerald, usted viene conmigo. Debemos ir de inmediato a Minstrel House. Aclararé la situación a mi tía y, a partir de ahora, se alojará allí.

Gerald hubiese preferido ir a la posada, para disculparse con Dottie por todo lo ocurrido, pero había sido un día duro y tenso, y se sentía demasiado cansado como para discutir.

Fue una suerte. Estaban entrando en el vestíbulo de Minstrel House, acompañados por un sorprendido señor Barry, cuando vieron llegar una niña desde los jardines. Los tres hombres se la quedaron mirando sorprendidos. Ella se mostró aterrada y echó a correr enloquecida.

—¡No, espera! ¡Didi! —exclamó Gerald, al reconocerla. ¿Qué le había pasado? Logró alcanzarla y la sujetó, aunque la niña empezó a chillar y le mordió la mano—. ¡Ah! ¡Maldita sea, estate quieta! ¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Gerald! ¡Tu amigo Gerald! ¡Os hice un dibujo, a Guapo y a ti!

Tuvo que repetirlo varias veces más, sujetándola firme, antes de conseguir tranquilizarla. Al final, la niña centro los ojos en él. Tenían unas pupilas zafiro idénticas a las de Lucy.

—¡Oh, por Dios! ¡Pobre criatura! ¿Quién es? —preguntó la señora Burton, que había acudido al oír los gritos, igual que varios profesores y un buen número de alumnas—. ¡Está muerta de miedo!

Gerald abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. No traicionaría el secreto de Lucy a menos que fuera totalmente necesario.

—La conozco —se limitó a decir, y se centró en Didi—. Vamos, vamos, pequeña. Está todo bien —repitió—. Dinos qué ha pasado.

—¡Es mami! —La niña estalló en sollozos—. ¡El hombre horrible y la princesa mala se la han llevado! ¡Y dicen que le van a hacer daño!

—¿Qué? —Gerald frunció el ceño, en un intento de acelerar sus pensamientos. ¿Hombre horrible? ¡Ja! Ese solo podía ser Southgate. Pero ¿quién sería la princesa mala? Aunque, de todo eso, lo único que le importó fue la mención a Lucy—. ¿Por dónde se la llevaron, cariño? —Ella señaló hacia los jardines. Gerald miró hacia allí—. No conozco el lugar, pero se está refiriendo a Lucy.

—¿A Lucy? —La señora Burton lo miró sorprendida, al igual que el resto de los presentes—. ¿Tiene una hija?

—Eso ahora no importa. Lucy está en peligro. Creo que la tiene Southgate. —Agitó la cabeza—. No sé qué mal puede querer hacerle, pero ya han oído a la niña.

La señora Burton agitó la cabeza.

—Bueno, lord Southgate ha venido a ver a Lucy, sí. Se reunieron aquí, en este mismo lugar. Pero no entiendo…

—Ya llegará el momento de las explicaciones, señora Burton. Ahora mismo, hay que encontrar a Lucy cuanto antes. No conozco el sitio. ¿Qué salidas tienen los jardines traseros?

—Por la cochera, aquí, otra puerta de servicio…

—Y la puerta del muro —aportó una jovencita pelirroja, una de las alumnas supuso—. Está muy disimulada y se usa poco.

—En realidad, se usa demasiado —gruñó la señora Burton.

La muchacha se ruborizó.

—Bueno, sí…

—Puede que hayan salido por allí. Voy a buscarla. Señor Barry, controle la parte de la cochera. Si ve algo extraño, denos una voz. Señora Burton…

Pero la gobernanta no le estaba haciendo caso. Al igual que la señora Fenton, la profesora de Literatura, tenía los ojos fijos en dos de las muchachas presentes. Gerald las reconoció de inmediato, eran las amigas de lady Susan, las que siempre iban con ella.

—Lady Eve, señorita Mayers, ¿dónde está lady Susan? —preguntó la señora Fenton, dando voz a sus pensamientos. Las dos jóvenes se miraron, aterradas—. ¡Contesten!

—No lo sabemos… —dijo una.

La otra jadeó.

—¡Señora Fenton, señora Burton, tienen que ayudarnos! ¡Va a escaparse con ese hombre! ¡No es su hermano!

—Pero… ¡Eres tonta! ¿No ves que no le pasará nada, y nos lo hará pagar? —empezó la otra, y se enzarzaron en una retahíla de reproches.

Nadie les hizo ya mayor caso. El lugar se llenó de exclamaciones de horror y voces de alarma. Gerald no se quedó a ver cómo se resolvía la situación. Dejó a Didi con la señora Fenton, que tenía ya algún hijo, según entendió, y sabía cómo tranquilizar a un niño, y salió corriendo hacia los jardines. Una locura, porque ya estaba demasiado oscuro y no los conocía.

—¡Por aquí! —oyó entonces, y el marqués de Northcott pasó por su lado, avanzando con buena agilidad pese a que ya debía estar por los cuarenta.

Gerald lo siguió hasta una pequeña puerta incrustada en el muro de piedra y muy disimulada por la hiedra, salió con él y avanzaron rápido. No tardaron en ver unas figuras en dirección norte. Una de ellas, la reconoció instintivamente, pese a no verla bien, era Lucy.

A Gerald le hubiera gustado ser sigiloso, pero le resultó imposible. Necesitaba alcanzarlos cuanto antes y recuperar a la joven. «¿Recuperarla?», pensó. «Nunca ha sido tuya». Y no sería por no desearlo. ¡Maldito idiota, qué importaba pintar o no! El arte jamás podría estar a la altura del sentimiento que le inspiraba aquella mujer. Renunciaría con gusto a no dar una pincelada más en el resto de su vida con tal de tener a su lado a Lucy.

Iba a casarse con ella. Iba a amarla, a respetarla y a cuidarla mientras le quedaran fuerzas para seguir caminando. E incluso después.

Pero, de momento, lo que iba a hacer, era romperle la nariz a aquel idiota por segunda vez en el mismo día.

—¡Alto! —empezó a gritar—. ¡Alto ahí!

Epílogo

Milton Evans terminó en prisión, donde se granjeó tal fama de lechuguino que, a los pocos días, unos presos volvieron a romperle la nariz. Lady Susan y sus amigas no tuvieron mejor suerte. La primera fue enviada de vuelta a Nottingham con su familia que, aprovechando que no había habido escándalo alguno gracias a la influencia de lady Acton, la casó apresuradamente con un noble local treinta años mayor que la novia.

Por su parte, solo una de las caniches alcanzó el ansiado logro del matrimonio, en unas circunstancias poco ventajosas y sin amor alguno por medio. La otra, ni siquiera consiguió algo así; quedó solterona y acabó intentando ejercer como institutriz, pero con poco éxito. Los niños y ella no se gustaban.

Lucy y Gerald se casaron a finales del verano de 1843, en una boda maravillosa que la señora Cotton describió como «muy precipitada, para cosa buena». Al acto, que se llevó a cabo en la iglesia de Saint Mary, asistieron todos los habitantes Minstrel House y prácticamente todo el pueblo. Ella lució el mismo vestido rosado que había utilizado para posar para Gerald. Lord Northcott fue el padrino, el encargado de llevar a la novia al altar, y Dottie actuó de madrina, para entusiasmo de la joven.

La comida, organizada precisamente por Dottie, y cuidada hasta el mínimo detalle, se dio en grandes mesas que se dispusieron a lo largo de la plaza y que, al retirarlas, dejaron suficiente espacio para el baile. Una pequeña orquesta venida de Meryton, situada junto a la estatua del Juglar y la Dama Blanca, amenizó la fiesta hasta altas horas de la noche.

Hasta lady Acton se animó a participar y bailó dos valses lentos, uno con su sobrino lord Northcott y otro con el señor Barry. Al finalizar este, Lucy se acercó a su silla. Lady Acton charlaba con la señorita Thompson.

—Lady Acton, ¿puedo hablar un momento con usted?

La anciana sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto, querida. Es tu día.

—Las dejo solas —dijo la señorita Thompson, poniéndose en pie, pero Lucy la detuvo con un gesto.

—No, por favor. Está bien que esté usted presente. Quería disculparme con ambas por lo que hice. Sé que no debí aceptar dinero de las alumnas. Yo… lo siento. Sobre todo al principio, estaba ofuscada. Ahora me avergüenzo de ello.

—Lo hacías por una buena razón —trató de consolarla la señorita Thompson.

Ya había explicado a todo el mundo las circunstancias de Didi y cómo llegó a su vida. Desde la noche en la que Evans y lady Susan las habían atacado, Agnes y Didi vivían en Minstrel House.

—No. Eso solo ocurrió después. —Necesitaba confesarlo todo, para empezar sin mácula aquella nueva vida—. Al principio lo hacía por puro deseo de perjudicar, de hacer mal, de odiarlas. Y de comprarme yo cosas bonitas con ese dinero para intentar… medrar, con una buena boda. Una situación que solo cambió con la llegada de Didi.

—Entonces empezaste a cambiar. —Lady Acton asintió—. Debiste contarme de inmediato lo de tu sobrina, Lucy. Te hubiera ayudado, la habrías tenido contigo todo este tiempo en Minstrel House.

Lucy sintió que el corazón se le encogía de amor. Amor por lady Acton, por su esposo, por Dottie, por esas gentes que celebraban con ella el inicio de aquella nueva vida. Amor y agradecimiento, que habían barrido por completo las sombras.

—Yo… no sabía, no me atrevía a arriesgarme.

—Eso sí me duele, Lucy, que no confiases en mí.

—Lo lamento. Llevaba demasiado tiempo en la oscuridad. —Lady Acton no replicó a eso, pero tomó su mano y la apretó con cariño. Lucy la miró intrigada—. Pero, si lo sabía, si sabía que cobraba por dejar ir solas a las alumnas, ¿por qué no lo impidió?

Lady Acton se encogió de hombros.

—¿Por qué? ¿Para qué? Esto es Minstrel Valley, querida. Aquí, raramente pasa algo malo, es un lugar que induce al amor, el sitio más tranquilo que he conocido nunca. Y yo sé bien, porque lo sufrí en su momento, lo terrible que es no disponer de un tiempo para ti misma, con tus amigas, paladeando lo que es la libertad. Me gusta que nuestras alumnas disfruten de esos momentos. Si fuera por mí, podrían salir sin doncella, siempre.

La directora puso cara de circunstancias.

—Lady Acton…

Esta última suspiró.

—Pero no puedo hacer algo así, cierto, gracias, querida Annie. Sus padres pondrían el grito en el cielo. Por eso, pensé hacer como si no viera lo que era más que evidente. Una solución de compromiso.

Lucy sonrió y se inclinó a abrazarla. Luego, buscó a su esposo entre la multitud y se dirigió hacia él. Estaba charlando con Dottie, que le dio a Lucy un beso en la mejilla antes de irse a bailar con Mark. Ese era otro de los regalos de aquella nueva vida, el haber recuperado la compañía de Dottie. Habían tomado la costumbre de reunirse cada pocos días y charlar sobre sus cosas.

—¿Dónde está Didi? —le preguntó a Gerald, que la cogió por la mano y le dio un beso rápido en los labios, algo que no suscitase escándalos en la plaza. Él señaló hacia la zona ajardinada de la estatua. La niña paseaba su perrito en el carrito. Un pato salido de a saber dónde los seguía a continuación—. Bien. ¿Qué está comiendo?

—Eh… Le he dado otra ración de tarta.

—Pero ¿qué te dije, Gerald Perkins? Te librarás mucho de seguir dándole tanto dulce.

—Yo sé cómo educar a mi hija, mujer. —Al ver el ceño que le dedicaba, rio y se inclinó a besarla—. Pero, por supuesto, tú sabes cómo educarme a mí.

Lucy también rio. Era imposible no hacerlo estando en presencia de Gerald, y menos en un día tan feliz como ese.

La elegante galería de arte Marquesa de Northcott abrió en uno de los mejores barrios de Londres a finales de año, con la obra de un nuevo artista en ciernes, Gerald Perkins IV.

Sus cuadros, en general, gustaron mucho, sobre todo *Lucy en mis sueños*, *Niños junto al pozo de Legend Square* y *Las Parcas de Minstrel*

Valley. Ninguno de los tres estaba en venta. Aunque nunca llegó a ser un dato público, en la intimidad de su hogar, Gerald había jurado morir de hambre abrazado a ellos, lo que había provocado un auténtico ataque de risa en su esposa y en su hijita adoptiva, Didi.

El resto de su trabajo, en su mayor parte paisajes del pueblecito de Hertfordshire y sus alrededores, fueron adquiridos casi de inmediato por distintos coleccionistas.

Uno de ellos fue Gerald Perkins II.

Gerald lo vio, muy quieto frente a uno de sus cuadros preferidos, y no pudo por menos que emocionarse. Se acercó a él por detrás.

—Es el pozo de los deseos de Minstrel Valley —le dijo, colocándose a su lado. Carraspeó—. Forma parte de unas ruinas romanas.

—Mmm… —Su abuelo inclinó la cabeza a un lado, los ojos fijos en el lienzo—. ¿Y concede deseos?

—Por eso se llama así.

—¿Pediste alguno?

—Sí. Poder volver a disfrutar de tu compañía de este modo, con tranquilidad. Y parece que me lo ha concedido.

—Sí, bueno… —Pasó un largo rato en silencio; luego, siguió hablando, y de lo que lo atormentaba—. Lamento mucho lo que pasó, Cuarto. No debí ponerme así.

Él lo miró dolido.

—Te invité a mi boda. Me contestaste con una carta indigna de un caballero educado y ni apareciste.

—Estaba enfadado. Tienes que entenderlo: perdí a Tercero, me diste la espalda y todo cayó sobre mis hombros. Tu legado. El legado para tus hijos. Todo pesa demasiado y todo es demasiado amargo ya.

—Oh, vamos… —En realidad, tenía algo de razón. Segundo debió sentirse muy solo, allí arriba, al mando del despacho, una vez murió su padre. Y él, sin pensarlo dos veces, no tardó en alejarse de todo—. Lo lamento. Tienes razón, debí… Haría otra vez lo mismo, porque ese no era mi lugar, pero lo haría de otra forma.

Su abuelo asintió.

—Yo también haría las cosas de otro modo.

—Podemos olvidarlo, y empezar de nuevo.

—Me encantaría. Es el deseo que he pedido a ese pozo.

—Entonces, se cumplirá. —Gerald buscó algo más que decir. Algo

que lo alegrara—: Hablando de hijos, quiero que sepas que pronto te presentaré a Quinto. —El rostro del anciano se iluminó—. Y si resulta que hereda tu extraña adoración por las leyes, no seré yo quien se oponga. Al contrario.

—¿A qué no te opondrás, querido? —preguntó Lucy, que había estado charlando cerca de allí con unas damas patrocinadoras del Salón Selecto, en el que iban a colgar algunos de los cuadros de Gerald. Iba muy elegante, con un vestido azul del mismo tono de sus ojos, y se la veía bellísima. Sonrió al anciano—. Buenas tardes.

—Lucy, querida, deja que te presente a mi abuelo. Gerald Perkins II. Abuelo, esta es mi esposa, la señora Lucille Perkins.

—Es usted una mujer muy hermosa, jovencita —dijo Segundo, con una elegante reverencia.

—Gracias, señor Perkins —replicó ella, en la misma línea. Cauta, pero deseando agradarle—. Me alegra mucho verlo aquí. Gerald me ha hablado mucho de usted.

—¿De verdad? —El anciano miró a Gerald algo suspicaz y ofreció el brazo a Lucy—. Pues yo creo que ya va siendo hora de que nos conozcamos personalmente, señora Perkins.

Mientras se alejaban, Lucy se giró para dedicar a Gerald una sonrisa deslumbrante. Y él se sintió el hombre más afortunado del mundo. Tenía el tiempo y la posibilidad de dedicarse a la profesión que él mismo había elegido, y contaba con una familia maravillosa que lo llenaba de felicidad.

Aquello era amor verdadero, lo sabía, pese a que Lucy ya no tenía secretos.

Pero los hubiera amado.

Nota de la autora

Por supuesto, el estribillo «Es él, es él» está directamente inspirado en el libro de Silvia Plath *La campana de cristal*.

Allí dice: «Inspiré profundamente y escuché el antiguo estribillo de mi corazón: *Yo soy yo soy yo soy*». Me gustó mucho esa «traducción» del sonido del latido y me pareció oportuno dar otro giro de tuerca a la idea, algo no centrado en el ser o estar de uno mismo, sino en el amor que se siente por otro.

En el universo de mi mente, los padres de Lucy mueren a consecuencia de la segunda pandemia de cólera, que se extendió de 1829 a 1848 por oriente y que algunos soldados destinados en la India terminaron llevando a Inglaterra. De todos modos, ni siquiera hubiera sido necesario plantear algo así, puesto que a lo largo del siglo XIX se dieron numerosos focos de cólera en el propio Londres, dada su falta de higiene y la suciedad de sus aguas.

Nada queda al azar, querida lectora. Quizá ya ni lo recuerdes, porque se menciona de forma puntual en el Capítulo 1, allí donde hago posible que Gerald Perkins IV sea alguien de verdad versado en el tema de la restauración. Efectivamente, John Doubleday trabajó en el Departamento de Antigüedades del Museo Británico de 1836 a 1856.

Edwina Danvers se apellida así por la inolvidable señora Danvers de *Rebeca*, de Daphne du Mourier. Gran película, mejor novela. Siempre que te sea posible, lee las historias, no te quedes solo en su versión cinematográfica. Leer es un ejercicio mental que nos hace más capaces.

En esta historia aparecen muchos personajes de novelas anteriores de Minstrel Valley, pero debo destacar dos menciones. La primera, la

de lady Christine, la única alumna expulsada hasta ese momento de la Escuela de señoritas de lady Acton. Ese personaje aparece en las novelas de mi amiga y compañera Ana F. Malory *Un pretendiente para la señorita Bowler* y *El dulce sabor de tus besos* (del que es protagonista), ambos sumamente recomendables, como todo lo que escribe Ana.

La segunda mención es la de lady Eleanor, antigua directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, y su hijita, lady Helena, que aquí aparece como bebé. Ambos personajes fueron creados por mi querida compañera Christine Cross (Marta Luján) y protagonizan respectivamente *La tentación de un beso* y *Donde mi corazón tiene su hogar*. Te digo lo mismo, no te los pierdas, no te los puedes perder. Christine Cross escribe de forma maravillosa.

Y eso es todo, creo. Mis agradecimientos, como siempre, para esa familia tan maravillosa que tengo; para mis amigos, cuyo amor y apoyo no siempre merezco; para mis compañeras Juglaresas, que me ayudaron a crear Minstrel Valley; y para mi editora, Lola Gude. Sin ella, este libro nunca hubiera existido.

Y, por supuesto, para ti, que has leído mi trabajo, gracias mil por emplear en él parte de tu tiempo. Como autora, en unos tiempos literarios muy difíciles, estoy en deuda.

Artista y musa, caballero y doncella; ella no quiere permitirse sentir y él no concibe una vida sin amarla por completo, incluidos sus secretos.

Lucy Campbell trabaja desde hace años como doncella en la Escuela de Señoritas de lady Acton. Es fría, reservada y, en opinión de la mayoría, ambiciosa. Siempre ha confiado en que su gran belleza le abriría las puertas a un buen matrimonio, pero pasa el tiempo, va cumpliendo años y se le acaban las oportunidades.

Entre las alumnas, es la doncella a la que todas quieren recurrir en sus salidas, pero no por su simpatía, sino porque Lucy acepta pequeñas sumas de dinero a cambio de dejar que se vayan solas a hacer sus travesuras, en vez de acompañarlas a todas partes, como es su deber.

Gerald Perkins IV es el heredero de una larga estirpe de ricos abogados, lo que, teniendo en cuenta que él quiere ser pintor, ha condicionado negativamente su vida. Presionado por su abuelo para que siente la cabeza, se case y se dedique de una vez al mundo legal, ha decidido esconderse una temporada en algún sitio, donde

creará la obra maestra que le abrirá las puertas de la fama.
Elige **Minstrel Valley** porque su buen amigo Marcus Hale, marqués de Northcott se lo recomienda, y se presenta allí bajo la falsa identidad de un pintor con pocos recursos que trata de abrirse camino como puede en la vida.
Lucy y Gerald se conocen y se sienten atraídos el uno por el otro, pero ambos piensan que no se convienen. ¿Podrá el amor plasmarse sobre el lienzo de sus vidas, antes de que uno de ellos cometa un error irreversible?

Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos, El mal causado, En aguas extrañas, La noche abierta,* la serie de regencia *Un día en el Támesis,* la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/ Penguin Random House).

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2022

© 2022, Bethany Bells
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-73-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El arte de amar tus secretos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Nota de la autora

Sobre este libro
Sobre Bethany Bells
Créditos